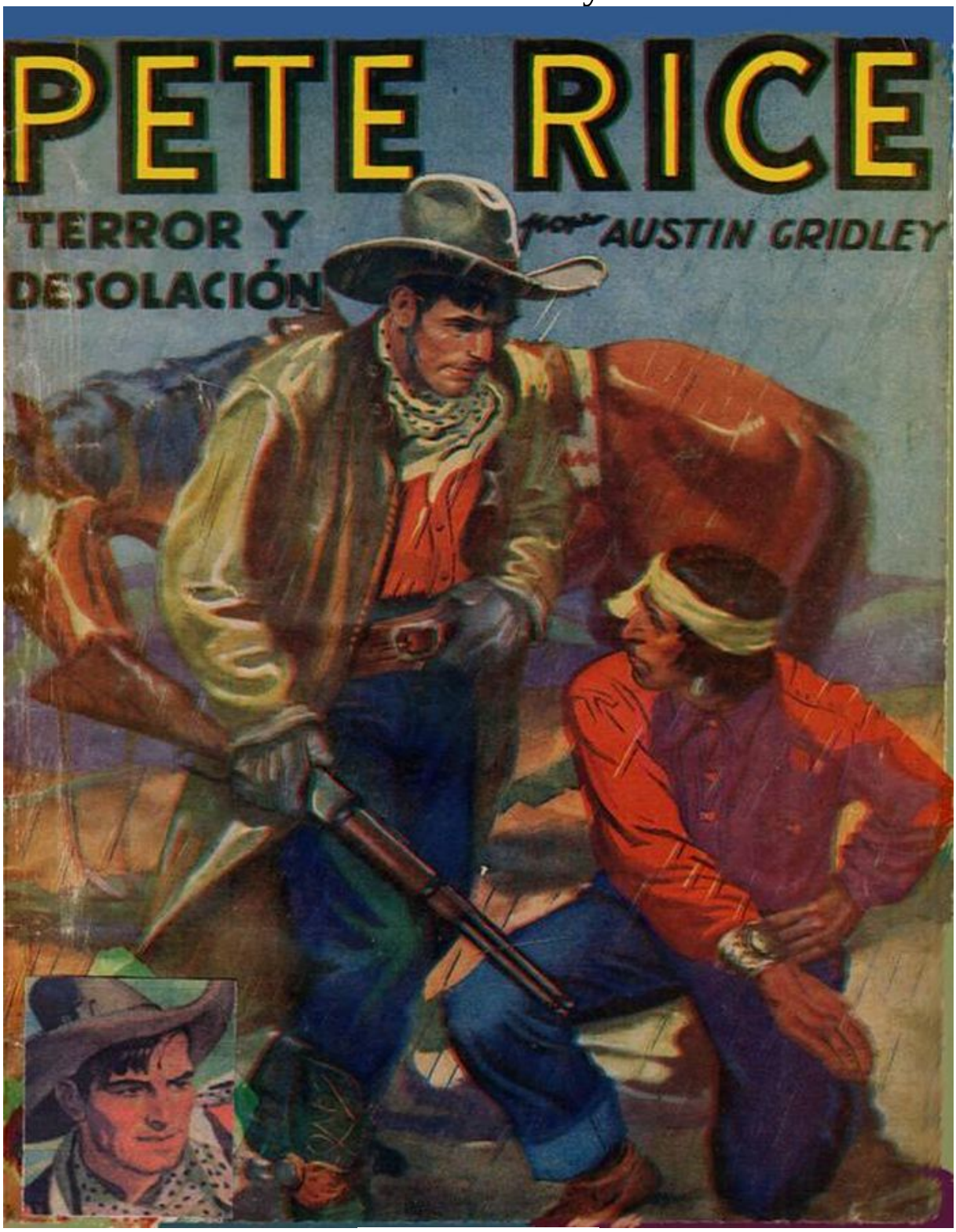
Terror y desolación
Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA MUERTE DORADA

El tren de carretas avanzó, chirriando, hacia Mineral Point. Los hombres que lo acompañaban, iban con los músculos en tensión. En todos los rostros se reflejaba una honda preocupación y no había entre todos, nadie que no tuviese los labios fuertemente apretados. Eran aquellos hombres «desuella mulas», como llamaban en el Suroeste a los carreros más curtidos.

Sabían poblar el aire de recias imprecaciones; nadie mejor que ellos para defenderse a puñetazo limpio en una riña de taberna; pero no ignoraban cuan imposible resulta discutir con las balas y sabían perfectamente, que, de un momento a otro, podían empezar a llover sobre ellos proyectiles en la oscuridad.

La luna, en cuarto creciente, rasgaba la oscura bóveda del firmamento. Delante de ellos, sobre Mineral Point, al parecer, veíase un manchón de nubes. Eran negras, color de muerte.

El aroma de artemisa endulzaba, levemente, el ambiente. Muy lejos, al Sur, los habitantes de las selvas habían dado principio a sus aullidos. Pero, por el Este, el silencio era opresivo. Para los ocupantes de las carretas, aquel silencio era como una señal de inminente peligro.

¿Sería la proximidad de seres humanos lo que había hecho enmudecer a los animales? ¿Estarían sobre su pista los jinetes de la noche?

La ruta que conducía del poblado minero llamado Desolación hasta Mineral Point, había visto flotar sobre sí el humo de más de un disparo. Era cosa corriente morir de muerte violenta en aquel camino. Pero nunca faltan hombres dispuestos a arriesgar la vida para ganar dinero.

Había que transportar el mineral desde Desolación, lugar en que se sacaba de las entrañas de la tierra hasta Mineral Point, donde se hallaban las trituradoras. Podrían morir hombres. Morirían hombres. Se les enterraría en aquella comarca salvaje, en la propia tierra en que se encontraban los yacimientos auríferos por los que arriesgaban la vida.

Otros hombres ocuparían su sitio. Otros hombres morirían también. Pero el trabajo seguiría adelante.

Rafe Morgan conducía la primera carreta Rafe era conductor veterano; llevaba cincuenta años en la profesión. Su cuerpo arrugado, de piel dura como suela, estaba surcado de cicatrices. El peligro era, para él, algo que sazonaba la vida. Algún día una bala pondría punto final a su existencia. Hasta que eso ocurriera, gozaría luchando.

Los ojos de Rafe dirigían su mirada ora a un lado, ora a otro, del camino.

Aquellas ojeadas rápidas observaron los álamos siluetados contra el cielo.

Sabía que podía haber enemigos ocultos tras aquellos árboles. Fustigaba a los caballos al llegar a los lugares donde árboles y malezas tapaban la vista.

No hacia mucho tiempo que había sido asesinado su compadre al acompañar una consignación de mineral. En menos de cinco semanas habían muerto otros cinco «desuella-mulas» que le habían acompañado más de una docena de veces en busca de oro.

En aquella parte del condado de Gila-Arizona, estaba trabajando una cuadrilla de asesinos. Estos conocían el valor de los carreros. Nunca daban la voz de «¡Arriba las manos!» Ni hablaban siquiera. Dejaban que sus revólveres hablaran por ellos. Los asesinos disparaban primero. Caían sobre los trenes de carretas como manada de lobos sobre un rebaño. Eran como ellos mortíferos, como ellos igualmente sanguinarios.

Rafe Morgan conducía, tan sólo porque andaba muy necesitado de dinero. Le darían por aquel viaje, cinco veces más de lo que se acostumbraba pagar por un viaje corriente. Rafe había sido siempre jugador, dispuesto a jugárselo todo a una carta.

Los demás, «desuella-mulas» eran del mismo temperamento, jugaban la vida por la bonita cantidad que habían de cobrar de salir bien del viaje. Iban armados. Les acompañaban dos hombres más; el guardián, con escopeta, montado en la primera carreta, y el policía de la mina, que iba en el carro último de la caravana.

Tate Quentin, el guardián de delante, parecía sacar alimento del tabaco que mascaba, con evidente placer. Miró a Rafe.

-Estoy preguntándome si, dentro de tres o cuatro horas, será verdad que estaré echando un trago en la taberna de Mineral Point-murmuró.

-No te aconsejaría que apostases mucho dinero a favor de esa probabilidad-le contestó el carrero, tranquilamente-. ¿Ves esa roca grande, allá a la izquierda, que parece una lápida mortuoria? ¡Te aseguro que le va muy bien esa forma! Un bandido se emboscó detrás de ella, en el último viaje y le metió un balazo a Con Roslin en la espalda. ¡Lindo país! Vaya si lo es.

-Esos tipos de la estrellita nos siguen, ¿no?

-Eso tengo entendido, Tate.

-No oigo las pisadas de sus caballos. Tal vez hayan caído en una emboscada ya.

Tate hablaba con voz serena. Usaba el tabaco de todas las maneras y, en aquel momento, empezó a cargar la pipa.

-No apostaría ni un centavo a favor del tipo que intentara prepararles una emboscada a «Pistol» Pete Rice y a sus ayudantes-contestó Morgan, con énfasis-. Sería menos peligroso darle un beso a una serpiente de cascabel que meterse con esos hombres.

-Sea como fuere-dijo Quentin-, me parece que me fumaré esta pipa tranquilamente. No creo que sea fácil que muera nadie de una intoxicación de nicotina en este viaje.

Encendió una cerilla en la suela del zapato.

-Lo que no comprendo-prosiguió, acercando la llama a la pipa-, es por qué trajeron los jefes a Pete Rice de Trinchera para que protegiese estos envíos. ¿Será por qué...?

¡Pum! ¡Sussss!

Una bala hendió el aire. Pasó, silbando por enema de la carreta y fue a estrellarse contra una roca.

Un segundo proyectil dió al palo del látigo, a pocos centímetros de la cabeza de Morgan. Este lanzó un agudo grito de angustia al clavársele un tercer proyectil en el hombro.

Dejó caer las riendas. Se llevó las manos a la herida. La sangre le manchó los dedos y le empapó la manga. Pero apretó los dientes y, con la ensangrentada mano sacó su revólver.

Tate Quentin masculló una maldición. Alargó la mano, rápidamente, para asir la escopeta que había dejado para encender la pipa. Se llevó la culata al hombro.

Por la ladera de una colina rocosa, bajaba, a toda velocidad, un grupo de jinetes enmascarados. Sus revólveres escupían fuego. Una lluvia de balas caía sobre el tren de carretas. Tate contestó con su escopeta. Uno de los bandidos dió un salto en su montura y cayó al suelo.

La escopeta saltó bastante al disparar. Quentin la miró de una forma extraña.

Luego, con aparente sorpresa, soltó una maldición.

-¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre, Tate?-inquirió su compañero.

El revólver de Rafe funcionaba sin parar. Estaba disparando hacia los fogonazos que rasgaban la oscuridad entre unos robles, a la derecha.

-Nada-contestó Quentin.

Alargó la mano para coger la otra escopeta, la encontró, apuntó con ella hacia donde había observado un movimiento sospechoso. Disparaba con perdigones que la distancia hizo

que se diseminaran. Se oyeron gritos agudos. Por lo menos tres o cuatro bandidos habían sido alcanzados por los perdigones. Dos de ellos corrieron a buscar un nuevo refugio. Por encima de los disparos se oyó el ulular de un búho. Rafe Morgan miró, hacia el Oeste, de donde parecía emanar el sonido.

-Apuesto a que ese es Pete Rice-dijo.

Hubiera ganado aquella apuesta. El sonido parecía procedente de la garganta de un búho.

Pero "Pistol" Pete Rice, el patilargo y carienjuto sheriff de la Quebrada del Buitre, había ido siguiendo un camino paralelo al del tren de carretas, a un cuarto de milla de distancia. Al oírse los disparos, había llamado a sus hombres. Estos se habían adelantado a explorar el terreno, mientras él se mantenía a la altura de la caravana.

El magnifico caballo de Pete atravesó la hilera, de cedros que lo separaban del camino.

-¡Vamos, «Sonny»!-le azuzó Pete-. ¡Aprieta el paso! ¡Me parece que nos necesitan con urgencia!

«Sonny» inició un galope fantástico. Parecía tener una inteligencia casi humana. Pete Rice le llamaba su lugarteniente de cuatro patas. En el centro de la frente tenia una mancha blanca en forma de estrella. La insignia de autoridad de Sonny, la llamaba Pete.

Mientras cabalgaba, Pete mascaba rítmicamente, un trozo de goma de mascar. Sus ojos gris-humo clavaban su mirada penetrante en la oscuridad, sus nervudas manos asían sus revólveres del calibre 45.

En las culatas, con incrustaciones de plata, se veían, en nácar, las iniciales P. R. Eran muy decorativos aquellos revólveres. Eran mortíferos cuando lo exigían las circunstancias. Pero Pete Rice tiraba a matar solamente como último recurso.

El sheriff guió al caballo por el lecho de un arroyo seco. Al doblar un recodo del mismo, vió al tren de carretas, que se había detenido. Los carreros se habían parapetado detrás de las carretas. Estaban contestando a los disparos de sus atacantes.

Pete observó la escena con mirada de experto. Los carreros no tenían la menor probabilidad de salir con bien en cuanto los bandidos lograran cercarlos. El sheriff volvió a ulular. Aún no pensaba disparar. Los bandidos se hallaban entre él y los carreros.

En la oscuridad se oyó lo que parecía el eco de su llamada. Un momento después llegó un hombre a caballo.

-¡Retrétanos!-exclamó una voz-. Los han atacado, ¿eh jefe? ¡Bueno, pues, los vamos a hacer fosfatina¡

Pete hizo acortar el paso a su caballo.

-Un momento, «Miserias». ¿Dónde está Teeny?

Hicks «Miserias» señaló por encima del hombro.

-No tardará en volver. Encontró a uno de esos bandidos, que ponía pies en polvorosa y lo tumbó de un guantazo. Seguramente le estará atando. ¿Quieres que vuelva a decirle que se dé prisa?

-Aguarda un poco-volvió a ordenar el sheriff.

Su minúsculo ayudante era más explosivo que la pólvora. Tenia tan poco miedo como una osa que defiende a su cría y, con frecuencia, se metía, innecesariamente, en apuros. Pete Rice y su otro ayudante Teeny Butler, eran igualmente valerosos, pero más serenos.

Se oían ya las pisadas del caballo de Butler. El sheriff volvió a ulular.

-¡Voy ahora mismo, jefe!-contestó una voz baja.

Y surgió de la oscuridad una mancha negra muy grande. Era Teeny Butler, que media un metro noventa de estatura.

Pete hizo un gesto, imponiendo silencio. Conocía el valor de una batalla bien preparada. Los bandidos que habían por el mismo lado del tren de carretas que ellos, eran

numerosos. Pero no eran tan peligrosos como los pocos que daban en aquel momento un rodeo para atacar a los carreros por retaguardia.

El trabajo de Pete era inutilizar a aquellos bandidos. Se correría mucho peligro de encontrarse con una bala perdida. Pero el trío de la Quebrada del Buitre había corrido tantas veces el mismo riesgo, que ya no le hacia efecto. No eran de los que acostumbraban preocuparse. La preocupación no le escuda a uno contra las balas.

-Vosotros tirad por la izquierda-ordenó Pete-. Yo me dirigiré por la derecha. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Los ayudantes del sheriff no necesitaban más instrucciones. Picaron espuelas y se dirigieron al tren de carretas por el Sur. Teeny Butler llevaba su revólver del 45 en la mano derecha. Lo usaría si resultaba necesario; pero procuraría emplear otros métodos si le era posible. Así lo tenia ordenado Pete.

En la mano izquierda llevaba un látigo, de mango corto, de hueso, y larguísima tralla. La práctica le había hecho un experto en el manejo de dicha arma. Con la punta del látigo, podía quitarle el revólver a un enemigo de un trallazo, o tirarle al suelo, enroscándole la punta al tobillo. Un simple trallazo detrás de la oreja, bastaba para dejar a cualquier bandido sin conocimiento.

Así se ahorraban municiones y se evitaba el derramamiento de sangre.

Al dirigirse Pete hacia las carretas por el lado Norte, oyó el chasquido del látigo. Evidentemente. Teeny había topado con algunos bandidos y los estaba inutilizando.

Un bandido vió al sheriff cuando se acercaba éste a la caravana. Disparó dos revólveres que llevaba. Peto oyó silbar un proyectil por encima de su cabeza. Otro levantó el polvo junto a las patas de «Sonny». Una bala le pasó a Pete tan cerca de la cara, que sintió el roce del aire.

El sheriff empezó a disparar con sus dos revólveres. Un aullido de dolor sonó por encima del ruido de los disparos. El bandido rodó por el suelo. El caballo sin jinete bajó alocado, la ladera, en dirección a la caravana.

Pete se dirigió al otro lado de las carretas. Uno de los defensores del cargamento de mineral le vió llegar. Disparó contra el sheriff. Este gritó su nombre.

-¡Soy Pete Rice! ¡Cambiad de lado! ¡Disparad en la otra dirección! ¡Mis ayudantes y yo nos cuidaremos de este lado!

El carrero soltó una exclamación de asombro. Se excusó con mil blasfemias. Pero el daño ya estaba hecho. Para salvarse de los disparos del carrero, Pete había revelado su identidad a los bandidos.

-¡Matad a Pete Rice!-se oyó clamar-. ¡Matad a Pete Rice u os matará él a vosotros!

Pete hizo girar a «Sonny». Menudearon los fogonazos tras las rocas. Llovió el plomo a su alrededor. Descolgó el lazo del pomo de su silla. Luego se apeó. Dió un golpe a «Sonny» en el lomo. El caballo se alejó de la zona del fuego. Pete llevaba la cuerda colgada del brazo. Sus revólveres esparcieron la muerte por entre las rocas. Una bala le tiró de la camisa.

Por allí no había sitio donde refugiarse. Se agachó. Sus revólveres no dejaban de disparar. Tenía los párpados entornados, los ojos llameantes, los labios apretados... Corrió hacia la derecha, avanzó zigzagueando... Barrió la ladera, por detrás de la roca, con plomo.

Una bala le rozó la mandíbula. Aunque no fue más que un roce, el impacto fue terrible. Cayó de bruces. La sacudida del golpe contra el suelo sirvió para que no perdiera el conocimiento. La oscuridad le protegía. Los bandidos no veían fogonazo alguno por el que guiarse. Empezó a darle vueltas la cabeza; pero el cerebro le funcionaba automáticamente.

Se arrastró hacia una peña situada, diagonalmente, a la derecha del refugio de los bandidos. Todo su cuerpo pareció desmoronarse. Se le aflojaron las manos que sostenían los revólveres.

Se oyeron gritos de triunfo en el refugio de los salteadores. Se daban cuenta de que sólo una tragedia había impuesto silencio a las armas de Pete Rice. Un bandido montado se siluetó entre Pete y la hilera de peñascos.

Pete procuró reunir todas sus fuerzas. Logró ponerse de rodillas. Los rayos de la luna se reflejaron en el cañón del arma con que se disponían a disparar contra él.

Pete estaba demasiado aturdido para disparar. Seguía dándole vueltas la cabeza. Pero su cerebro acabó por dominar al cuerpo. Clavó los talones en el suelo; avanzó como disparado de una catapulta.

El bandido disparó. Las balas se clavaron en el suelo por debajo de los pies alzados del sheriff. Este disparó con el revólver que tenia en la mano derecha. El bandido cayó al suelo. Y no se movió.

Otro bandido quiso aprovechar la ocasión para atacar, por sorpresa, a Pete. Había picado espuelas a su caballo y corría hacia el lugar en que se hallaba el sheriff. Resultaba un blanco perfecto, pero a Pete le sabia mal derramar más sangre. Enfundó, rápidamente, uno de sus revólveres. Preparó el lazo y lo lanzó.

La cuerda se desenrolló como una serpiente y el nudo corredizo cayó sobre la cabeza del bandido. Pete clavó los talones en el suelo y se preparó para la sacudida. El bandido fue arrancado de la silla, dándose tal golpe contra el suelo, que perdió el conocimiento. Pete le ató de pies y manos en unos momentos.

El chasquido del látigo y los gritos de Hicks «Miserias» le dieron a conocer el lugar en que se encontraban sus ayudantes. Se habían abierto paso hasta el extremo más lejano de la hilera de rocas. Los salteadores se replegaban hacia la maleza como gatos que hubiesen preparado un ataque contra ratones y se hubieran encontrado con perros.

Pete vió a Hicks «Miserias» surgir de detrás de una peña. Algo giró como una rueda en torno a la cabeza de su ayudante. Eran las bolas de «Miserias», hechas de tres tiras de cuero, con metal en las extremidades. Las bolas hendieron el aire. Las tiras de cuero se enroscaron, como serpientes, a las patas traseras de un caballo.

El animal cayó. Su jinete dió una voltereta en el aire y cayó al suelo. Se puso en pie aturdido. Pero Teeny Butler se había acercado ya. El enorme ayudante del sheriff se movía con una rapidez increíble en un hombre de su peso.

¡Crac! Un trallazo derribó, de nuevo, al salteador. Aquella vez no volvió a levantarse. El último bandido de los que habían intentado atacar a los carreros por retaguardia, se hallaba fuera de combate.

Los que se hallaban al otro lado del tren de carretas, presintieron su derrota. Sus disparos se hicieron menos frecuentes. Pero los carreros estaban furiosos ya. Varios de ellos salieron de su refugio detrás de los carros. Enviaron una lluvia de plomo tras los malhechores.

Pete les llamó. Los bandidos habían llegado ya a la cima de la loma. Desde allí les seria posible acabar con los carreros que avanzaban hacia ellos, y desaparecer después por la otra ladera de la colina.

-¡Atrás!-aulló Pete, dirigiéndose a los cameros-. ¡La pelea se ha acabado ya!

Así era, en efecto. El lazo de Pete, el látigo de Teeny y las bolas de «Miserias» habían dado por resultado cinco prisioneros. Siete bandidos más habían muerto y unos cuantos que estaban heridos, seguramente encontrarían difícil escapar. Muy pocos de los que habían atacado al tren de carretas, lograron escapar.

-Traed a los muertos y heridos-ordenó el sheriff a sus ayudantes.

Luego se acercó a Rafe Morgan. El policía de la mina intentaba vendarle el hombro. Pete le ayudó

-¿Cómo han salido tus hombres, Rafe?-preguntó.

-Mucho mejor que si hubiésemos tenido que luchar solos-contestó el interpelado.

Luego, con una sonrisa, agregó-: Me temo que no volveremos a prestarle tabaco de mascar a Tate Quentin, sin embargo.

No tardó en comprobarse la veracidad de dicha aseveración. Tate Quentin había recibido un balazo en pleno corazón. Su cadáver se hallaba contra la rueda delantera de la primera carreta. Aún tenía la boca llena de tabaco y la pipa, enterita, sobre las rodillas.

Uno de los carreros había perdido dos dedos, pero se estaba fortificando con whisky, bebiéndoselo como si fuera agua. Rafe Morgan y un mestizo eran los únicos que habían recibido heridas de importancia. Rafe se salvaría y el mestizo tenía las mismas probabilidades de curarse como de morir.

Pete recogió una de las linternas de las carretas y examinó a los muertos cuando vio que no podía hacer más por los vivos. Eran del tipo clásico del bandido de la frontera. Su muerte significaba vida para los hombres a quienes hubieran matado por dinero, de haber vivido.

Sin embargo, el sheriff nunca había podido contemplar espectáculos como aquel sin experimentar pena y sentimiento. Su rudo exterior ocultaba un corazón muy sentimental. La mayoría de aquellos muertos la componían hombres menores de treinta años. Uno de ellos, el de peor aspecto llamó su atención.

Tenia el cuerpo horriblemente mutilado por un disparo de escopeta. Pete se inclinó sobre él. Luego depositó la linterna en el suelo y se arrodilló.

-¡Caramba!-exclamó-. Una carga de perdigones no destrozaría de esta forma a un hombre... y menos a la distancia a que fue hecho el disparo.

Sacó un cuchillo de la funda que llevaba debajo de los zahones de piel y empezó a hacer una especie de autopsia. Dedicó tan solo unos segundos a tan desagradable tarea; pero obtuvo resultados. Extrajo un trozo pequeño de brillante metal de una de las heridas.

¡Oro!

Volvió a buscar con la hoja del cuchillo. Salieron unas cuantas partículas más del mismo metal. Regresó a donde se hallaba Rafe, apoyado contra la rueda del carro.

-Tate Quentin era el único que llevaba escopeta de vosotros, ¿verdad, Rafe?-inquirió.

-Sí. El policía de la mina llevaba un winchester.

-¿Ningún otro llevaba escopeta?

-Ninguno. Tate nada más. Parece que le trajo mala suerte. ¿Eh?

El sheriff movió afirmativamente la cabeza. Empezó a mascar goma, como de costumbre. Siempre hacía lo mismo cuando meditaba. La carga disparada por Quentin había estado compuesta de oro en lugar de plomo.

¿Por qué?

CAPÍTULO II
EL CUCHILLO AMENAZADOR

“Pistol” Pete Rice habló en voz baja con Rafe Morgan. Luego volvió al lado del bandido que había muerto de resultas del disparo de escopeta. Aquello excitaba la activa imaginación del sheriff.

Más de un hombre había muerto, directa o indirectamente, por culpa del oro. Pete recordaba muchos casos de mineros a los que se había preparado una emboscada, tan sólo porque llevaban el bolsillo repleto de pepitas.

Todos los poblados de mineros de oro tenían un porcentaje de muertes muy elevado. Era como si este metal tuviera la virtud de acortar la vida. El oro significaba riqueza.

Significaba también lucha, intensa competencia, latrocinio, envidias, ira, avaricia, odios. La suma total era con frecuencia el asesinato.

Pero... ¡matar con una escopeta cargada de oro...! Aquella era, a no dudar, una manera nueva de causar la muerte. El rostro del sheriff se ensombreció. Estaba convencido de que no se había hecho aquel disparo simplemente como novedad.

Aquello era una pista, tal vez una pista importante. De momento, sin embargo, resultaba incomprensible. En lugar de aclarar un misterio, lo hacia más profundo. Pete mascó con fuerza. Su cerebro parecía acoplado a sus mandíbulas. Funcionaba cuando éstas funcionaban. Cuando más pensaba, más mascaba.

Las minas de oro próximas de Desolación llevaban trabajando a toda marcha desde hacía tiempo. Desolación, pese a su nombre, había sido una comunidad feliz y próspera. Había sido una población dura, pero no más que cualquier otro poblado de mineros.

De pronto habían empezado a ocurrir cosas en Desolación. Cosas sobresalientes. Epidemias de peleas a tiro limpio. Muertes repentinas. El robo del mineral en gran escala. Los cadáveres de hombres muertos a puñaladas aparecían en los pozos de las minas. Bandas de bandidos empezaron a hacer incursiones en el poblado. Desaparecían mineros como por arte de magia. Existía un reino de terror.

Los ciudadanos empezaron a emigrar. Sólo se quedaron los hombres de peor ralea. Los propietarios de minas experimentaban dificultades en encontrar mineros suficientes para trabajar los yacimientos. El resultado era que tenían que pagar unos sueldos exorbitantes.

Los sueldos elevados significaban una comunidad próspera. Pero sueldos excesivamente altos implicaban un final trágico para los mineros no menos que para los propietarios de minas. Estos últimos veían desaparecer sus beneficios con los fantásticos premios y sueldos que se veían obligados a pagar a mineros y carreros. Varios propietarios pensaban seriamente ya en cerrar sus minas.

Se habían probado varios remedios sin resultado. Gabe Blake, sheriff del condado de Gila, era un hombre franco y honrado. Era lo bastante competente para manejar situaciones corrientes. Pero ningún sheriff, al decir de la gente, podía manejar la dificilísima situación en que se hallaba el poblado.

-¿Ningún sheriff?-había exclamado alguien-. Eso es mucho decir. Apostaría cualquier cosa a que Pete Rice lo resolvería todo... Pete y sus ayudantes.

El nombre de Peta Rice se había hecho famoso en toda la comarca. Se había publicado la fotografía de Pete en los periódicos de Tucson, Phoenix, Tombstone, Flagstaff y otros lugares. Su rostro señalado por las balas, había llegado a ser muy conocido.

Llegó día en que los ciudadanos honrados de Desolación no pudieron soportar más. Y Gabe Blake hizo una visita a Pete Rice. Iba acompañado de las autoridades del condado y del estado.

Por eso, había seguido Pete Rice y sus ayudantes al tren de carretas que se dirigía a Mineral Point. Habían llegado secretamente a la población y emprendido el camino.

Tim McHugh, un propietario de minas de Desolación, había expuesto la opinión de que, al que sabía que Pete y sus ayudantes se habían puesto en camino con el tren de carretas, los bandidos no lo atacarían. Las proezas del sheriff eran demasiado conocidas. Él si lograba descubrir la identidad de los jefes y hacer redada con los malhechores, la victoria seria sonada.

Parado allí, en la oscuridad, sin embargo, Pete comprendió que le aguardaba una lucha que haría época. Las raíces de la conspiración para sembrar el terror en Desolación iban muy hondas. Pete había interrogado a los bandidos capturados. Estos se habían limitado a encogerse de hombros. Ignoraban quién era su jefe. Lo juraban.

Y, en efecto, parecían estar diciendo la verdad. Les había contratado un agente, un simple bandido. Jamás habían visto a su jefe. Lo único que sabían era que se le llamaba «El Rojo Grande».

El sheriff pensó en lo que Rafe Morgan, jefe de los carreros, le había dicho: que Tate Quentin había cogido la escopeta, disparado, soltando una maldición, y luego cogido la otra escopeta.

El sheriff sospechaba que Quentin había estado en combinación con los bandidos, no con los contratados, sino con los jefes. Había perdido la vida por equivocación.

Pete opinaba que aquellos minúsculos trozos de oro hallados en el cadáver del bandido, podían resultar algún día tan mortales como trozos de arsénico para el responsable del reino de terror que se hallaba en todo en secreto su descubrimiento. Entretanto, tenía intenciones de guardar secreto de su descubrimiento. Enterraría aquel cadáver lo más aprisa posible.

Existía una ley que ordenaba que los cadáveres de todos aquellos que hubieran muerto de muerte violenta, debían ser vistos por el juez y por el médico forense.

Pero, en una región tan primitiva como Gilla, dicha formalidad no podía cumplirse siempre al pie de la letra. Pete estaba decidido a que no fuese observada en aquella ocasión. Las ideas que tenia de la ley resultaban a veces grotescas. Algunos incluso decían que, a veces, sus métodos resultaban un tanto ilegales. Pero ningún ciudadano podía decir nunca que no fuesen justos.

El sheriff empezó a silbar una tonadilla de la pradera. El que no le conociera hubiera dicho que se mostraba poco reverente en presencia de la muerte. Pero quien le conociese hubiera sabido que era todo lo contrario. Por eso surgió su ayudante Hicks «Miserias» de la oscuridad y se acercó a Pete.

-¿Ocurre algo? Supongo que no silbarías por nada. ¿Tienes algo que decirme?

-Ya lo creo, compadre. Quiero que me traigas una pala del tren de carretas. Hazlo como si estuvieses besando a tu novia y no quisieras que te viera nadie. Los demás cadáveres pueden ser también portados a Mineral Point. Pero éste va a desaparecer ahora mismo.

A Hicks «Miserias» le consumía la curiosidad como de costumbre. El hombrecillo tenía una barbería allá en la Quebrada del Buitre y tenía la manía de querer enterarse de todas las hablillas y los secretos. Pete le dió a conocer lo que sospechaba de Tate Quentin. El barbero se quedó boquiabierto.

-¡Retuétanos! Tate hubiera sido el último hombre de quien yo hubiese desconfiado.

-Nunca se puede estar seguro de cuánto tiene ni cuánto vale un hombre hasta que se encuentra en manos de la agencia de pompas fúnebres-comentó el sheriff-. Me temo que el desgraciado Tate meditaba algo. Guardaremos el secreto tú, yo y Teeny. Quizá tuviese Quentin familia. Y no veo la necesidad de que sufran inocentes por culpables.

Él explicó en breves palabras su teoría a Hicks «Miserias». El hombrecillo comprendió su punto de vista en seguida. El incidente de la escopeta cargada con perdigones de oro para preparar un yacimiento de oro falso.

Más de una vez se había empleado el procedimiento de cargar una escopeta con oro y dispararla contra la tierra. Al hacerse un análisis de ésta después, se encontraba oro allá, como era natural. Se empleaba el procedimiento para vender terrenos sin valor, haciéndolos pasar por yacimientos de oro. También se usaba para provocar estampías.

El motivo de que Tate Quentin hubiera ido dispuesto a «sembrar» oro, andaba muy lejos de ser claro. A Pete Rice le incumbía descubrir el motivo de todo aquello. Aguardó hasta que «Miserias» regresó, unos momentos más tarde, con una pala.

-¿Te vió alguien cogerla?-preguntó.

-Nadie, que yo sepa.

-Está bien. Vuelve al tren de carretas. Tú y Teeny podéis distraer a los carreros. Guarda silencio, compadre. No olvides que el silencio nunca es peligroso... y la mayoría de las veces el callar resulte, lo mejor que se puede hacer.

Al marcharse su ayudante, el sheriff dió principio a la tarea de enterrar al bandido muerto por el disparo de oro.

Trabajó aprisa. Arrastró el cadáver al lecho del arroyo seco. Encontró una parte de la ribera donde era blanda la tierra, y la hizo caer sobre el cuerpo del bandido. La tierra produjo bastante ruido al caer y, en vista de que se hallaba muy cerca el tren de carretas, Pete decidió acabar el trabajo con la pala.

Empezó a trabajar aprisa. Le faltaban unos momentos nada más para acabar su trabajo, cuando oyó un ruido casi imperceptible, detrás de él, entre la maleza. Se volvió rápidamente. Una serpiente podría haber producido un ruido semejante, o un hombre que se hubiera movido levemente, preparándose para saltar.

Pete seguía agarrando la pala con las dos manos.

¿Sería posible que un bandido herido se hubiese deslizado hasta allí, para ocultarse entre la maleza? ¿O... habría otro traidor entre los carreros que le estaría vigilando? Dió un paso hacia la maleza.

Se oyó un chasquido al moverse, rápidamente, algún cuerpo. Salió de entre las ramas un cuchillo como serpiente dispuesto a picar. Centelleó a la débil luz de la luna al caer hacia el corazón de Pete Rice.

CAPÍTULO III
ATAQUE

El sheriff agachó, bruscamente, la cabeza tan bruscamente que perdió el equilibrio durante unos instantes. Entonces saltó un hombre de entre la maleza. Cayó sobre Pete con la velocidad y la ferocidad de un jaguar. Ambos hombres rodaron por el lecho del arroyo.

Cayeron sobre la tumba del bandido-el asesino encima. El mango de la pala, que no había tenido tiempo de soltar, le dió al sheriff en la cara. Se sintió algo aturdido, pero no lo bastante para no ver el centelleo de otro cuchillo. Se echó a un lado. La punta de la hoja le tocó el hombro y se alzó para descargar una nueva puñalada. Pete lanzó un puñetazo. El asesino soltó un rugido. Pero el puñetazo le había hecho bastante daño y su cuchillo se desvió.

El sheriff logró ponerse en pie de un brinco. Pero el otro era rápido como una serpiente de cascabel. Atacaba de nuevo. Pete pudo ver, al esquivar la nueva puñalada, que su contrincante era mejicano. Se le había caído el sombrero. Entre el cabello y las cejas no había más de dos centímetros y medio de frente. No andaría muy sobrado de inteligencia, pero tenía un cuerpo nervudo y ágil como pocos. Parecía rápido como una centella; manejaba el cuchillo con la misma pericia que manejaba Pete sus revólveres.

Sólo la experiencia le salvó a este último de la muerte durante los segundos de lucha que siguieron. El cuchillo descargaba golpes con asombrosa rapidez. Le abrió el brazo, que había alzado para protegerse el corazón.

Se llevó la mano al revólver que llevaba debajo del brazo derecho. Al atacarle de nuevo el mejicano, Pete le dirigió un culatazo. El otro apartó la cabeza y el golpe le alcanzó en el hombro derecho, arrancándole un gruñido de dolor.

Peso el asesino seguía luchando. Largó una nueva puñalada. La punta del cuchillo le tocó a Pete en el brazo armado, haciendo una profunda herida. El dolor casi le hizo soltar el revólver.

Volvió a descargar un culatazo, alcanzándole al otro en los nudillos y haciéndole soltar el cuchillo. Entonces Pete le agarró con fuerza.

Sus largos brazos asieron al mejicano. Su mano izquierda cogió la muñeca derecha del otro. El mejicano intentaba desenvainar otro cuchillo. Pete apretó. Abrazó a su enemigo como un oso.

Desde el primer momento, el sheriff había comprendido que no podía disparar. La detonación haría que se acercaran los carreros. Se enterarían de que había enterrado a uno de los bandidos. Se preguntarían por qué.

Alguien podría investigar y enterarse de que había oro en las heridas del muerto. Pete estaba convencido de que aquel descubrimiento, se lograba ocultárselo a los demás, podría resultar de mucha importancia para él. Y tenía intenciones de guardar el secreto.

El mejicano gruñó y jadeó bajo la enorme presión de aquel abrazo de oso. Olió el sheriff el olor a tequilla y marijuana que despedía su adversario. Era evidente que el hombre era un adicto de ambas cosas. La bebida y los cigarrillos de aquella hierba narcótica le habían dado fuerza para luchar. Más adelante, cuando se pasaran los efectos, quedaría convertido en un ser impotente.

Le tenía bien agarrado. Unos segundos más y al mejicano no le quedarían fuerzas para intentar sacar el cuchillo siquiera. Entonces un simple puñetazo bastaría para inutilizarle por completo. De pronto apreció otro hombre con sombrero ancho. Se detuvo a la orilla del arroyo.

-¡No te sueltes, Manuel!-dijo en voz baja.

Y bajó. Los ojos de Pete chispearon. Se oyó un chasquido al topar su puño con la frente del mejicano y volverse para hacer frente a su nuevo enemigo. En aquel momento surgió una enorme figura en la oscuridad. Bajo su empuje, el del sombrero ancho cayó al suelo.

-¡Déjanos solos, Pete!-dijo una voz-. Ya le tengo. Yo me encargaré de ajustarle las cuentas a este coyote.

Pete rió y miró cómo trataba Teeny al segundo asesino. Butler no necesitaba ayuda alguna. Bajo su capa exterior de grasa, tenia músculos de la consistencia del acero. Su enorme puño cayó sobre el cuerpo de su adversario. Este se retorció, impotente. Brilló la hoja de un cuchillo; pero Teeny volvió a descargar un puñetazo. Los puños del tejano tenían la fuerza de un martillo hidráulico. Su contrincante abrió la boca y la volvió a cerrar tragándose tres o cuatro dientes.

El chasquido de la mandíbula del malhechor llegó a oídos de Pete Rice. El hombre quedó sin conocimiento. Teeny Butler se puso en pie y se sacudió las manos, como para librarse de algo sucio.

-Supongo que querrás que atemos a estos coyotes, ¿verdad, jefe?-preguntó, sereno.

Pete movió afirmativamente la cabeza. Sacó unos cordeles del bolsillo y ató a su adversario, mientras Teeny se encargaba del otro.

El prisionero de Butler parecía norteamericano. Tenia el cabello rubio y los ojos azules. Cuando murmuró algo, medio inconsciente, lo hizo en inglés. Además de un par de revólveres del 45 (equipo corriente de los que acompañaban carretas de mineral), llevaba un revólver pequeño, escondido en un bolsillo interior de la camisa.

Teeny lo olió. El arma había sido usada recientemente.

-¡Hum! Bonito revólver, jefe-comentó-. No es grande; pero es mortífero... como una serpiente de cascabel. Pete, no digas nunca que yo no te he dado nada.

Le entregó el revólver en cuestión. Encajaba perfectamente en el bolsillo lateral del pantalón de pana de Pete. Este y su ayudante conversaron en voz baja. Ambos prisioneros pertenecían a la escolta, del tren de carretas. Si los carreros se enteraban de que había habido traidores entre ellos, podrían desmandarse.

Había cuerdas en las carretas y abundaban los álamos por el camino. Lo que menos quería Pete era que hubiese un linchamiento. Era contrario del todo a semejante proceder. Además, en aquel caso, tal vez pudieran conseguir obtener información importante, haciéndoles hablar.

Se oyó una voz procedente del tren de carretas.

-¡Eh! ¡Pete Rice! ¡Teeny Butler!... ¿Dónde estáis? Me parece que ya es hora de que reanudemos la marcha.

Era el policía de la mina el que hablaba.

-Vamos ahora, mismo, compadre-contestó el sheriff.

Con ayuda de su compañero, amordazó a los prisioneros, acercándose, a continuación, a las carretas. Los carreros estaban preparados ya para la marcha. Andaban buscando a dos de sus hombres, que habían desaparecido.

-López y Buckwalter no están aquí-dijo alguien-. ¿Y dónde diablos se habrán metido?

-Están junto al arroyo y volverán a Desolación conmigo-repuso Pete-. Los necesito.

Hizo ponerse en marcha el tren. No era probable que hubiese otro ataque aquella noche. Los bandidos habían perdido muchos hombres. Si algunos se atrevían a volver, lo que no seria difícil, Teeny y «Miserias» valían cada uno de ellos por tres hombres y los carreros estaban bien armados.

Hicks «Miserias» hizo de guardián en la primera carreta, ocupando el puesto de Tate Quentin. Teeny iba en la carreta del centro de la caravana. Llevaba un winchester cruzado sobre las rodillas. Teeny era experto tirador con el rifle. El policía de la mina, armado de otro winchester, iba en el último carro.

Pete Rice regresó al arroyo para hablar con sus prisioneros. Estos podían resultar de incalculable valor, cosa que no se le ocultaba al sheriff. Los bandidos que habían atacado el tren de carretas eran pistoleros a sueldo.

No conocían la identidad del «Rojo Grande», que era su jefe. Pero aquellos espías debían de hallarse más en contacto con el corazón del misterio que envolvía a Desolación.

Tenia que haber intercedido a favor de ellos alguna persona allá en Gila para que consiguiesen su puesto en el tren de carretas, porque, generalmente, sólo se admitía para el trabajo de acompañar cargamentos de oro a gente de probada solvencia moral.

El guardián que iba en la primera carreta, así como el policía de la mina, solían ser, el noventa y nueve por ciento de las veces, gente de comprobada honradez. Debían de haberle ofrecido una cantidad considerable a Tate Quentin para que decidiera hacer traición a sus jefes.

¿Cómo habrían logrado López y Buckwalter que se les admitiera para la escolta?

El sheriff se acercó a sus cautivos. Buckwalter había vuelto en sí ya. Le quitó la mordaza, pero el hombre no quiso hablar. Se limitó a proferir blasfemias. Teeny le había maltratado bastante físicamente; pero no había logrado con ello quebrantar su espíritu.

-¡Averígüelo si puede!-contestó con furia cuando Pete le preguntó por qué había intentado matarle.

Pero el sheriff deducía, por más o menos, lo que había ocurrido. López debía de haber visto que Teeny y «Miserias» estaban ocupados junto al tren de carretas. Se había alejado, sigilosamente, decidido a matarle y volver, luego, a ocupar su puesto junto a los carros. Cuando se hallara el cadáver del sheriff, López parecería tan inocente y tan aterrado como cualquier otro de entre los carreros.

Buckwalter habría salido con la misma intención. Pero Teeny le habría visto, y le habría seguido. Pete intentó de nuevo hablar con Buckwalter. Pero éste resultó hueso duro de roer.

-¡Maldita la probabilidad que tienes de hacer limpieza en esta comarca, Rice!-exclamó, burlón-. Te aseguro que tú y tus ayudantes serviréis de pasto a los buitres, si no os volvéis pronto a Trinchera.

Estaba convencido de que el hombre podía decir mucho acerca de lo que estaba ocurriendo en Desolación y aun creía poderle sonsacar algo. Pero Buckwalter no era tan fácil de manejar como todo eso. No le faltaba valor y no había manera de sacarle una palabra del cuerpo.

-A mí no me sacarás nada-aseguró-. Méteme en chirona, si quieres. No estaré mucho tiempo encerrado. Estás vencido antes de haber empezado a luchar siquiera, Rice,

-Yo, en tu lugar, no hablaría tanto, amigo-le aconsejó el sheriff-. No hay cosa más desagradable que tener que comerse uno sus propias palabras.

-¡Vete al cuerno!

Pete mascó goma tranquilamente, como si estuviera estudiando la posibilidad de seguir el consejo que el otro le daba.

-No-dijo por fin-, me parece que no me iré al cuerno. Con toda seguridad, no me gustaría la compañía. Habría muchos coyotes como tú por ese sitio.

Su mirada se tornó dura.

-La acusación que pesará contra ti-prosiguió-, será la de asesinato frustrado. Pudiera rebajarse algo la acusación... aunque no te lo mereces... si fueras de utilidad a la ley. ¿Piensas hablar... o no?

-¡Vete al mismísimo... Pete impidió que acabara la frase, tapándole la boca con la mano. Volvió a amordazarle. Se lo echó al hombro, subió con él el terraplén y lo tiró entre la maleza.

-Reflexiona un poco y arrepiéntete de tus muchos errores, Buckwalter-le dijo-. Aquí nada ni nadie puede turbar tu reposo, como no sea, tal vez, una serpiente de cascabel. Pero creo que, hablando en general, las serpientes de cascabel son demasiado decentes para querer trato alguno contigo.

Pete Rice se preparó a llevarse a Manuel López, su otro prisionero, a Desolación. Era mucho mejor llevarse uno solo y meterlo en la cárcel, que intentar llevarse a dos y que uno de ellos, a lo mejor, se le escapase.

No dudaba que pudiera tener algún mal encuentro por el camino. Se veía más claro, a medida que transcurría el tiempo, que los responsables del reino de terror de la comarca de Gila querían hacer desaparecer del mapa a Pete Rice.

Deseaba, por añadidura, separar a los prisioneros: hablar con López donde no le oyera Buckwalter. Estando solo, era probable que López dijera mucho. Era mucho menos duro que Buckwalter. Con la ayuda de tequila y marijuana, quizá fuera posible arrancarle importantes declaraciones. Pete o uno de sus ayudantes podían volver más tarde y recoger al otro prisionero.

Un poco de agua bastó para que el mejicano recobrara el conocimiento. Pete le montó a lomos del caballo de uno de los bandidos muertos y le ató los pies por debajo del vientre del animal. Luego, sheriff y prisionero emprendieron el viaje de regreso a Desolación.

Durante la primera milla, Pete no movió la mandíbula más que para mascar goma. No pronunció una palabra. Le había quitado la mordaza a López. Tarde o temprano, éste pediría tequila o marijuana.

El sheriff le había sacado de los bolsillos el frasco de licor, la hierba y el papel de fumar. Cabalgaba a la izquierda del mejicano, sin dejar de vigilar a ambos lados, para no caer en una emboscada. Como se había figurado, López no tardó en suplicar que le diera, un trago de tequila. Pete le miró con desdén.

A aquel joven sheriff de ojos grises, que contribuía a la manutención de docenas de desgraciados en los alrededores de la Quebrada del Buitre y al que no le daba vergüenza llorar

por la muerte de un amigo, se le endurecía el corazón ante un asesino. Sus súplicas no le afectaban en absoluto. Sus peticiones de misericordia sólo le hacían preguntarse cuántos hombres honrados le habrían pedido misericordia, en vano, al asesino.

A López le esperaba una temporada en el presidio de Florence. Era posible que, al examinar sus antecedentes, se le considerara merecedor de la horca. Pero lo que Pete quería era información. La más leve cosa podía servirle de base para dar con el culpable de todo lo que estaba ocurriendo en la comarca de Gila.

-Te daré un pitillo de marijuana, López-dijo-, y tengo tres buenos tragos de tequila en este frasco. Te los daré... si hablas. De lo contrario, puedes resignarte a conservar seco el gaznate. ¿Quién te consiguió el empleo en el tren de carretas, López?

En los ojos del mejicano se leyó el temor. Apretó los labios fuertemente y los conservó así... durante media milla. Luego, ya no pudo más. Estaba dispuesto a hablar, a cambio de un cigarrillo. Pete le hizo un pitillo de marijuana, se lo metió entre los labios y sé lo encendió. El mejicano inhaló con ansia.

-No puedo decirle el nombre del jefe-dijo por fin-. Sólo sé que le llaman...

-Sí; el «Rojo Grande» -le interrumpió el sheriff-. Pero... ¿de quién tomas sus órdenes? Hay en este frasco una buena cantidad del suculento jugo del maguey, López...

El hombre se pasó la punta de la lengua por los resecos labios.

-Yo recibo órdenes de Tascosa Kid. Es el lugarteniente del jefe.

Le entregó el frasco a López, que bebió con avidez. El sheriff volvió a guardarse la botella. Había conseguido información de bastante valor.

Tascosa Kid no le era desconocido, aun cuando jamás le había visto. Como la mayoría de los azotes de la frontera, dicho individuo se había guardado muy bien de acercarse a la comarca de Trinchera. Tascosa era astuto y cruel. Se dedicaba a pasar ganado robado por la frontera. Había sido condenado, en cierta ocasión, a pasarse una temporada en el presidio de Florence; pero logró matar a sus carceleros y volver a continuar su carrera de crimen.

Los mejicanos llamaban a Tascosa Kid «El Gato», por su pequeña estatura, su forma de andar, su crueldad y melifluosidad.

Pete sonrió. Mucho daría Hicks «Miserias» por echarle el guante a Tascosa Kid. Porque, aunque este último tenia algo de sangre mejicana en las venas, podía pasar por un gringo atezado de la pradera. Era de la misma estatura que «Miserias» y sus facciones se parecían algo a la del barberillo ayudante de sheriff.

En cierta ocasión se había hecho de una insignia de ayudante de sheriff, haciéndose pasar por Hicks «Miserias» en lugares distantes de la Quebrada del Buitre. Con semejante disfraz, había logrado asaltar un banco y varios establecimientos y matar a un ranchero a sangre fría. No se descubrió la estratagema del asesino hasta después de una investigación.

-¿Cuándo habías de ponerte en contacto con Kid?-preguntó Pete.

Tenia la intención de tenderle al asesino un lazo. Valdría la pena poner a López en libertad y seguirlo para echar el guante a Tascosa Kid. López sonrió. El trago de tequila le había devuelto algo de su aplomo.

-Sé lo que usted trama-dijo-; pero Tascosa Kid es astuto. No olvide, señor, que le llaman «El Gato».

-Debían de llamarle «La Mula»-replicó Pete-. Las mulas siempre duermen de pie... para estar preparadas a dar coces.

Se sentía bastante esperanzado. Si López sabia algo más, se lo sacaría a fuerza de tequila y marijuana. Por fin había conseguido una base sobre la que trabajar Sabía que el hecho de que Tate Quentin hubiera tenido el propósito de «falsificar» un yacimiento, tenia algo que ver con el asunto. Sabia que el astuto asesino Tascosa Kid estaba complicado en los acontecimientos de Desolación y conocía el nombre tras el cual se ocultaba el instigador de todo aquello: «El Rojo Grande».

El sheriff cabalgaba despacio por su prisionero. Aun no había amanecido. Tiró por un sendero diagonal que encontró a la derecha del camino. Se dirigía a la orilla del río Bonanza.

Aquel sendero le conduciría a menos de dos millas y media de Desolación. Casi no había árboles por allí y resultaría más seguro. No faltaban hoyos, cubiertos de maleza, de los que podría surgir la muerte; pero, por lo menos, estaría protegido por el lado del río. No sería muy fácil cercarle. Llevaba enfundados los revólveres; pero estaba preparado para sacarlos a la menor cosa.

Llegaron, por fin, a la pendiente que ascendía hasta la ribera del río. A cierta distancia detrás de ellos, oyeron ruido de cascos de caballos; unos segundos después sonó una llamada que Pete Rice conocía muy bien.

-¡Ah!-murmuró López-; el ulular de un búho y alguien se acerca, señor.

El sheriff asintió, tranquilamente, con un movimiento de cabeza. El grito del búho era la señal que empleaban con frecuencia sus ayudantes y él para reconocerse. Volvió la cabeza. Por el sendero avanzaba a todo galope un hombrecillo montado a caballo.

-¿Qué querrá «Miserias»?-exclamó Pete-. Espero que nada le habrá ocurrido al tren de carretas.

Hizo detenerse a «Sonny» y contestó a la señal. El pequeño jinete de camisa amarilla y chafado sombrero, se acercó. Iba dando golpecitos cariñosos en el cuello de su montura. Pete sonrió. Las costumbres de Hicks «Miserias» no se parecían a las de nadie.

El caballo detúvose en seco y el jinete se apeó rápidamente. Movió las manos, con la rapidez del relámpago, en dirección a sus revólveres.

-¡Manos arriba, Pete Rice!-exclamó.

El sheriff de la Quebrada del Buitre se encontró con un par de revólveres del 45 en las narices. Comprendió que el que le amenazaba era Tascosa Kid.

CAPÍTULO IV
TASCOSA KID

Cualquier hombre se hubiera dejado engañar por la estratagema de Tascosa Kid. No obstante, Pete masculló una maldición. Alzó los brazos. No le quedaba más recurso. El otro le tenia encañonado.

Demasiado sabia que aquel hombrecillo ponía la bala donde ponía el ojo. Se habían cambiado las tornas. Tascosa se había convertido en cazador y el sheriff en cazado. "El Gato" había cogido a su ratón. Y era evidente que «El Gato» pensaba torturar al ratón antes de matarlo.

Sin dejar de apuntar a Pete, retrocedió en ángulo. La forma de moverse demostraba cuán ágil era. Si Pete movía un músculo, dejaría de moverlos todos para siempre. Los ojos de topacio del malhechor brillaron. Habló por la comisura de los labios, dirigiendo sus palabras a López.

Pete le había dejado las manos libres al mejicano, para que pudiera asir las riendas.

-Haz que se acerque tu caballo, López-ordenó Tascosa en español-. Quítale los revólveres. Hazlo desde atrás.

Adelantó aún más las manos.

-Intenta algo si quieres, Pete Rice-agregó-. Ya verás el resultado.

López había acercado su caballo y alargaba ya las manos para desarmar al sheriff.

-Nada intentaré -contestó, tranquilamente, este último-. Si disparas contra mi ahora, Kid, matarías a López también.

Este comentario lo había hecho con su cuenta y razón. Experimentó, interiormente, una gran satisfacción al quitarle López los revólveres y alejarse rápidamente, de la línea de fuego.

-Te daré un tiro, en cuanto se me antoje, Rice-replicó Kid. Hablaba el inglés sin el menor acento extranjero-. Me han dicho que eras muy astuto; pero... ¿quién es el amo ahora?

-A veces-le contestó Pete-, se pierde un hombre por exceso de confianza.

Kid había demostrado ser astuto en verdad. Había aprovechado su parecido con Hicks «Miserias», conseguido un caballo igual al del barbero y se había vestido de igual manera. Debía de haberse estudiado los gestos de su doble y conocer su costumbre de darle golpecitos en el cuello a su caballo cuando galopaba. Por añadidura, conocía el grito de búho que usaban el sheriff y sus amigos como señal.

Pete permaneció inmóvil, moviendo, tan sólo, la mandíbula para hablar o mascar goma. Pero su cerebro funcionaba como nunca. Se daba cuenta de que se hallaba en un trance apurado. Pero, cuanto más tiempo perdiera tener a Kid hablando, más probabilidades había de que le pillara desprevenido en algún momento.

López se había detenido a menos de un metro de la cabeza de «Sonny». Tascosa se hallaba dos metros escasos del otro lado del caballo. Pete tenia las manos alzadas. No había posibilidad de espolear a «Sonny» para huir; resultaría más que peligrosa la intentona. Kid y López podrían matarle sin dificultad.

López había recobrado por completo su aplomo; pero era evidente que Kid no tenía la menor intención de desatarle hasta haber matado a Pete. Kid no pensaba correr riesgo.

-Tú eres el gato-le dijo López-, y Pete Rice es el ratón. Y... ¡Pete creía poder engañarte...! Tiene gracia, ¿verdad, jefe?

El sheriff observó el cambio de expresión que sufrió el rostro del bandido al oír aquellas palabras.

-Conque creyó poderme engañar, ¿eh?-murmuró Tascosa-. Sí que tiene gracia.

Se echó a reír. Sólo Pete se dió cuenta de que aquella risa era forzada.

-Esperaba dar cuenta de mí, ¿eh, Manuel?

-Justo-rió López a su vez-. Tenia el propósito de soltarme y seguirme luego para dar contigo. Me di cuenta de lo que pensaba en seguida.

De pronto se le heló la risa en los labios, porque Tascosa había cambiado de expresión y de tono.

-¡Conque se te fue la lengua!-exclamó-. ¡Deja caer esos revólveres al suelo, López!

El mejicano pareció aturdido unos momentos. Luego dejó caer las armas de Pete.

-Pero, señor...

-¡Conque se te fue la lengua!-repitió Tascosa-. Te sonsacó, ¿eh? ¡Le dijiste que Tascosa Kid era tu jefe! ¡No lo niegues! Veo que es cierto, por tu estúpida expresión. Delataste a Tascosa Kid, ¿eh?

-No lo hice con mala intención-murmuró el otro en tono quejumbroso-. ¡Perdón jefe! Me dio un trago de tequila. Me...

-¡No beberás ya más! Si no hubiese sido yo listo, hubieras conseguido que me capturaran.

Seguía apuntando con los revólveres a Pete. Pero sus palabras iban dirigidas a López.

-Tu vida toca a su fin, López. Parece ser que ese es el único medio de cerrarte la boca. Este debiera de ser un espectáculo interesante para el sheriff. Verá, así, cómo ha de morir él.

Pete dejó de mascar goma. Seguía inmóvil, como una estatua, con las manos en alto. Oyó una especie de queja salir de la garganta del mejicano; pero no volvió la cabeza. Si no mentía Tascosa, tenía intenciones de matar a López, primero.

-La lengua larga acorta la vida-prosiguió Kid en español-. López, el mundo puede pasarse divinamente sin un idiota como tú.

¡Pum!

Uno de sus revólveres escupió fuego. El caballo del mejicano rodó por tierra, con una bala en el cerebro. Pete Comprendió que Tascosa no había marrado el blanco. Había tirado a matar al caballo, primero. El cadáver del animal pilló debajo a López, que suplicaba y lloriqueaba. Yacía éste impotente, con el cuerpo, de cintura para abajo, debajo de su caballo.

-¡Piedad!-imploraba-. ¡Piedad!

Tascosa Kid rió roncamente. Su revólver volvió a hablar. Luego se oyó un grito corto y penetrante. Y, a continuación, silencio. De pronto sonó un nuevo disparo. Porque Pistol Pete no se había olvidado del revólver pequeño que llevaba escondido en los zahones.

«El Gato» había jugado demasiado tiempo con el ratón y éste se había convertido en perro rabioso. El revólver que tenia Kid en la mano derecha cayó al suelo. La bala de Pete le había dado en la mano. Pero el proyectil siguiente del sheriff le pasó por encima del hombro sin tocarle, porque se había dejado caer de rodillas y usaba el arma que tenía en la mano izquierda.

Una bala pasó rozándole una oreja a Pete. El sheriff cayó de su caballo, dándole con la espuela al caer. Cayó de pie y «Sonny» huyó al galope.

Otra bala disparada por Tascosa le arrancó el pellejo de la sien izquierda. Pero Pete se hallaba ya en movimiento. Corría a refugiarse tras el caballo muerto. Otro proyectil le quitó el sombrero, cuando se dejaba caer tras el cadáver del animal.

No le hubiera sido posible dar otro paso. Le temblaban las piernas. El roce de aquella bala en la sien le había hecho dar vueltas la cabeza. Su mano, tan firme normalmente, temblaba de tal forma que su siguiente disparo fue a parar bastante lejos de su blanco.

Disparó por tercera vez contra Kid, que corría a refugiarse tras una roca que había al lado del camino. Kid siguió corriendo. Tampoco había hecho blanco aquella bala.

Pete dejó de tirar. No quería que el otro se diera cuenta de su estado. De lo contrario, comprendería que tenía poco que temer y atacaría inmediatamente. Kid disparaba sin cesar. Tiraba con la mano izquierda y lo hacia bastante bien, por añadidura.

El caballo muerto yacía con las patas y el vientre hacia Pete. El cadáver de López se hallaba por el otro lado. Las balas se incrustaban en el cuero de la silla, rebotaban contra el metal, y de vez en cuando, alguna se hundía en el cuerpo exánime del mejicano.

Pete siguió sin disparar. Sólo le quedaban tres balas. Miró, con avidez, hacia sus revólveres del 45 que yacían a unos pies de distancia, donde los había dejado caer López. Pero el intentar llegar hasta ellos resultaría peligrosísimo. Aun con la mano izquierda, Tascosa disparaba mejor que la mayoría con la derecha.

Pete comprendía que Kid estaría sufriendo bastante dolor, como consecuencia de la herida de la mano derecha. Pero seguía disparando. Pete sonrió. ¡Si aquel asesino hubiese sabido por qué no le contestaban a los disparos...! Si supiera que Pete aun estaba aturdido como consecuencia del roce de una bala...!

Sin embargo, parecía darse cuenta, instintivamente, de que ocurría algo. Era perspicaz. Se asomó, levemente, por encima de la peña; luego se retiró a prisa. Pete no disparó. Si la bala pasaba muy lejos de él, su adversario comprendería en seguida que se hallaba casi imposibilitado.

Pete reflexionó acerca de su situación. Ya era de día. Aquella comarca era algo solitaria; pero podía pasar, en cualquier momento, algún vaquero que regresara a su rancho después de pasar la noche de guardia.

Y, aunque nadie pasase, el sheriff se hallaba en mucha mejor situación que anteriormente. Vio a Tascosa correr rápidamente hacia otra peña situada a la izquierda y luego hacia otra. Creyó que intentaba llegar a donde se encontraba su caballo. Este había huido en aquella dirección al empezar el tiroteo y se hallaba, en aquel momento, cerca de la ribera del río.

Kid disparó otra vez. Se hallaba en mejor posición. La bala dió contra una de las herraduras del caballo. Pete se dió cuenta de que, si su enemigo se movía aún más hacia la izquierda, el cadáver del caballo perdería todo su valor como refugio.

De pronto comprendió que aquello era, precisamente, lo que pretendía hacer el otro. Acababa de correr de nuevo hacia la izquierda y guarecerse tras otra roca. Se hallaba en posición de poder disparar por entre las patas delanteras del animal.

Pete se adelantó un poco arrastrándose. Aun le temblaba un poco la mano. Empleó la pata rígida del caballo como apoyo. Descansó el brazo sobre ella y oprimió el gatillo.

Vio que saltaba el polvo del borde de la peña tras la que se ocultaba Kid. Había dado a su adversario o no le había faltado mucho. Kid se retiró hacia otra roca que se hallaba unos tres metros más atrás. La peña que había delante cubría, en parte, su retirada.

Kid debía de haber decidido retirarse de la lucha. No podía esperar tirar con la mano izquierda y vencer a un tirador de tanta fama como «Pistol» Pete Rice. Dió media vuelta y corrió hacia la orilla del río.

Pete se puso en pie y probó si sus piernas soportaban ya su peso. Aun estaban algo débiles. Pero aquella parecía la última oportunidad que tendría de cazar a Tascosa. Disparó los dos cartuchos que le quedaban. Luego salió de detrás del caballo y recogió sus revólveres del suelo.

Su contacto pareció darle nuevas fuerzas. Ambos escupieron fuego y obligaron al otro a buscar refugio tras otra roca. Pero era una roca muy pequeña. Evidentemente, no resultaba muy satisfactoria como refugio. El plomo de Pete Rice llovía a todo su alrededor.

De nuevo se puso el bandido en pie y corrió hacia el río. Pete apretó fuertemente los labios. Empezó a correr tras de Kid. Se tambaleó, casi cayó; pero logró recobrar el equilibrio. El otro sin dejar de correr, volvió la cabeza y disparó dos veces. Pete contestó con tres disparos.

Rió triunfalmente. Estaba seguro de haberle tocado a Tascosa aquella vez. El bandido había empezado a cojear y no contestó a los tiros. Pete dedujo que tenia descargado el revólver. No quería pararse a cargar y darle ocasión a que se acercara más.

Pete dió un traspiés... cayó. Pero se puso en pie de nuevo. No creía que su adversario le hubiese visto caer. Sabía que, de un momento a otro, volvería a dar con su cuerpo en tierra. Si caía, Kid podría verle y adivinar tal vez lo que le ocurría.

Reuniendo todas sus fuerzas, dió cuatro pasos más. Le llevaron hasta donde se hallaba el caballo que el bandido estaba abandonando. Pete se enfundó uno de los revólveres y agarró el pomo de la silla para no caer. Luego se fijó en la cuerda que colgaba del pomo.

Kid se hallaba ya a cerca de cuarenta metros de distancia. Pero cojeaba. Y corría cuesta arriba, hacia la ribera del río. Iba a arriesgarse y tirarse al caudaloso Bonanza. Rápido como el pensamiento, Pete descolgó la cuerda y echó el lazo. Empezaba a darle vueltas la cabeza otra vez.

Creyó sentir que la cuerda se ponía tirante. No le fue posible ver si había enganchado a su adversario, o no, porque se le había nublado la vista. No tuvo más que la fuerza suficiente para darle unas vueltas en la cuerda alrededor del pomo de la silla. Luego se le doblaron las piernas y el caballo se encabritó.

Cayó muy cerca de las herraduras del animal.

CAPÍTULO V
EL ROJO GRANDE

El caballo galopó alocado, senda arriba. Pete se incorporó apoyándose en un codo. El instinto-tal vez la suerte-le había hecho atinar. Tascosa se veía arrastrado por el caballo, a cuya silla iba atada la extremidad del lazo que le había pillado por el cuerpo.

El sheriff le veía como a través de una neblina. Forcejeaba frenético. De pronto vio brillar un cuchillo. Un momento después Kid estaba en libertad. No habiéndose dado cuenta de que el sheriff apenas podía moverse, había reanudado su fuga hacia el río.

Pete logró agarrar uno de sus revólveres y disparar dos veces. El otro creería así que seguían persiguiéndole. Un instante después, el bandido se tiró de cabeza al río y desapareció. Había decidido correr el riesgo de dejarse arrastrar por la impetuosa corriente del río.

Cinco minutos de descanso hicieron mucho por refrescar a Pete Rice. Seguía sangrándole la rozadura de la sien y se la enjugó varias veces con el pañuelo. Luego se levantó y silbó llamando a «Sonny». Este acudió en seguida. El sheriff le acarició la cabeza, logró montar y prosiguió su camino hacia Desolación.

La mañana estaba bastante avanzada. El cuerpo debilitado de Pete estaba bailado en sudor cuando llegó por fin, a las afueras del poblado minero. La población se hallaba ante él y no dejaba de ser atractiva, a pesar de su nombre.

A ambos lados de las calles se alzaban álamos que dentro de muy pocos años alcanzarían gigantescas proporciones. Abundaban los robles, los abetos y otros árboles, demasiado jóvenes aun para dar mucha sombra. Los árboles, las casas, los alrededores, eran hermosos a no dudar. Eran los hombres lo que hacían fea la población. El Rojo Grande se hallaría, con toda seguridad en Desolación. Y si el astuto Tascosa Kid no era más que un lugarteniente, el Rojo Grande debía de ser aun más astuto, tal vez más cruel también.

Pete avanzó por la calle principal, reflexionando. Ató a «Sonny» a la puerta de un restaurante se metió la estrella de sheriff en el bolsillo. No le conocía la mayoría de los habitantes de Desolación, y prefería que fue, se así.

Entró y pidió un desayuno.

-¿Hay algo de nuevo por esta población? Le preguntó al soñoliento camarero.

El hombre movió negativamente, la cabeza.

-No; no anoche por lo menos. No ha habido muertes que yo sepa. La gente empieza a respirar otra vez. Supongo que será porque ese tipo de Pete Rice ha llegado a la población.

Llamaron desde la cocina. El camarero se marchó y volvió a los pocos momentos con un plato de jamón y huevos.

-Dicen que Pete Rice es un tío. Es una lata eso de no ser más que gente vulgar como usted y yo, ¿verdad? Oiga; se habrá caído y hecho daño en la frente ¿no? ¿De juerga anoche?

Pete se limitó a sonreír. Dejó que el camarero pensara lo que quisiera. El hombre tenia ganas de hablar. No había distinción de clases en Desolación. En jornalero de hoy podía ser el millonario, de mañana. Se estaban haciendo muchas fortunas.

-Dicen-prosiguió el camarero-, que ese Pete Rice no le tiene miedo a nada. Me gustaría poderle ver.

Pete siguió comiendo en silencio.

-Hay una pelea que me gustaría ver-agregó el camarero-, la de Pete Rice y Fancy Strool. Strool ha andado diciendo por toda la población lo que le va a hacer a ese Pete Rice. Y Strool es un tío peleando. ¡Amigo! ¿Usted sabe cómo lucha ese Strool?

-¿Quién es Strool? ¿Un minero?

-No; un jugador profesional. Lo pasan bien los jugadores. Eso es lo que a mí me gustaría ser: un jugador.

-Más vale que se conforme usted con ser camarero. Me he fijado en que los jugadores no tienen suficiente fe en su profesión para enseñársela a sus hijos.

-Pero... ¡fíjese en el dinero que ganan... ! Strool es el hombre que mejor viste en este pueblo.

-Compadre-dijo Pete-, si es jugador, corre el riesgo de tener que vestirse de saco mañana. Cuesta más dinero calculando el tiempo empleado, el aprender el juego, de lo que puede sacarse de él.

Acabó de desayunar, pagó y se metió otro trozo de goma de masticar en la boca. Luego se hizo un pitillo y lo encendió. Se dirigió a la puerta. Luego se volvió.

-Es muy probable que vea usted esa pelea que dice querer ver-le dijo al camarero-. Esa entre Pete Rice y Strool.

-Apuesto un dólar a que gana Strool, si alguna vez se encuentran los dos frente a frente. Aun no he visto a nadie vencerle a Strool.

-Compadre, yo no soy jugador. Si alguna vez tiene lugar esa pelea, véngame a ver después. Voy a quedarme por aquí una temporada.

Salió del restaurante y tiró por la calle principal. No sería un simple dólar lo que perdería Pete Rice si Strool peleaba con él y le vencía. El sheriff perdería toda su influencia sobre Desolación y el reino de terror seguiría su curso.

Iba preguntándose quién sería aquel Strool y cuáles las fuerzas que le apoyaban. Preguntándose, sí; pero no preocupándose. Porque «Pistol» Pete Rice sabía manejar los puños cuando lo exigían las circunstancias. Pete entró en el despacho de Gabe Blake. Allí se lavó y se cuidó de un detalle que ni un hombre rudo y curtido puede descuidar: de dormir.

Estaba muy avanzada la mañana cuando le despertó un viejo, de semblante surcado de arrugas, de cabello desgreñado y hombros enormes, aunque algo encorvados por la edad. Tras él iba un hombre pequeño, de ojos azul oscuro y cabello negro y sedoso.

Pete conocía al viejo. Era Tim McHugh, propietario de la mina Elsie May.

Su compañero era un extraño.

-Sheriff, quiero presentarle a usted a Flint Jackford-dijo McHugh-. Flint es un antiguo compañero mío de mis tiempos de buscador de oro. Es el dueño de la mina Keystone.

Pete estrechó la mano de los dos hombres. En contestación a sus preguntas le explicó en pocas palabras lo ocurrido en el camino de Mineral Point.

Ambos mineros demostraron profundo interés en el relato, porque los dos habían experimentado dificultades en el transporte del mineral a las trituradoras. Jackford había perdido dos cargamentos de mineral de alta calidad en menos de dos semanas y habían sido secuestrados cuatro mineros suyos. McHugh había perdido también más de mil dólares de mineral.

McHugh sacudió la cabeza y se quejó de la situación.

-Dos mineros rechazaron ayer mi oferta de sueldo triple-dijo-. Tienen familia y no les parece muy seguro Desolación como punto de residencia. Y si quiere usted que le diga la verdad, me parece que tienen razón. Ponemos todas nuestras esperanzas en usted, amigo. Es usted simpático. Tal vez le resulte lo mismo a todo el mundo y decidan todos portarse como es debido en adelante.

El sheriff, movió negativamente la cabeza.

-Siento decir que no es por amor a la ley que la gente la acata-dijo-. Es por temor. Empiezo despacio; pero estoy preparado para armar jaleo... si es que ustedes los ciudadanos están dispuestos a apoyarme.

-En todo y por todo-aseguró Jackford-. Me gustaría que se hiciese una limpieza en esta población. Quiero montar un hogar, aquí tarde o temprano. No es sólo cuestión de ganar dinero.

-En efecto, el dinero no lo es todo en este mundo-comentó McHugh.

Pete mascó goma.

-No-asintió-, pero después de todo, el dinero es la única cosa con que puede pagar uno los impuestos. Y pueden ustedes tener la seguridad de que la causa de todos los disturbios que

están ocurriendo aquí es el dinero. Me parece a mí que hay alguien aquí que quiere quedarse con todos los terrenos. ¿No opina lo mismo?

Tim McHugh se retorció el bigote y frunció el entrecejo.

-La verdad es que la tierra de por aquí es de bastante valor-reconoció-. Pero yo creo que la cosa es mucho más complicada que todo eso.

Pete guardó silencio unos momentos. Estaba pensando exactamente lo mismo.

-Supongo que no tendrán ustedes la menor idea de quién es el que está armando todo ese cisco, ¿verdad?-inquirió-. ¿Hay gente sospechosa en Desolación? Aparte de la gente de armas tomar que se encuentra siempre en una población minera, como es natural.

-Yo soy partidario de no acusar a nadie sin tener pruebas fehacientes-respondió McHugh-. Pero hay un tipo en este poblado del que no me fiaría ni un tanto así. Vaya; bien pudiera ser que me equivocara, sin embargo. Por lo tanto, tal vez sea mejor que no mencione nombres.

Pete empezó a ponerse las botas. Vio un medio de vencer los escrúpulos de McHugh sin preguntarle abiertamente a quién se refería.

-El mejicano a quien mató Tascosa Kid, dijo que trabajaba por cuenta de un jefe, al que llamaba El Rojo Grande. ¿Ha oído usted hablar de él alguna vez?

McHugh dió un resoplido de asombro y miró, expresivamente, a Jackford.

-Conque el Rojo Grande, ¿eh?-exclamó-. Pues al hombre en quien yo estaba pensando le pega muy bien la descripción. Es grande y tiene una mata de pelo más roja que la cola de una zorra.

Flint Jackford sonrió. Luego se ensombreció su rostro.

-No apoyaría yo esa teoría, Tim-le advirtió-. No olvides que hablamos de un asunto que sería castigado con la pena capital. Es preciso que estemos seguros de no equivocarnos, antes de ponerse la ley en movimiento en busca de un hombre. La horca es un castigo bastante grande y no es justo aplicárselo a un hombre sin más pruebas que el color de su caballo.

-¡La horca es demasiado buena para Alvin Merchant!-contestó McHugh con calor-, ¡demasiado sabes tú, Flint que te es tan antipático a ti como a mí!

-Eso lo reconozco -dijo Jackford sin perder la serenidad-. Pero... ¿no se parece mejor que dejamos a sheriff pasear tranquilamente por la población y hacer las investigaciones que él crea más oportunas?

Se volvió hacia Pete.

-Si en algo podemos ayudarle, no tiene usted más que decírnoslo. No olvide que le apoyamos en todo y por todo, sheriff.

En todo asintió McHugh.

-Y hágame usted caso a mí: vale la pena vigilar a Alvin Merchant. No olvide que estoy dispuesto a apoyarle mientras viva, ya sea cincuenta años o unas cuantas horas nada más.

-Espero que será los cincuenta años-respondió Pete.

-Eso, cualquiera lo sabe. Es muy difícil de asegurar nada en una población como esta-dijo Tim McHugh.

El sheriff de la Quebrada del Buitre encontró muchas cosas de interés en Desolación. Podría ser verdad, como había dicho el viejo, que muchas personas decentes se habían ido, asustadas del poblado minero. Pero no lo era menos que habían acudido, atraídos por el oro, muchos hombres de mal vivir.

Muchos habían llegado procedentes de Sparkling Springs, que se hallaban a unas veinte millas de distancia. En «Springs», como vulgarmente se llamaba a la población, no había más que minas de plata. Reinó durante algún tiempo, más actividad que de costumbre allí, por haberse corrido el rumor de que el gobierno iba a subir el precio de la plata a un dólar la onza.

La gente maleante estaba sacando mayor tajada en Desolación que en Springs. Se jugaban grandes cantidades noche y día. Las tabernas hacían un buen negocio.

Se celebraban peleas de gallos todas las noches en el barrio mejicano. Los hombres vivían intensamente, y poco tiempo por regla general. Pete habló con varias personas y se enteró de la historia de Alvin Merchant. Este había llegado a Desolación por el tiempo en que había desaparecido el primer cargamento de mineral. Decía ser representante del Sindicato de Minas Coverdale.

La Influencia del Coverdale se hacia en cuantos sitios se hallara mineral precioso. Tenía el sindicato oficinas por el mundo entero. Era dueña de algunas de las de Sparkling Springs y obtenía buenos beneficios mediante el arrendamiento en cooperativa.

Había seguido a los buscadores de oro hasta allí llevando maquinaria pesada. Sus máquinas habían funcionado en Creede, Leadville y otras poblaciones mineras del Oeste. Hasta se decía que trabajaban en Australia y África.

El sheriff acabó su investigación preliminar por tabernas y salas de juego y se acercó al despacho de Bedrock Dangler, propietario de la mina «No Hope» (Sin Esperanza).

Se dió cuenta de que le observaban. Un hombre, chillonamente vestido se hallaba apoyado contra la barra a que se ataban los caballos a la puerta de una taberna vecina, al despacho de Dangler. Era bien parecido; pero tenia los ojos demasiado juntos y una expresión muy dura en el semblante.

Cuando el hombre tropezó con él, Pete se excusó, cortésmente, por no haberse fijado donde iba. Comprendió en seguida que debía tratarse de Strool, el jugador. Y no se le ocultaba que el tropezón lo había buscado Strool con toda intención. El gesto desdeñoso y la mirada de desafió que le dirigió, no estaba en consonancia con la levedad del suceso.

Pete estaba convencido de que volvería a ver a Strool antes de que hubiesen transcurrido muchas horas. Y no se equivocaba. Era de noche cuando el sheriff entró en el Salón de la Pepita de Oro, acompañado de Flint Jackford. Pete no acostumbraba a beber alcohol, pero conocía muy bien el valor de la taberna como punto en que conocer gente y enterarse de muchas cosas.

Su entrada fue saludada por miradas de respeto. Se acercó al mostrador con Jackford. Este último pidió cerveza. Pete tomó zarzaparrilla. Sabia que muchas miradas convergían en él. Estaba acostumbrado a que la gente le mirara como si fuera un bicho raro. Pero se dió cuenta de que se le dedicaba especial atención aquella noche. Se preparaba algo.

-Ese pelirrojo, sentado a la tercera mesa-susurró Jackford-, es Alvin Merchant. Es de aspecto formidable, ¿verdad?

Pete contempló al representante del sindicato. Merchant estaba enfrascado en conversación con un hombre que parecía minero. Su rostro expresaba eficiencia. Era su mandíbula agresiva y sus ojos penetrantes.

Podía ser-pensó Pete-la imagen perfecta de un magnate de la industria o el jefe de una gran organización criminal. De ser lo último, resultaría un enemigo de altura.

A pesar de que tenia concentrada la atención en Merchant, Pete se dió cuenta de que algo había ocurrido en el salón. Se adivinaba una tensión enorme. Reinaba un silencio completo en el establecimiento. Una figura conocida acababa de franquear la puerta. El sheriff la vió reflejado en el espejo.

-¡Fancy Strool!

Strool, medio anduvo, medio se tambaleó hacia el bar y se encajó entre Pete y Flint Jackford. Dió unos codazos a los dos, diciendo:

-¡Hagan sitio! ¿Qué diablos se han creído ustedes?

Su ira iba dirigida a «Pistol» Pete Rice.

-Perdone, amigo-dijo éste.

Habló con voz dulce, casi demasiado dulce. Se apartó un poco del jugador.

Vió que Strool no llevaba armas. Evidentemente, tenía la intención de darle una paliza a Pete y convertirle en hazmerreír de la población. A la gente dura le gustan los luchadores duros. No era fácil que tomaran en serio a un sheriff que hubiese recibido una paliza en una bronca de taberna.

Strool pidió whisky. Pero no lo bebió. Siguió empujando a Pete. Estaba provocándose expresivamente. Había hecho públicas sus intenciones.

Por eso-se dijo Pete-, le habría mirado con tanta atención la gente cuando entró en la taberna. Los que se hallaban presentes estaban enterados de lo que se preparaba.

-¡Me ha pisado usted el pie!-rugió Strool-. ¡Haga el reverendo favor de colocar esos torpederos que tiene por pies donde no puedan molestar a nadie!

-Debe usted haberse equivocado, amigo-replicó Pete serenamente.

Se avecinaba la pelea. Él no podía evitarlo. Resultaría algo importante. En una población como aquella, el efecto moral de una victoria o de una derrota, sería muy grande. La diferencia entre vencer y ser vencido, podía muy bien representar la diferencia entre limpiar Desolación y no limpiarla.

-¿Me llama usted embustero, acaso?-rugió Strool.

Pete Rice había aguardado ya bastante.

-Debe usted de tener las orejas sucias si es que no puede oír claro-contestó-, y, haga el favor de correrse. Está ocupando demasiado sitio. No olvide que los cerdos acaban, generalmente, en el matadero.

Fancy Strool soltó un rugido y dirigió al sheriff un puñetazo, que éste esquivó con facilidad. Pero, en aquel preciso momento descubrió que Strool no era un camorrista de los corrientes. No había tenido la menor intención de alcanzarle con el primer puñetazo. Al echarse Pete a la derecha, Strool le soltó un izquierdo en la mandíbula.

Le dió un poco demasiado arriba. No obstante, el impacto resultó terrible. Strool llevaba en la mano izquierda una sortija con un diamante grande. La arista de la piedra le hizo un corte profundo en la cara, al sheriff.

«Pistol» Pete devolvió el golpe al retroceder.

Un puñetazo con la derecha le alcanzó en la mandíbula otra vez. Pete Rice era capaz de soportar un golpe terrible. Pero el puñetazo de Strool hizo que se le doblaran las rodillas.

Strool aprovechó la ocasión. Una sonrisa desdeñosa adornaba sus labios. Tenia motivos para creer suya la victoria. Era atlético y sabía manejar los puños muy bien. Por eso, seguramente, había provocado a su adversario.

Equivocó un derecho de Pete y contestó con un gancho. Puso toda su fuerza en el golpe. Pete Rice rodó por el suelo.

CAPÍTULO VI
LA LEY DEL PUÑO

El sheriff se puso en pie inmediatamente. Había luchado con hombres muy fuertes durante su vida y le habían derribado más de una vez. El ser tumbado no era una deshonra. Pero, ante un público como aquél, le deshonraría el permanecer tumbado.

Strool se lanzó, nuevamente, al ataque. Se movía con la agilidad de un jaguar. Hubo un intercambio de golpes. Era evidente que sabía tomar tan bien como dar. Ya no se observaba en él el menor síntoma de borrachera, cosa que no le extrañaba a Pete Rice. Strool había estado fingiendo estar borracho, pero, en realidad se hallaba en perfectas condiciones.

Pete aun sentía los efectos de aquel terrible puñetazo a la mandíbula. Paró un izquierdo y se dispuso a largarle al jugador un derecho, en la barbilla. Se contuvo, sin embargo, al agarrar Flint Jackford a Strool por el hombro.

-¡Borracho indecente!-exclamó con ira Flint-. ¿Qué diablos significa esta manera de proceder? ¡Debía de estar usted en el manicomio!

Strool soltó un puñetazo rápido y Jackford salió disparado. Fue a estrellarse contra una mesa, que se volcó, derramando sobre él una cascada de cartas y de vasos de whisky. Luego Strool, volvió a preocuparse de Pete.

Este no se había aprovechado del hecho de que Jackford estuviese de espaldas a él. Si-aunque no fuese más que accidentalmente-diese un golpe bajo a su adversario, sufriría más su prestigio que el cuerpo del otro.

Jamás defendió pugilista alguno su título de campeón con más cuidado del que empleó Pete en aquella pelea. Recibió un derecho por encima del corazón y rozó, a cambio, la mandíbula de Strool. Hasta el momento, Pete se estaba llevando al peor parte en la pelea y no lo ignoraba. Pero sabía también que podía aguantar divinamente, todo aquel castigo conque volvió al ataque.

Pete se iba rehaciendo. Tenía perfecto derecho a sacar el revólver y detener a Fancy Strool. Pero tenia demasiado sentido común para hacerlo.

La mitad de la gente maleante de Desolación le estaba viendo. No hacia más que entrar gente nueva en el establecimiento; la población se estaba presentando para conocer el temple del sheriff, Strool estaba desarmado, excepción hecha del brillante, que cortaba cada vez que tocaba la carne.

Pete se puso a esquivar y parar aquel puño izquierdo cuanto le fue posible. Cuando no había medio de esquivarlo, procuraba que le diese en el cuerpo, donde no podía hacer tanto daño la piedra. Logró burlar la guardia del otro y darle el mejor puñetazo que le había dado hasta entonces, un formidable gancho a la mejilla.

Lo siguió con dos golpes rápidas. Pero el experto jugador se las arregló para quitarles fuerza a los golpes, contestando con un paralizador, golpe que alcanzó a Pete sobre el corazón. Jackford se había puesto en pie ya.

-¡Detenga a ese hombre, sheriff!-aulló.

Pete siguió luchando, sombrío. Si llegaba a tocar la culata de su revólver siquiera, perdería prestigio ante los mineros. No tenia más remedio que resolver aquello a puñetazos. Y, cuando acabara la pelea, era preciso que se hallara en pie aun y su enemigo tendido en el suelo. De lo contrario, los ciudadanos de Desolación harían caso omiso del nuevo representante de la ley. Aquella pelea tenía que servir para demostrar que era justa la fama que tenia Pete Rice.

Strool lo sabia. Recibió un golpe de lado y se agarró a su adversario.

-¡Cuando acabe con este tipo, le echaremos de la población!-aulló, dirigiéndose a los espectadores.

Algunos de los espectadores se echaron a reír. Otros silbaron. Pete alejó a su adversario de un empujón y volvió a atacarle. Uno de sus puñetazos le echó la cabeza atrás a Strool e hizo que sus ojos se tornaran vidriosos. Lo siguió con un derecho a las costillas.

Strool se inclinó hacia adelante, dolorido pero sin dejar de pelear. Pete pudo ver que se hallaba en perfecto estado. Los cuentos de que todos los jugadores llevaban una vida de disipación, eran falsos. Excepción hecha de que trasnochaban, muchos de ellos no tenían vicios. Procuraban cuidarse los nervios para poder ejercer con éxito su profesión.

Strool metió todas sus fuerzas en un terrible uppercut. Pete lo paró con el brazo. Volvió a doblar a Strool con un puñetazo en el estómago. Luego le enderezó de nuevo con otro a la barbilla.

Strool cayó como fulminado por el rayo. El sheriff dió un paso atrás. Quería darle tiempo al jugador para que se pusiera en pie. Se oyó un murmullo de aprobación entre la muchedumbre.

Los espectadores se habían echado bien atrás. Quedaba sitio de sobra para los luchadores entre el mostrador y la hilera de mesas. Nadie intervendría, aún cuando la lucha fuese a muerte. Los espectadores querían ver si el sheriff era digno de su nueva misión.

El jugador logró ponerse en pie. Fuera lo que fuese, era un valiente. Estuvo unos momentos tambaleándose. Parecía completamente mareado. Pete le dió tiempo de sobras. Tenia que hacerle el juego al público. No era sólo Pete Rice el que se veía puesto a prueba en aquellos momentos, sino la propia ley también.

Strool se acercó, tambaleándose, al sheriff. Parecía muy agotado ya. Tenía el rostro ensangrentado y la ropa llena de aserrín. Pete le contempló. Cuanto antes acabara la pelea, mejor. Mejor para él y mejor para Strool.

Volvió a atacar. Strool se movió con torpeza y le dirigió un puñetazo, que su adversario esquivó, acercándose más. El jugador se echó a un lado. Su risa burlona le hizo comprender al sheriff que se había dejado engañar. Era demasiado tarde para esquivar el puñado de aserrín que el otro le tiró a los ojos. Respiró hondamente. El aserrín le provocó un acceso de tos.

Algunos de los espectadores soltaron un gruñido. Pero dejaron que siguiera la pelea adelante. Medio ciego y tosiendo, Pete no podía defenderse contra los puñetazos de Strool.

¡Crac!

Un terrible derecho aturdió al sheriff. Alzó los brazos para protegerse el rostro, Strool le dirigió un golpe bajo a la ingle. Pete sintió náuseas. Pero siguió peleando. Se había convertido en especie de punding bag del jugador. Si Strool ganaba, fuese por las buenas o por las malas, los espectadores no recordarían más que una cosa: que Pete Rice había sido vencido.

El rostro del sheriff era una mancha de sangre. Se le había abierto una herida antigua por encima del ojo derecho. Tenia arrancado un trozo de carne por encima de la mejilla. A la herida que había recibido durante la noche anterior, se le había caído el tafetán. Strool procuraba darle siempre en las heridas.

Era evidente que había sido, en otros tiempos, pugilista de profesión. Sus golpes resultaban terribles. Los espectadores daban por descontado su triunfo. Sólo era cuestión de ver el tiempo que Pete lograba mantenerse en pie.

El jugador ya nada tenía de pedante. Se había convertido en una fiera. La locura brillaba en sus ojos. Presentía la victoria. Exhaló un gruñido triunfal. Pete le alcanzó con un directo; pero de resbalón nada más. Aun intentaba extraerse de los ojos las últimas partículas de aserrín.

Strool estaba empleando toda clase de golpes sucios. Usó el pie, la rodilla y el codo sin piedad.

Los espectadores seguían sin protestar, no obstante. Muchos de ellos estaban de parte de Strool o de cualquiera que luchase contra la autoridad.

Pete descargó otra derecha. La muchedumbre soltó un grito. Y siguió gritando cuando el jugador hizo correr la sangre por el rostro del sheriff, merced a un puñetazo al pómulo. La histeria se había apoderado de la muchedumbre.

Pete había dejado de sentir ya dolor. Lo único que le mantenía en pie era su fuerza de voluntad. Un puñetazo, estilo mazazo, le despejó momentáneamente, el cerebro. Paró el ataque de Strool con un directo que casi le deshizo la nariz.

La muchedumbre volvió a gritar. Lo salvaje de aquella pelea hacia saltar a los viejos como si fuesen niños. El sheriff fue ovacionado. El jugador embistió como un toro. Empujó a Pete contra el mostrador. Le pisoteó con rabia los pies. Pete descargaba directos al cuerpo sin

parar. Strool le dió un puntapié en la espinilla y un rodillazo en la ingle. Pete se retorcía de dolor.

Largaba puñetazos automáticamente. Peleaba por simple fuerza de voluntad.

El jugador estaba desesperado. Un puñetazo suyo alcanzó a un jarro de cerveza que había en el mostrador. Su helado contenido le cayó a Pete Rice por la cabeza y la espalda. Sirvió para aclararle el cerebro.

Esquivó un swing y le partió la ceja izquierda a su adversario con un gancho de derecha. Dió un salto atrás para esquivar un formidable puñetazo y resbaló al pisar un trozo del jarro. Cayó hacia adelante. Strool aprovechó la ocasión para darle un derechazo con todas sus fuerzas.

El golpe le dió al sheriff en la barbilla, le echó hacia atrás la cabeza y le hizo caer de rodillas. Strool le dirigió un puntapié contra el que se protegió la cara con los brazos.

Asió a su adversario por las piernas e intentó ponerse en pie. El otro lanzó sobre él una serie de puñetazos. Pero pudo, por fin, levantarse. Estaba enfurecido. Vencería a Strool fuera come fuese. Los golpes sucios de su contrincante le habían sacado de quicio. Pero tendría que acabarlo pronto. La resistencia de un hombre tenia sus límites.

El jugador debía de haber llegado a la misma conclusión. Atacó como un ciclón. Descargó una serie de golpes seguidos contra el rostro de Pete. Sonaron como el redoble de un tambor. Pete retrocedió ante el furioso asalto. Strool le siguió.

El sheriff le vió tal como él le quería tener. Le dirigió un puñetazo en el que había concentrado todas las fuerzas que le quedaban. ¡Zas! Le dió al jugador en la nariz. Salió un chorro de sangre. Strool parpadeó. ¡Pam! el puño de Pete tocó, con enorme fuerza, la barbilla del otro.

Strool se estremeció. Su cuerpo entero se puso rígido. Durante unos segundos pareció como suspendido de una cuerda. Luego rodó por el suelo como un saco, y no se volvió a levantar.

El sheriff de la Quebrada del Buitre dió media vuelta y miró a los espectadores. Sus ojos tenían una mirada acerada. Alargo la mano hacia el mostrador y echó whisky en un vaso. Luego se lavó las heridas con el licor. Apretó los dientes al morder el alcohol la carne viva.

La muchedumbre le contemplaba con reverencia, respeto y silencio. Pete Rice habló por fin.

-Está bien, amigos-dijo-. Me siento bien de nuevo. Vine aquí a enchiquerar a los criminales que hacen imposible la vida en esta población. ¿Se enteran? Y... ¡a mí no hay quién me eche de aquí! ¿hay alguno más entre vosotros que quiera intentarlo?

Nadie le contestó.

-¿Oigo pasos que se acercan?-murmuró el sheriff burlón-. Si queréis acabar conmigo, ya podéis intentarlo ahora, porque no tendréis otra ocasión.

Pareció ser que ninguno de los clientes de la Pepita de Oro se hallaba de humor para pelear. Muchos de ellos se estaban riendo. Incluso se oyeron voces de aprobación.

-¡Estamos con usted, sheriff!-exclamó una voz.

-Si estáis conmigo, yo estaré con vosotros. Yo no soy reformista. Bebed todo el whisky que queráis. Jugad toda la noche a las cartas sí os da la gana. Armad todo el jaleo que se os antoje. Pero el robo y el asesinato tienen que desaparecer de Desolación. He dicho.

La muchedumbre le tributó una ovación. Pete se había conquistado a casi todos los ciudadanos. Había justificado su fama como luchador. Los hombres de peor talante como no perteneciesen a la cuadrilla de Grande Rojo, no discutirían su autoridad en adelante.

Se oyó ruido de cristales rotos al hacerse añicos la ventana del establecimiento. Empezó a llover el plomo alrededor del sheriff. Una bala rompió el cuello de una botella de whisky que había sobre el mostrador. Dos, se clavaron en el suelo. La muchedumbre corrió

hacia la parte de atrás del establecimiento. Pete Rice salió a la calle, de un salto, por la puerta principal.

Una bala arrancó astillas a una tabla, a sus pies. Vió una oscura figura en el tejado de la casa de enfrente. De aquella figura partían los disparos. El Grande Rojo trabajaba aprisa. No le había sido posible destruir el prestigio de Pete y hacerle salir, avergonzado, de la población.

Conque procuraba deshacerse, de una manera definitiva, del sheriff.

CAPÍTULO VII
ASESINATO

Pete Rice hubiera podido matar de un tiro al tirador, porque este último no disparaba con seguridad, ni mucho menos, mientras que el sheriff, donde ponía el ojo ponía la bala. Pero quería coger vivo al hombre si le era posible. Tarde o temprano, alguno de los agentes de Grande Rojo, al caer prisionero, dejaría escapar algo que le ayudara a quebrantar el poder del jefe de los asesinos.

Alguno de los que se hallaban en la taberna envió una bala muy cerca de donde se hallaba el hombre en el tejado de enfrente. El desconocido lanzó un grito agudo. Dio media vuelta y empezó a correr hacia la parte de atrás del tejado. El hombre resbaló y cayó. El revólver se le escapó de la funda y rodó por el tejado, cayendo a la calle. El pistolero llegó al borde del tejado. Se salvó de caer a la calle agarrándose, fuertemente, al canalillo. Estaba colgado de él cuando Pete Rice cruzó la calle.

-¡No tiréis contra él ¡-gritó-. ¡Procuraré apresarlo vivo!

El otro había empezado ya a subirse otra vez al tejado. El sheriff empezó a gatear por la tubería de desagüe. Llegó al canalillo. Cuando su atacante saltaba al tejado de un edificio vecino. El sheriff le siguió. El miedo había dado alas a los pies del pistolero; pero Pete estaba decidido a darle alcance.

Los dos recorrieron todo el tejado aquél. Gatearon por la pendiente del lado de la herrería y se dejaron resbalar por el lado del almacén general. Saltaban de tejado en tejado.

El último edificio de la manzana era el hotel. Era un poco más alto que todas las demás casas. El bandido gateó por una tubería, de desagüe. Pete le siguió. Esperaba tener que pelear muy pronto. Porque el otro no podía retroceder más. Vió que llevaba un cuchillo en la mano; pero ello no le detuvo. Siguió ascendiendo.

El tirador perdió el valor y retrocedió por el tejado del hotel puñal en mano. Pote se dirigió al refugio temporal de la chimenea. Un pensamiento acudió a su mente. No quería darle un tiro al otro; pero éste podría resultar peligroso con el cuchillo. No sería prudente acercarse demasiado a él; un golpe afortunado con el cuchillo pudiera resultar fatal.

Pete halló una solución. Parapetado tras la chimenea se quitó, rápidamente la bota izquierda. Se asomó. El bandido estaba agazapado a poca distancia, cuchillo en mano. Con el revólver en una mano, Pete cogió la bota con la otra. Alzó el brazo y arrojó la bota.

¡Crac! golpeó contra la mandíbula del desconocido, derribándole. El cuchillo se le escapó de la mano. Antes de que se hubiera repuesto, Pete, se hallaba encima de él. Un puñetazo con la derecha, le dejó fuera de combate.

El sheriff se puso la bota de nuevo y se acercó a la orilla del tejado. Pidió a la muchedumbre que le echaran una cuerda. Uno de los espectadores corrió a un caballo que estaba atado allí cerca, descolgó el lazo del pomo de la silla y se lo echó. Pote sujetó con él a su prisionero y lo descolgó al suelo. Luego se deslizó él por la tubería de desagüe.

La muchedumbre había apartado la mirada de Rice, para dirigirla en un jinete que bajaba a todo galope por la calle principal. Se paró de pronto.

-¿Dónde está Pete Rice?-gritó-. ¿Dónde está, Pete Rice? ¡Se ha cometido otra asesinato!

Pete salió al centro de la calle.

-Yo soy Pote Rice-dijo-. ¿Qué ha ocurrido?

-¡Esta vez ha sido Tim McHugh! ¡Ha caído en una emboscada! ¡Algún canalla le ha quitado la cabeza a tiros!

El sheriff comprimió los labios. La noticia le afectaba profundamente. No conocía a Tim McHugh de mucho tiempo, pero sí lo bastante para experimentar respeto por la honradez del viejo. Y... ¡Tim había muerto... vilmente asesinado!

Recordó las proféticas palabras pronunciadas por Tim aquella mañana. Tim había dicho que uno no podía saber nunca en Desolación cuánto tiempo le quedaba de vida. Pete buscó con la mirada a Alvin Merchant. Este no se hallaba entre la muchedumbre. Luego se volvió hacia el hombre que le había dado la noticia.

Era éste alto, de cuello de toro y recia musculatura. Llevaba ropa mejor de lo corriente. Se veía bien claro que no se trataba de un simple vaquero. Pete observó algo en su mirada que le hizo desconfiar.

-¿Dónde encontró usted a Tim?-preguntó. Luego, sin darle tiempo a contestar, agregó, levantando la mano-. ¡No! ¡Aguarde un momento! Lo discutiremos a solas. Acompáñeme a un reservado de la Pepita de Oro.

El recién llegado movió, negativamente la cabeza.

-Lo siento, sheriff, pero no puede ser. Tengo que marcharme. Tengo una cita. Me encontré con McHugh por casualidad, y se me ocurrió que debía avisarle a usted.

El sheriff apretó los labios.

-Pues ahora tiene usted otra cita-dijo. Y esta es conmigo.

El rostro del jinete adquirió una expresión más dura. Pero se apeó. Pete le condujo al salón de la Pepita de Oro.

Strool que apenas había recobrado el conocimiento aún, se hallaba sentado en una silla. Uno de sus secuaces le estaba quitando el serrín de la ropa. Pete hizo caso omiso del jugador y siguió hacia uno de los reservados que había para jugar a las cartas, en el fondo del establecimiento. Algunos de los clientes intentaron seguirle, pero el sheriff les cerró la puerta en las narices.

-Siéntese-le dijo al otro-. ¡Ya conoce usted mi nombre! ¿Cuál es el suyo?

El desconocido respondió que se llamaba Frank Sandor. Estaba nervioso y no parecía poder mirar a su interlocutor a los ojos. A Pete le daba el corazón de que aquel hombre no se había encontrado al cazador Tim McHugh por casualidad. No era que creyese que Sandor hubiera matado a McHugh, pero era muy probable que hubiera sido enviado para ver si podía hacer caer en una trampa al sheriff.

-Cuénteme como fue eso de que se encontrar usted el cadáver de Tim McHugh-ordenó Pete.

-No hay gran cosa que contar. Regresaba de la ciudad de Gila. Tomé por el atajo que pasa cerca de Lone Butte. Mi caballo dió un resoplido de pronto y se encabritó. Miré a ver que era lo que le había asustado. Y allí, en el suelo, vi el cuerpo de Tim McHugh, decapitado.

-Si no tenia cabeza, ¿cómo conoció usted que era el de Tim?

-Por su estatura y por su ropa.

-¿No tocó usted el cadáver?

-No. No estoy acostumbrado a andar con muertos sheriff. Me puse en camino para Desolación en seguida. Creo yo que ya he cumplido con mi deber, al dar parte de mi descubrimiento. Si se dirige usted hacia el Noroeste, verá usted Lone Butte. No puede

perderse. Encontrará el cadáver a la derecha del camino. Bueno, me parece que ya es hora de que me largue.

Se puso en pie, Pete se hallaba entre él y la puerta.

-Siéntese Sandor. Cuando se largue usted, será conmigo. ¿Cómo es que sabía usted que estaba yo en Desolación si había estado en Gila? Sólo llevo unas horas en la población.

Sandor había palidecido ligeramente. Era evidente que le hacia muy poca gracia tener que acompañar al sheriff hasta el lugar en que se había cometido el asesinato. Asió el borde de la mesa. Se relamió los resecos labios.

-Pues... verá... la gente lleva hablando la mar de días de que Gabe Blake iba a cambiar de sitio con usted hasta que quedara resuelto todo eso que está ocurriendo en Desolación. Por eso lo sabia yo, sheriff.

Pete movió, afirmativamente la cabeza. Decidió ponerle a prueba a Sandor, para ver hasta que punto tenía pocas ganas de acercarse a Lone Butte.

Señaló la puerta.

-Vamos, amigo-dijo-; nos pondremos ahora mismo en camino para Lone Butte. El ir allá no le hará llegar con mucho retraso a la cita que tiene.

Le dio la espalda a Sandor y alargó la mano para asir el picaporte. De pronto giró, bruscamente, sobre los talones. Sandor había cogido la botella de whisky de encima de la mesa y la alzaba para descargarle un golpe con ella en la cabeza.

Pete se echó a un lado. Había estado preparando el terreno para aquello. Había visto que el picaporte de la puerta estaba suelto y podía arrancarse con facilidad. Con un movimiento rápido, se lo tiró a Sandor, dándole en la mandíbula. El hombre se estremeció de pies a cabeza y dejó caer la botella. Se llevó la mano al revólver; pero, antes de que pudiera sacarlo, Pete le propinó un formidable puñetazo en la barbilla, derribándole.

Le desarmó y se le echó al hombro. Salió con él por la puerta de atrás de la taberna y le transportó a la cárcel del poblado.

No estaba de humor para anclarse con chirigotas. Estaba seguro de que Sandor se hallaba a sueldo del Grande Rojo. No obstante, seguía creyendo que no era su prisionero el que había cometido el asesinato. Pero creía que el cadáver del viejo había sido colocado cerca de Lone Butte, para hacerle caer a él en una emboscada.

El Grande Rojo estaba apelando a todos los medios pira ver si lograba eliminar a Pete Rice. Echó a Sandor en la litera de uno de los calabozos. Sandor abrió los ojos.

-¿Qué va a hacer usted conmigo, sheriff-preguntó, nervioso.

-¡Suelte la lengua o la va usted a averiguar muy pronto! ¡Hable aprisa! Tiene miedo de ir a Lone Butte, ¿eh? O... ¿está usted dispuesto a marchar?

Sandor era un hombre alto, ancho y fuerte; pero era un cobarde. Se leía en sus ojos el temor.

-Sabe que sus cómplices están emboscados allí, esperándome-le acusó Pete-. Pues bien, va a ir usted a mi lado. Si me matan a mí, me parece que su vida tampoco valdrá un centavo.

Sandor soltó un grito y volvió a caer sobre la litera, exánime Pete le descorrió los párpados y le miró los ojos. Uno de los empleados de la cárcel había sido enviado por el sheriff en busca de Buckwalter. El otro estaba atendiendo a deberes necesarios. Pete no tuvo más remedio que salir él de la cárcel e ir en busca del único médico que había en Desolación-un tal doctor Driscoll, que también hacia veces de juez y de médico forense.

Hicks «Miserias» y Teeny Butler se encontraban en la cárcel cuando regresó el sheriff, acompañado del doctor. Los dos hombres acababan de llegar de Mineral Point y anunciaron que no habían visto a bandido alguno por el camino.

-¡Retuétano!-exclamó «Miserias»-. He oído decir que zumbaste a un tipo e hiciste a otro prisionero. ¿Por qué no guardaste alguna de esas emociones para Teeny y para mi, compadre?

Pete se echó a reír.

-Vais a tener emociones de sobra-replicó-. Vamos a salir de aquí dentro de unos diez minutos.

El doctor Driscoll confirmó la opinión que habla expresado el sheriff. Sandor era adicto a las drogas heroicas. Sin ellas su histeria se convertía en delirio y no tardó éste en convencerse de que no se hallaría en condiciones de poderles acompañar a Lone Butte a él y a sus ayudantes.

Dejó al médico al cuidado de Sandor, celebrarlo un breve conciliábulo, a continuación, con sus ayudantes.

-Opino que allá por Lone Butte nos tienen preparada una emboscada-les dijo-. Sea como fuere, es posible que averigüemos algo importante por allá y, además, es preciso que nos traigamos el cadáver de Tim McHugh. ¿Estáis lo bastante descansados ya para acompañarme?

-Claro que si-contestó Teeny en seguida.

Hicks «Miserias» no tuvo que contestar; él siempre estaba dispuesto a todo.

Antes de emprender la marcha, Pete encarceló a Fancy Strool y al tirador que había capturado en el tejado del hotel. «Miserias» se mostró partidario de obligarles a hablar a puñetazo limpio si era necesario. El barberillo tenía muy buen fondo; pero era implacable con los criminales.

-Debíamos de tratar a palo limpio a esta gentuza para que hablara-dijo.

-Pueden esperar-contestó Pete-creo que los podríamos hacer hablar. Pero todo lo que nos dijeran sería un tejido de embustes. Lo que más necesita la humanidad es la misericordia. La justicia aniquilaría a dos terceras partes de ella.

Casi todo el país, en los alrededores de Desolación, era montañoso y el trío encontró el camino difícil en cuanto salió de la población. El lugar de dirigirse en línea recta hacia Lone Butte, Pete y sus ayudantes cabalgaron hacia el Este y luego empezaron a rodear hacia el Norte.

Era una lástima que Sandor hubiera perdido el conocimiento. Pero el doctor Driscoll había afirmado que el hombre no estaba fingiendo. Sandor pudiera resultar ser un prisionero de valor; pero, de momento, de nada servía. Era muy probable que los bandidos se hallaran emboscados cerca de Lone Butte, esperando al sheriff y a sus acompañantes.

Sandor sabría que sitio era el que se hallaban y hubiera avisado para salvarse él la piel. El camino, cortado por desfiladeros, hacía imposible el ir a prisa.

Avanzaron por entre espesa maleza. Tardaron más de dos horas en recorrer una distancia para la que, normalmente, no hubiesen necesitado más de una.

Al llegar a la cima de una colina cubierta de pinares, divisaron la gigantesca masa, cubierta de arboleda, llamada Lone Butte. El trío se apeó y ató sus caballos entre los pinos. El sheriff cogió su lazo. «Miserias» llevaba sus bolas y Teeny su látigo.

Se metieron por una garganta. Luego ascendieron por el otro lado, a la loma. Allí, protegidos por los achaparrados cedros, hicieron una pausa. Los ojos de Pete barrían Lone Butte con su penetrante mirada.

-Nos separaremos un poco, compadres-susurró-. No es nuestra intención topar con una lluvia de plomo. Nos volveremos a reunir en el lado Este del Butte. La ladera no es muy pendiente por aquel lado y podremos subir sin dificultad.

El lado Oeste de Lone Butte estaba cortado a pico y resultaba inescalable. Un ancho valle rodeaba el lugar. Había cubierta de sobra aún cuando, desde la cuesta de Lone Butte, era posible ver a cualquiera que se acercase por el camino.

El trío descendió. Bajaron por la ladera muy separados. El sheriff llevaba el lazo al hombro y un revólver en la mano derecha. Procuraba avanzar por la sombra de la maleza donde no le diera la luz de la luna.

De pronto detúvose. Había oído un ruido. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Su instinto no le había engañado. Le tenían preparada una trampa. El ruido era el producido por un caballo.

Pete se mantuvo un poco más adelante que sus hombres. Si había jaleo, quería encontrarse en la vanguardia. El trío llegó al valle. Se arrastraron por entre la maleza. Iban con sumo cuidado para impedir que se oyera el chasquido de rama alguna. A los pocos momentos, se reunían al pie de Lone Butte, por el lado Este.

Empezaron a escalar la ladera. Abundaban árboles, arbustos y maleza. El suelo estaba lleno de peñascos. A mitad camino, Pete hizo una señal para que se detuvieran sus compañeros. Desde donde se hallaban, era posible ver la cresta de la loma. Descubrió el destello de un rifle y luego el de otro.

No se oía sonido alguno; ni siquiera el murmullo de voces. Pete sonrió al ver cómo le brillaban los ojos a Hicks «Miserias». Observó, también, el gesto de determinación de Teeny. Mal lo iban a pasar aquellos bandidos. Pete esperaba poderlos pillar por sorpresa y capturarlos sin derramamiento de sangre.

El trío reanudó su ascensión. Una vez, el pie de Teeny desalojó una piedra, que rodó cuesta abajo. Los tres se ocultaron detrás de unas peñas. Esperaban un ataque. Pero el ruido no produjo el menor sobresalto a los bandidos. Si lo habían oído, no le daban importancia.

A medida que iba ascendiendo, Pete vió perfilarse las siluetas de los emboscados. Se hallaban echados a la orilla de la cresta. Tenían los rifles apuntados hacía el camino. Unos pasos más y Pete les ordenaría que pusiesen las manos en alto.

De pronto, se observó un movimiento violento entre la maleza, delante del sheriff. Había habido un coyote escondido allí, y en aquel momento surgió de su escondite. Aulló aterrado. Huyó ladera abajo. Parecía una mancha negra, en la oscuridad.

Se oyeron blasfemias e imprecaciones en la mina. Los bandidos se pusieron en pie de un salto. Corrieron a refugiarse detrás de las peñas cercanas. Sonó un disparo de rifle. Uno de los bandidos empezó a tirar con dos revólveres del 45. El plomo empezó a llover en derredor del trío.

Pete y sus hombres intentaron llegar a una hilera de rocas, para guarecerse. Las balas silbaron a su alrededor. La suerte había echado a perder todos los planes de Pete. Volvió la cabeza y azuzó a sus hombres. Se hallaban en una situación apurada; pero ya no era momento de retroceder.

A Pete le dió un vuelco el corazón al ver tambalearse y caer de cabeza a Hicks «Miserias».

CAPÍTULO VIII
LA DILIGENCIA FANTASMA

Teeny Butler disparaba sin cesar. Pero Pete Rice se guardó los revólveres y corrió al lado de «Miserias». Sintió un alivio enorme al oírle gemir. Porque había temido que se hallara muerto.

Hizo un rápido examen de la herida. Le había tocado una bala en la cabeza; pero, por fortuna, no había fracturado el hueso. No obstante, «Miserias», estaba fuera de combate.

En el primer momento, los bandidos habían sido dos contra uno por lo menos. Con la caída de Hicks, la situación había empeorado para los representantes de la Ley.

Los malhechores tenían por añadidura, el hallarse mejor situados. Se iban acercando ya y, ni se daban cuenta de que uno del grupo estaba inutilizado, correrían más riesgos para procurar acabar con los otros dos. Las balas repiqueteaban contra las rocas. Pete apoyó a Hicks contra una de las peñas y se unió a Teeny para ayudarle en sus contraatacantes.

Tenia pocas municiones. Era cosa de apelar a la estrategia y de correr grandes riesgos.

-¿Puedes tú defender esta posición, compadre?-le preguntó Pete a su compañero-. Es preciso que saque a «Miserias» de aquí.

-Me parece que si-contestó Teeny-. Más vale que me des el cinto de «Miserias», con sus revólveres. No hay muchas probabilidades de que pueda herir a muchos de esos coyotes; pero estoy seguro que puedo evitar que me ataquen.

Pete movió, afirmativamente, la cabeza.

-Cuando me oigas ulular como un búho, sabrás que ha llegado el momento de que ataques a esos hombres. Yo los atacaré por retaguardia.

Le quitó el cinturón a «Miserias» y se lo tiró a Teeny. Luego se echó el cuerpo del barbero al hombro e inició el peligroso descenso hasta el pie de la colina.

Las balas zumbaban a su alrededor. Se estrellaban contra las rocas. Pero Pete estaba seguro de que no le habían visto. Avanzaba protegido por rocas y peñas. Oía los disparos, casi continuo, de los revólveres de Teeny y los tiros que, en contestación, le dirigían los bandidos.

Al llegar al pie de la colina, condujo a «Miserias» por entre unos robles hacia el refugio que le ofrecía una alta mole de granito. Le depositó en el suelo con cuidado. Transcurriría algún tiempo antes de que recobrara el conocimiento; pero estaría fuera de peligro.

Cogiendo su cuerda, Pete se arrastró a lo largo de las faldas de Lone Butte, hacia el lado Oeste. Allí, junto al camino, recostados contra un macizo de palo duro, yacían los macabros restos de Tim McHugh.

La boca de Pete se retorció al ver el cuerpo decapitado. ¡Aquella mañana había estado tan lleno de vida el anciano!... Miró hacia la cima de Lone Butte. Flotaba sobre ella una nube de humo de pólvora. Preparó el lazo. Había visto un espolón de roca a unos nueve metros de altura.

Su puntería fue certera y el lazo cayó sobre el espolón. Poniendo la cuerda tirante. Pete empezó a gatear por ella. Una vez en el saliente de roca, se adosó contra el parallón y preparó la cuerda para tirarla otra vez. Cogió con el lazo otro espolón y subió hasta él.

De nuevo se dispuso a hacer uso del lazo para continuar su ascensión. Los bandidos aullaban como locos. ¿Habrían acabado con Teeny? Semejante pensamiento le hizo temblar. Tiró de la cuerda con fuerza.

La presión arrancó el trozo de roca. Al ceder la cuerda, el sheriff se había aplastado contra la pared rocosa. El trozo de espolón no le dió; pero, al esquivarlo, por poco perdió el equilibrio. Durante unos segundo se creyó perdido. Luego logró clavar los dedos en una hendidura y resistirse.

Ya no había medio de usar el lazo, aun cuando no lo había perdido. Mientras se sostenía con los dedos, tenía agarrada la cuerda con los dientes. Transcurrieren cinco minutos de terribles esfuerzos antes de que lograra llegar a la cima.

Se dió cuenta, en seguida, de que Teeny seguía luchando, porque no hacían más que salir disparos del lugar en que se hallaba. Los bandidos contestaban a sus disparos.

Si alguno de los malhechores se hubiera vuelto en aquel momento, Pete lo hubiese pasado bastante mal. Pero tenían concentrada toda su atención en Butler. Estaban procurando cercar las rocas tras las que se ocultaba el ayudante del sheriff.

Pete pudo ver la espalda de tres bandidos. Le hubiera sido posible matarlos sin dificultad. Pero no era amigo de matar a nadie por la espalda.

Sin embargo, si se conformaba con darle a uno de ellos en la mano, los otros dos se volverían para atacarle. Sabía disparar con rapidez; pero los otros tampoco eran lentos. Los fogonazos de sus revólveres descubrirían el lugar en que se hallaba.

Pete se agazapó detrás de una peña. El suelo estaba cubierto de trozos pequeños de pizarra-agudos y duros. Se quitó el cinturón. Tenia un trozo de goma por detrás, para que molestara menos. Colocó un trozo de pizarra en la pieza de goma y asió las dos extremidades del cinto. Apuntó cuidadosamente. No era la primera vez que usaba una honda.

¡Ping! Se abrió la honda. Uno de los bandidos rodó por tierra. La pizarra le había dado en una sien con fuerza considerable

El hombre que estaba a su lado, le miró, con sorpresa. ¡Ping! Pete había vuelto a cargar la honda y disparó. El segundo bandido soltó el revólver y se llevó una mano a la cara. Luego cayó al suelo, sentado.

La cosa no podía ir mejor para el sheriff. Ningún fogonazo delataba el lugar en que se escondía. De aquella manera, le era posible inutilizar a sus enemigos sin matarlos.

El tercer bandido corrió hacia donde supuso que se hallaba aquel nuevo enemigo. Pete soltó la improvisada honda. No podía usarla con seguridad contra un blanco en movimiento. Cogió la cuerda y la hizo girar en torno a su cabeza.

Era un tiro fácil para persona tan experta en el uso del lazo como él. Cogió al bandido por los hombros y tiró, violentamente, de la cuerda. El hombre soltó un grito de sobresalto y de asombro. Gritó de nuevo cuando Pete, habiéndole arrastrado hasta donde se encontraba, empezó a atarle.

Otro malhechor, que había estado un poco más abajo, disparando contra Teeny, subió corriendo a la cima. Disparó contra la roca que servía de parapeto al sheriff. Este sintió que la bala le rasaba rozando la ceja.

No tenía ya más remedio que usar el revólver. El bandido exhaló un grito de angustia. Se asió la muñeca. Soltó el arma.

Pete le hizo una señal a Teeny: el ulular de un búho. Un bandido corrió hacia él; pero cayó con un proyectil en el cuerpo. Otro malhechor cayó al surgir Butler de la nada al parecer, y poner en juego su látigo.

El bandido que quedaba se abalanzó sobre el ayudante del sheriff. Era el mejor medio de conseguir que le dejaran sin conocimiento de un puñetazo.

Pete y Teeny se dedicaron entonces a reunir a los bandidos y bajarlos adonde tenían los caballos, atender a Hicks «Miserias» y emprender el camino de regreso a Desolación, transportando al cadáver de Tim McHugh.

«Miserias» recobró el conocimiento cuando llegaron al pie de Lone Butte. Aun estaba demasiado mareado, sin embargo, para comprender gran cosa de lo que estaba pasando. Butler también se tambaleaba un poco a veces de resultas de una bala que, después de dar a una roca, le había alcanzado, de rebote, por encima de la sien izquierda

A «Miserias» le montaron sobre su caballo y le ataron a la silla. Los heridos-y un bandido al que Teeny se había visto obligado a matar-fueron atados a los otros caballos y la sombría procesión emprendió el camino de Desolación.

El rostro de Pete Rice tenía una expresión dura y sus ojos parecían de acero. Por medio de sus pistoleros a sueldo, el Grande Rojo te estaba atacando sin cesar. Aun se atentaría más veces contra la vida, suya y la de sus compañeros si se empeñaban en permanecer en la región de Gila.

¡El Grande Rojo! ¿Quién sería?

El sheriff se pasó un buen rato intentando deducir quien podría ser. ¿Era posible que el pelirrojo Alvin Merchant fuese el Grande Rojo? ¿Tenia derecho aún a desconfiar de Merchant?

No se le había pasado por alto la posibilidad de que cualquier hombre de Desolación podía ser el criminal en cuestión. Ni siquiera había desechado la probabilidad de que el propio Tira McHugh, Flint Jackford o cualquier otro propietario de minas, pudiese ser el responsable de aquel reinado de terror.

Alguien tenia algún motivo importante para crear aquella situación. Alguien se estaba preocupando de que Desolación no fuese lugar seguro para un trabajador honrado. Les hombres casados y con familia habían abandonado ya la población. Por añadidura, le leyenda de la diligencia «fantasma» había sido responsable de que se marchara mucha gente.

Se decía que la diligencia fantasma pasaba por una loma próxima a Desolación en las noches oscuras. Era la misma loma por donde, muchos años antes, se había perdido una diligencia tirada por cuatro caballos, en una hendidura abierta por un terremoto, quedando sepultado el vehículo bajo muchas toneladas de granito. Se aseguraba que la diligencia fantasma brillaba como si estuviera ardiendo. Los habitantes de la región estaban convencidos de que se trataba del «fantasma» de la diligencia que se había precipitado al abismo años antes.

Parecía casi increíble que gente crecidamente capaz de administrarse con mucha perspicacia su negocio, pudiera dar crédito a semejante leyenda. Sin embargo, Pete que había nacido y se había criado en el Suroeste, sabia que los mineros son mucho más perniciosos que los de ninguna otra profesión.

Al cabalgar hacia Desolación, el sheriff escudriñaba atentamente, ambos lados del camino, «Miserias» y Teeny iban delante. Tras ellos, los bandidos atados; luego el caballo, a lomos del cual iba atado el cadáver de Tim McHugh.

Pete Rice iba el último, porque, si se les atacaba, no era fácil que los atacantes se presentaran por el lado de Desolación. Era mucho más probable que atacaran por retaguardia. Hicks «Miserias» se había restablecido rápidamente. Cabalgaba unos pasos más adelante de Teeny. De pronto, Pete vió al barbero detener bruscamente su caballo.

-!Retuétano!

La exclamación rebosaba asombro, casi incredulidad. Pete se llevó la mano al revólver.

-¿Qué ocurre, «Miserias»?-preguntó.

El interpelado se limitó a repetir su exclamación. Teeny picó espuelas a su caballo y se reunió con su compañero. El sheriff se limitó a escudriñar rápidamente ambos lados del camino y mirar hacia atrás.

No era hombre fácil de engañar. Si el Grande Rojo o alguno de sus agentes había hecho algo para llamarle a «Miserias» la atención allá delante, Pete no pensaba olvidar la posibilidad de un ataque por retaguardia. Pero movió la cabeza cuando vió que Teeny Butler se quedaba como de piedra y oyó que soltaba una exclamación. Luego se volvió y llamó a Pete.

-¡Jefe! ¡Jefe! ¡Ven aquí en seguida!

Pete picó espuelas. Unos segundos después, se detenía al lado de sus compañeros. Teeny estaba mirando a «Miserias». «Miserias» estaba mirando a Teeny. Luego los dos hombres miraron a Pete.

-¿Lo viste tú?-le preguntó Teeny.

-Yo si que lo he visto-aseguró «Miserias» con énfasis.

Butler repitió su pregunta. El sheriff frunció el entrecejo. Tenia tan buena vista como el que más.

-Que si vi... ¿qué?-inquirió-. ¿De qué estás hablando, Teeny?

-¿Viste la diligencia fantasma?

Pete negó con la cabeza.

-Habla en serio, muchacho-le aconsejó.

-Yo la he visto-intercaló Hicks-, tan bien como te estoy viendo a ti ahora, Pete. Es decir, mucho mejor, porque se destacaba en la oscuridad. Estaba por esa loma del Sur. Los caballos parecían estar ardiendo.

Pete miró hacia la loma, que se hallaba a muchas millas de distancia.

-Bueno y... ¿dónde está ahora?

-Que me registren-exclamó «Miserias».

¿Estoy loco, Teeny? O... ¿la viste tu también? ¿Verdad que sí la viste?

-¡Vaya que la vi!

Explicó lo que había visto. Su descripción era aproximadamente, igual a la de «Miserias». La diligencia había estado allá, insistió, a varias millas de distancia. Había brillado tanto como la luna. Avanzaba por la loma. De pronto, desapareció-igual que había desaparecido la diligencia tirada por cuatro caballos, muchos años antes.

-¡Maldita sea!-exclamó Teeny-. Estoy dispuesto a luchar con un ejército de serpientes de cascabel; pero eso de fantasmas, me pone carne de gallina. Jefe, esa diligencia desapareció como por arte de magia un instante antes de que llegases aquí. Tú no la viste, ¿verdad?

-No-contestó Pete secamente-; y no estoy muy convencido de que la hayaís visto «Miserias» y tú. No olvidéis que los dos habéis recibido un golpe en la sien. «Miserias» quedó fuera de combate del todo. Es posible que estéis los dos un poco mareados aún.

-Pero... ¿crees tú que veríamos los dos la misma cosa si fuera obra de nuestra imaginación?

-Eso no deja de ser verdad-confesó Pete.

Era hombre demasiado práctico y tenía demasiado sentido común para dejarse afectar por superstición alguna. Pero... ¿qué era lo que habían visto sus dos ayudantes? ¿Qué era lo que tanto se parecía a la diligencia que había desaparecido por aquella loma años antes?

¿Era posible que formase parte del plan del Grande Rojo, para sembrar el terror en Desolación?

CAPÍTULO IX
¡CREO QUE ES UNA FALSIFICACIÓN!

El trío de la Quebrada del Buitre tenia que avanzar despacio. Era de día cuando llegaron a Desolación. Los cadáveres fueron entregados a la autoridad judicial. Los heridos recibieron tratamiento, siendo, luego, llevados a la cárcel. El doctor Driscoll atendió también a Hicks «Miserias» y, después de un buen desayuno y de dormir, el barbero volvió a ser el mismo exaltado cascarrabias de siempre.

Pistol Pete Rice decidió entrevistarse con Alvin Merchant. Este había estado alojado en el Traveler's Hotel. El empleado le dijo a Pete que el pelirrojo había pagado la pensión de un mes por adelantado. Pero, cuando el sheriff fue al cuarto de Merchant, nadie contestó a su llamada. El empleado le franqueó la entrada con una llave maestra. En el cuarto se veían muestras de una marcha precipitada.

¿Por qué habría pagado Merchant un mes adelantado, yéndose luego precipitadamente de Desolación? El sheriff interrogó a varios ciudadanos; pero ninguno recordaba haber visto a Merchant después de la pelea del salón de la Pepita de Oro.

Pete Rice había encontrado, más de una vez, en testamentos, indicios que le permitieron detener a un criminal. Por consiguiente, decidió examinar los papeles de Tim McHugh. Fue a la cabaña de Tim en compañía de Teeny Butler; pero no pudo hallar testamento alguno. Los papeles que allí había, demostraban que el propietario era solvente

pero que era posible que no tardaría en hallarse en dificultades si no podía trabajar como era debido su mina.

La siguiente visita del sheriff fue para Edward Tendal, abogado.

-Supongo que se habrá enterado usted de que Tim McHugh ha muerto asesinado-le dijo Pete al abogado-. ¿Sabe si había hecho testamento?

Tendal, hombre de cabello canoso y de extraordinaria estatura, movió afirmativamente, la cabeza.

-Si que lo había hecho-contestó.

-¿Dónde está?

-Aquí, en mi despacho. Supongo que es usted el sheriff Pete Rice. Ha estado usted armando bastante jaleo por aquí.

-Aún armaré mucho más. Me gustaría ver ese testamento.

Tendal asintió. Explicó que le había producido una honda impresión la muerte de Tim McHugh. Este, según él, había sido amigo suyo. Agregó que dudaba que el testamento arrojase luz alguna sobre el misterio de la muerte de su amigo; pero que no tenia inconveniente en enseñarlo.

-Es un testamento muy sencillo-dijo-, y contiene muy pocas palabras.

-¿Quién es el heredero?

-Flint Jackford. Jackford era su compañero, socio y amigo de antiguo. Tengo la caja de Tim en mi caja de caudales. Contiene, además, otros documentos; títulos, unas cuantas obligaciones, etc.

-Saque esa caja-ordenó Pete. Luego, dirigiéndose a su ayudante-: Teeny, tú quédate aquí un momento. Yo voy a buscar a Flint Jackford.

Encontró al que buscaba en su despacho, solo. Es decir, solo, excepción hecha de un perrito amarillo oscuro al que algún borracho le había metido un balazo en una pata. Jackford se la había vendado y estaba echando un poco de leche en un plato para que la bebiera el animal.

-¿Es su perro?-inquirió Pete.

Jackford sonrió.

-No; es un pobre vagabundo, que he recogido en la calle, (le dió un golpecito cariñoso al perro, que le lamió la mano). Parece ser que ni los perros están seguros en Desolación. ¿Qué le trae por aquí, sheriff?

Pete se lo dijo. Flint se lavó las manos y le acompañó. Cuando llegaron al despacho del abogado, Tendal estaba repasando unos papeles que había sacado de la caja. Pete le miró atentamente.

Tendal era uno de los muchos que habían ido a Arizona, por sus aires saludables. No era más que huesos y pellejo. Era de aspecto muy pacifico. Casi demasiado pacifico, le pareció al sheriff. Sin embargo, quizá no se tratase más que de una expresión profesional.

Era hombre de cultura. Pete quería conocer la opinión de un hombre culto acerca de la llamada «diligencia fantasma».

-¿Qué opina usted de lo que la gente de esta comarca llama la «diligencia fantasma»?-preguntó.

Jackford se echó a reír; pero Tendal le miró muy serio.

-Parece usted creer que se trata de una broma, señor Jackford-dijo.

-Lo único que sé decirle-contestó el otro-, es que yo no me trago ese cuento. Dicen que los actores, los jugadores, los marinos y los mineros son la gente más supersticiosa del mundo. Y puedo creerlo de los mineros después de haber oído las cosas que cuentan. Esa diligencia no existe más que en su imaginación... por lo menos, así opino yo.

-Pues más vale que se compre usted otra opinión-le aconsejó Teeny Butler. ¡He visto yo mismo esa diligencia fantasma!

-Y yo también-confesó el abogado.

-Y... ¿qué opina de ella?-insistió el sheriff.

-No sé qué opinar. La ha visto mucha gente. Anda muy lejos de ser fantasía. Algunos han salido a investigar el misterio... y han desaparecido todos tan por completo como desaparece la diligencia en el abismo. No creo yo que me guste confesar que soy hombre supersticioso. Pero reconozco que hay muchas cosas de esa diligencia que yo no comprendo.

Vió la expresión de incredulidad que apareció en el rostro de Jackford. Se volvió hacia el propietario de minas y le dijo:

-No olvide las palabras que Shakespeare pone en boca de Hamlet, señor Jackford: «Hay más cosas en cielo y tierra, Horacio, de las que sueña siquiera tu filosofía».

Pete Rice no hacia más que preguntarse si el abogado hablaría con sinceridad. ¿Podría estar Tendal en liga con el Grande Rojo? Siendo hombre culto, los sencillos habitantes de la población creerían su palabra. Era posible que uno de sus papeles fuera el de fomentar los temores de los supersticiosos.

-Sea como fuere-propuso el sheriff-, veamos el testamento de Tim McHugh.

-Ojalá pudiera evitarme el mal rato de tenerlo que escuchar-murmuró Jackford con hastío-. Tim y yo éramos como hermanos. Tengo motivos para creer que yo soy el heredero. Pero ni un céntimo aceptaré. Lo entregaré todo a beneficencia.

A Pete se le disipó casi por completo toda desconfianza del propietario de minas. Pete había visto que, por regla general, los hombres que eran bondadosos para con los perros, eran buenos ciudadanos. Sabía, sin embargo, que no existía regla sin excepción.

Tendal abrió la caja de McHugh, buscó entre los papeles, y extrajo un sobre sellado. Se rascó la barbilla y miró, con el entrecejo fruncido, la inscripción que llevaba.

-Aquí pasa algo raro-murmuró.

Rasgó el sobre. Se abrieron desmesuradamente sus ojos y sacó tres tiras de papel, que colocó sobre su mesa. Los miró con gesto intrigado. Luego pareció comprender.

-¡Tim hizo un testamento nuevo, señores!-anunció.

Pete Rice miró a Jackford; luego, al abogado. Se preguntaba si el asombro de Tendal era verdadero o fingido.

-¿No debía de estar usted enterado de si había hecho un testamento nuevo o no?-inquirió.

-Tim acostumbraba abrir su caja dos o tres veces a la semana-replicó Tendal-. Estuvo repasando sus papeles anteanoche. Le dejé aquí solo. Tenia una cita yo en el Traveler's Hotel. Fue la última vez que le vi. Es indudable que hizo un testamento nuevo entonces y que no tuvo tiempo de avisarme. Un testamento hecho de puño y letra del interesado, no requiere testigos en determinadas circunstancias.

El abogado desplegó el documento y leyó:

«Hallándome dueño completo de mis
« facultades mentales y, obrando por mi
«propía voluntad, yo, Timoteo P. McHugh,
«lego la mina Elsie May, mi cabaña y el
«terreno sobre el que está construida y
«todas las propiedades detalladas en la adjunta lista, a Alvin Merchant...»

-¡Alvin Merchant!-exclamó Jackford, dirigiendo una mirada expresiva a Pete Rice.

Tendal siguió leyendo:

« . . . en pago de dos préstamos de diez mil

«dólares que aun no he podido pagar y
«cuyo plazo de pago Alvin Merchant tuvo
«la amabilidad de extender.
«Firmado: Timoteo P. McMugh».

Flint Jackford se puso en pie.

-Sheriff, aquí hay algo raro. ¡Ayer oyó usted mismo decir a Tim McHugh que creía que el Grande Rojo era Alvin Merchant!

Pete movió, afirmativamente, la cabeza. Había oído a McHugh hablar claramente sobre dicho asunto.

-No es que yo desee las propiedades de Tim-se apresuró a decir Flint-. Trabajo de sobras tengo en la administración de mis propios negocios. Pero quiero que sea vengado el asesinato de Tim. Más aún: ¡lo exijo! ¡Ahora soy yo el que empieza a creer que Alvin Merchant es el Grande Rojo!

El sheriff no respondió. Aquel testamento había provocado un conflicto en su cerebro. ¿Podrían haber obedecido los comentarios de Tim acerca de Merchant al deseo de deshacerse de él para no tener que pagarle la deuda? ¿Qué papel desempeñaba Tendal en todo aquel asunto? ¿Y Jackford? Flint era, precisamente, la persona que podría creer salir beneficiada con la muerte de McHugh, ya que se creía su heredero.

El abogado seguía examinando los papeles que contenía la caja.

-¿Saben ustedes?-dijo, por fin-. Opino que este testamento es un falsificación. Tim, no tenía por costumbre escribir dos veces igual. Esto parece su letra. No obstante, tengo el presentimiento de que no lo escribió él.

-¿No hay medios para aclarar eso?-inquirió Jackford-. Podríamos hacer venir aquí a un perito calígrafo de cualquier ciudad.

Se volvió hacia Pete.

-Esto pudiera ser de extraordinaria importancia. Por mi parte, sheriff, no deseo nada de lo que ha dejado Tim. Y... ¡no lo aceptaré! Pero quiero que se haga justicia.

-Se hará-aseguró Pete, con énfasis.

Se sentía contento de Jackford en aquel momento. Un hombre que insistía en entregar su herencia a beneficencia, no era fácil que hubiera matado para beneficiarse de ella.

De pronto el sheriff se puso en pie de un brinco. Procedente de las minas de Desolación, llegó a sus oídos el ruido producido por detonaciones de armas de fuego. Se volvió hacia Teeny.

-¡Ve en busca de «Miserias» y llévatelo para allá!-ordenó-. ¡Nos están desafiando otra vez! ¡Parece como si hubiera estallado una guerra en las minas!

CAPÍTULO X
¡REBELIÓN!

Las minas se hallaban a un cuarto de hora-a todo galope-de la población y al Noroeste de la misma. Pete dejó que su caballo corriera a su antojo. Sus ayudantes le seguían de cerca.

Habían cesado los disparos. Pudiera muy bien ser que un minero borracho hubiese estado disparando por el solo hecho de disparar. Pero el sheriff no estaba dispuesto a correr riesgos. No podía desterrar el asunto de su mente sin haber investigado primero.

«Sonny» ascendió una pendiente. Al llegar a la cima, el sheriff vió los edificios, las vías, los vertederos de mineral y las bocas de las minas.

Las mulas que tiraban de los vagones de mineral, estaban descansando. No se veía la menor señal de actividad en los alrededores de ninguna de las minas. Pero, delante de uno de los edificios destinados a dormitorios había una muchedumbre compuesta de mineros.

Escuchaban un discurso. Un hombre de anchas espaldas estaba dirigiéndoles la palabra. Se hallaba subido a un vagón volcado. Pete se acercó a las minas y ató a «Sonny» detrás del almacén de herramientas de la mina «Sin Esperanza». Se aproximó al grupo.

Teeny y «Miserias» llegaron y se apearon. Pete pudo observar que a «Miserias» se le notaban aún los efectos del balazo recibido en Lone Butte; pero Teeny parecía estar completamente bien.

-Les digo a ustedes, señores-bramó el orador-que sólo es cuestión de tiempo el que muchos de nosotros perdamos la vida si permanecemos aquí, en Desolación. No tenemos probabilidad de salir con bien, entre bandidos, la diligencia fantasma y una inteligencia maestra que dirige una guerra contra nosotros.

Se oyó una ovación. Los mineros (así le pareció a Pete), estaban de humor para ovacionar todo lo que se dijese.

-Y digo, además-prosiguió el orador-, que debiéramos largarnos de aquí ahora mismo. Se ha encontrado oro en grande en la comarca de Cochise. Tal vez podamos llegar allí a tiempo para denunciar una buena pertenencia.

Otra ovación. Pete Rice mascó con furia. ¡Un importante hallazgo de oro en Cochise! Sin saber por qué, le acudió a la memoria el recuerdo de aquella escopeta cargada con oro-la carga que evidentemente, iba destinada a simular el hallazgo de un yacimiento.

Probablemente alguien-el Grande Rojo, o sus agentes-habría «falsificado» una mina ya. ¿Por qué? ¿Seria para hacer que los mineros abandonaran Desolación?

Veía que el orador estaba exaltando a los mineros. Veía, por añadidura, que lo estaba haciendo con toda intención. ¿Por qué estaría intentando aquel minero causar una estampida y llevarse a los mineros de Desolación a Cochise?

Por regla general, un minero acudía, presuroso, a cualquier nuevo hallazgo de oro, sin esperar a que sus compañeros fuesen con él. Cuantos menos fueran, mayores probabilidades tenían de conseguir un trozo de terreno que valiese la pena.

Oyó la voz sonora del que hablaba.

-Anoche, Higgins, Lasky y Ramble desaparecieron. Ramble estaba jugando al Poker con Russell, con Koplich y conmigo anoche, en nuestro dormitorio, a las nueve. Salió a echar un trago y... !no le hemos vuelto a ver! Os digo, amigos, que tenemos que obrar. Y es preciso obrar... ¡ahora mismo!

Un poco más abajo de la calle, había un hombre calvo en el umbral de la puerta del despacho de la mina «Sin Esperanza». Estaba haciendo frenéticas señales al sheriff para que se acercara. Este corrió hacia él.

Dentro, Bedrock Dangler, propietario de la «Sin Esperanza» y Walt Service, dueño de la «Sueño Dorado», se hallaban tendidos en el suelo. El hombre que había llamado a Pete, les estaba haciendo la primera cura. Le explicó al sheriff que los mineros enfurecidos los habían maltratado. Ambos hombres tenían heridas en la cabeza.

-Walt y yo intentamos discutir con los mineros-dijo Bedrock. Tenía unos setenta y tantos años y los golpes recibidos en la cabeza le habían hecho bastante daño-. Esos hombres se han desmandado por completo. Si no podemos conseguir que vuelvan a trabajar, nos hundimos.

-¿Es ese orador el que los ha exaltado?

-Si, se llama Spang Riker. No sé qué mosca le ha picado. No queremos que sea detenido nadie. Sólo deseamos que los hombres vuelvan al trabajo.

Pete Rice se mordió el labio. El manejar a los exaltados mineros seria igual que encender un cigarrillo por encima de un barril de pólvora. Una chispa bastaría para hacerlos

estallar. Igual seria mandar un rebaño en estampida que se detuviera, que ordenar a gente que había llegado a tal punto de exaltación que volviera al trabajo.

Desde la ventana del despacho se veía a Riker que seguía dirigiendo la palabra a los mineros. Media el agitador más de un metro ochenta de estatura y tenia la musculatura de un toro.

-Riker siempre ha sido un caudillo entre sus compañeros-aseguró Walt Service, levantándose con dificultad-. Es el jefe de los taladradores en la "Sueño Dorado". Tiene una pelea cada noche. Deja sin conocimiento a un hombre con uno o dos puñetazos. Rice, tal vez sea mejor llevar preparado el revólver.

Pete no contestó; observó al gigante. No habría más que una manera de conseguir que los mineros volvieran a su trabajo: el desacreditar, de alguna forma, a Riker.

Podría lucha él con Riker. No temía a hombre alguno con los puños. Pero los mineros experimentarían resentimiento si alguien interrumpía el discurso de su caudillo. Toda la población sabia ya que Pete Rice había sido importado para poner fin a la imposible situación en que se hallaba el poblado minero. La lucha en el Salón de la Pepita de Oro, había identificado al sheriff para siempre. De pronto, tras una ovación, Pete oyó la voz penetrante de Hicks «Miserias».

-¿Qué sacas tú en limpio de todo esto, amigo? ¿Te está pagando alguien para que eches a la gente de Desolación?

La acusación picó a Riker, que alargó el brazo y apartó a «Miserias» como si hubiera sido una mosca. Entonces ocurrió otra cosa con igual brusquedad. Teeny Butler alargó la mano y quitó al gigante de encima del vagón de mineral.

-Cuando empieces a pegar a alguno-bramó-, procura escoger a uno que sea de tu tamaño.

Riker y Teeny se miraron. El rostro del minero enrojeció de ira. Soltó un derechazo que le alcanzó a Teeny Butler en la boca del estómago. El sheriff salió, corriendo, del despacho. Aquello podía ser una suerte, si Teeny era capaz de manejar al gigante. A Butler no se la había visto mucho por Desolación. Se había quitado la insignia. De momento, no se le relacionaría con la Ley.

Vió que Teeny alzaba la mano derecha y le rozaba el rostro a Riker. Los mineros ovacionaron más que nunca. Ya no eran mineros, sino aficionados al boxeo. Y estaban presenciando un combate que valía la pena ver.

La diligencia fantasma, los mineros desaparecidos, toda el terror que reinaba en Desolación, quedó olvidado. Sólo se acordaban ya de aquel combate.

Spang Riker atacó como un toro embravecido. Teeny le paró en seco con un puñetazo. El ayudante del sheriff era asombrosamente ágil para un hombre de su tamaño. Se decía de él, que era capaz de alcanzar a una mosca.

Retrocedió al atacar de nuevo el gigante minero, agitando sus manos que parecían manazas. Sólo fue para aprovechar una fracción de segundo en que sacarse los revólveres y dejarlos caer al suelo. Riker no estaba armado. Teeny quería que estuvieran ambos en iguales condiciones. Aquélla había de ser una batalla de gigantes, sin más armas que los puños.

Los dos hombres se juntaron. Hubo un intercambio de puñetazos. Teeny por poco cayó. Cualquier otro hombre hubiera caido al recibir el puñetazo que Riker tuvo la suerte de encajarle.

La muchedumbre le ovacionó.

-¡Ya es tuyo, Spang!-gritó un minero.

-¡Quítale la cabeza de un puñetazo, Riker!-gritó otro.

Era evidente que el taladrador era popular. No cabía la menor duda de que sabia pegar, por añadidura. Walt Service había dicho que era capaz de dejar sin conocimiento a un hombre

de un puñetazo. Y Pete nunca había visto hasta entonces, que se tambaleara su ayudante de resultas de un puñetazo.

De pronto Teeny le soltó a Riker un formidable puñetazo en la boca. El minero escupió tres dientes. Atacó con un remolino de golpes. Pero Butler volvió a engancharle bien y Spang Riker cayó.

El taladrador tenía una resistencia enorme. No había perdido ni un ápice de su valor. Se levantó y atacó. Pilló a Teeny de lleno en la sien. Entonces éste empezó a pegar en serio.

Un derechazo terrible hizo que otro de los dientes de Riker saliera disparado. Se le abrió un corte de cinco centímetros en la sien como resultas de una izquierda bien dada. Riker empezó a echar sangre por la boca. Le entrechocaron las rodillas.

Luego Teeny puso fin a la pelea con un derechazo a la mandíbula. Se volvió hacía la muchedumbre. Ni siquiera necesitó ver caer al taladrador, porque ya sabia él la fuerza que tenía su derecha.

-Escuchad, muchachos-dijo tranquilamente-, cuando escojáis un jefe, ¿por qué no procuráis que sepa pelear?

A continuación se llevó la mano al bolsillo y se sacó la insignia. Se la puso.

-¡Un ayudante del sheriff-exclamó alguien.

-Sí, señor; ayudante de Pete Rice-contestó Teeny con orgullo.

Pete se había acercado ya, y le dió un golpecito a su compañero en el hombro. Luego se volvió hacia los mineros.

-¿Qué creéis vosotros que sacamos nosotros de todo esto, muchachos?-inquirió-. No tenemos predilección por nadie. Estamos aquí, en Desolación, para procurar que le sea posible la vida a la gente decente. Si averiguamos que los propietarios de las minas son culpables de todo lo que está ocurriendo, los encerraremos con la misma imparcialidad que si se tratase del más humilde obrero. Riker os ha estado intentando engañar. Espero que habréis olvidado ya sus estúpidas palabras.

Los mineros guardaron silencio unos momentos. Pero les gustaban los buenos luchadores. Miraron con respeto a Pete Rice y a su ayudante.

-No nos hace mucha gracia nada de lo que está ocurriendo en Desolación, sheriff-; dijo uno de ellos.

-Siempre encontraréis jaleo donde encontréis oro-repuso Pete-; pero dejad que mis ayudantes y yo nos encargaremos de eso. Haremos limpieza o no tendréis que vernos muchos días por aquí. Estáis recibiendo sueldo triple, amigos. No es eso cosa de desdeñar, ¿no os parece?

El sheriff sonrió. Su sonrisa era contagiosa. Pareció inyectar sentimientos amistosos a los mineros.

-Se ha perdido la mar de tiempo-prosiguió rápidamente-. Dangler y Service tienen que hacer funcionar sus minas a toda marcha. Conque... que empiecen a funcionar las máquinas otra vez; que los taladros ataquen de nuevo el cuerpo. ¿Qué os parece, amigos?

-Lo probaremos un poco-dijo alguien.

Se puso a andar en dirección a la mina «Sin Esperanza». Otros siguieron su ejemplo. Todos se habían olvidado de Spang Riker. Un caudillo tenía que ganar combate tras combate para conservar su prestigio en Desolación.

Con la ayuda de Teeny, el sheriff transportó a Riker al despacho de la mina. «Miserias» Hicks estaba preparado ya para hacerle la primera cura. Riker recobró el conocimiento a los pocos segundos. Alzó la mirada y vió a Teeny de reojo.

-¡Uh! Conque me dejaste knock-out, ¿eh?-dijo.

-Luchaste como los buenos-replicó el interpelado.

-Fue un combate magnifico-intervino Pete.

-Nunca me habían dejado k. o., hasta ahora-dijo Riker-; pero no guardo el menor rencor.

-Ni nosotros tampoco-le aseguró Rice-. Riker, tiene usted demasiada fama de honrado para dejar de serle ahora. Alguien le indujo a usted a que soltase ese discurso ¿No es cierto?

-Tal vez lo sea y tal vez no lo sea.

-Lo que, en resumen, no quiere decir nada-declaró Pete-. Riker, hasta una mentira vale más que media verdad. No perderá usted su empleo por decir la verdad. Yo me encargo de eso. Dígame, ¿quién le pagó para que soltara ese discurso?

-No me llegaron a pagar. Un tipo me ofreció mil dólares si lograba sacar de Desolación a los mineros. Pero ahora siento haberlo intentado. ¡Alvin Merchant puede quedarse con sus mil dólares y que le aprovechen!

-¡Alvin Merchant!-repitió Pete-Tengo unas ganas enormes de ver a ese buen señor. Y, sin embargo, no me puede ser menos simpático.

CAPÍTULO XI
ESTAMPIDA

Cuando Pete y sus ayudantes abandonaron las minas, todo marchaba viento en popa, otra vez. No existía la menor señal de descontento. Hasta el propio Spang Riker había vuelto a su trabajo. No parecía guardarle el menor rencor al trío de la Quebrada del Buitre.

-¿Y qué hacemos ahora?-preguntó Butler, cuando se dirigían los tres al Traveler's Hotel-. ¿Crees tú que debiéramos echarle el guante a ese Alvin Marchant?

El sheriff movió afirmativamente la cabeza.

-Si, quiero tener a ese hombre encerrado, como no pueda justificar su proceder.

Aun no estaba del todo seguro acerca de Merchant. Había visto más de una vez, hasta qué punto puede el oro retorcer el cerebro de alguna gente. Tenia intención de vigilar a Dangler y a Service, y a Jackford y a Tendel y a toda otra persona que tuviera negocio en Desolación. Pero Merchant era el hombre a quien más ganas tenia de echar el guante en aquel momento.

El trío entró en el Traveler's Hotel, se metió en el comedor y se sentó a una mesa. El verdadero tragaldabas del trío era Teeny Butler. Este necesitaba fantásticas cantidades de comida. Pidió dos enormes chuletas y guisado.

Pete comió con más frugalidad, al igual que Hicks «Miserias». Este último dirigió una mirada malévola a su compañero. Los dos ayudantes del sheriff eran amigos inseparables; pero se pasaban, con frecuencia, durante la comida, discutiendo.

-Tú sigue comiendo las chuletas a pares y verás dónde vas a ir a parar-le dijo el barbero.

Pero Teeny no pareció preocuparse en absoluto por el vaticinio. Se tragó las dos chuletas y pidió una buena ración de budín y salsa. Estaba de espaldas a la calle. No pensaba más que en la comida.

Pete Rice, sin embargo, se hallaba de cara a la ventana. Miró hacia el exterior dos o tres veces; luego se levantó y se acercó a la ventana. Corrían muchos hombres hacia el despacho del registro de la propiedad. Algo nuevo ocurría en Desolación, lo que significaba nuevo trabajo para él.

Salió, corriendo a la calle. El primer hombre con quien topó, fue el portero del hotel.

-¿Qué ocurre?-preguntó el sheriff.

-¡Lo bastante para que abandone mi colocación ahora mismo!-le contestó-. Acaba de llegar un hombre de Fishtail Creek con el bolsillo llego de pepitas de oro. Ha registrado su

pertenencía en el registro de la propiedad. Eso significa una estampía hacia el nuevo yacimiento.

¿Qué hombre era ese?

-Sourdough Langtree fue el que hizo el hallazgo.

Pete se mordió los labios. No conocía a Sourdough Langtree. El hallazgo podría ser auténtico. Pero tenía el presentimiento de que se trataba de otra estratagema del Grande Rojo, para alejar a los mineros de que trabajasen a fin de que tuvieran que cerrar las minas.

-Yo en su lugar, amigo-le aconsejó Pete-, no abandonaría mi empleo. Pero... Haga usted lo que le parezca; después de todo, ya sé que no seguirá mi consejo.

Corrió calle arriba seguido de sus ayudantes. La calle, delante del registro de la propiedad, estaba llena de gente. El almacén vecino estaba atestado de parroquianos. Todos compraban las provisiones y el equipo necesario para salir de estampía.

La ferretería de más abajo estaba más ocupada aún. Los precios empezaban a subir como cohetes. Picos y palas se vendían ya a un precio tres veces mayor al usual.

Un hombre emprendedor había comprado una cantidad de complementos y de materias alimenticias y se había puesto a vender en mitad de la calle. Se estaba ganando del doscientos al quinientos por cien en la operación y liquidaría las existencias en menos de una hora.

Desolación se estaba volviendo loco. Los hombres abandonaban su trabajo. Algunos gastaban los ahorros de un año en un equipo que carecía de valor si no daban con oro. Ya había una veintena de hombres en camino hacia el Sur, en dirección a Fishtail Creek. Aquí y allá surgían peleas.

Pete y sus ayudantes se abrieron paso entre la multitud y entraron en el registro de la propiedad. El empleado era un joven de mirada opaca.

-¿Dónde está ese Sourdough Langtree?-inquirió el sheriff.

El empleado se encogió de hombros.

-Se largó hace cosa de una hora. Registró su pertenencia y se volvió al lugar en que había hecho el descubrimiento.

-¿Dejó alguna de las pepitas que se encontró en la caleta?

El interpelado afirmó con la cabeza.

-Enséñamelas.

El otro abrió una caja de caudales y sacó varias pepitas. Pete las examinó. Eran grandes. No se les podía echar la culpa a los ciudadanos le Desolación por contraer la fiebre del oro.

Pete devolvió las pepitas. Contenían mercurio. Significaba que habían sido lavadas y recogidas con azogue. El hallazgo era un timo. Alguien había plantado oro en Fishtall Creek. Los mineros que salían de estampida se iban a llevar un chasco.

De nuevo recordó Pete a Tate Quentin. Este debía de haber estado trabajando por cuenta del Grande Rojo. Había tenido la intención de «plantar» oro en alguna parte con su escopeta. Se había equivocado de arma, y el oro había servido para matar a un bandido. Pero, a pesar de todo, el Grande Rojo se las había arreglado para plantar oro en Fishtail Creek.

-¡Retuétano!-exclamó Hicks.

Miró a la enloquecida muchedumbre que se preparaba para marchar.

-A esos tipos no hay quién los detenga ya. Están exaltadísimos.

-Sí-replicó Pete-; a todo el mundo le agrada un camelo... temporalmente. El camelo es como un globo. No abulta gran cosa hasta que se le ha llenado de aire y luego, como a un globo, basta el pinchazo de un alfiler para que se quede reducido a la nada otra vez. A nosotros nos toca hacer estallar este globo dorado, muchachos.

-¿Vamos a ir a la caleta?-preguntó Teeny.

-Ahí es donde vamos ahora mismito. Y no tenemos tiempo que perder.

Ya había llegado la noticia a las minas de Desolación y los mineros empezaban a llegar ya a la población. Marchaban a Fishtail Creek a pie, a caballo, en tartana, en cualquier medio de transporte que podían comprar, pedir prestado o robar.

Pete les miró algo apenado. A aquellos hombres les esperaba un desencanto.

Pero no podían saberlo aún. Y se burlarían de los consejos en aquel momento.

-La esperanza-les dijo el sheriff a sus ayudantes-, es una mala pécora en verdad. Ha timado a más gente de las que ha llegado a ayudar. No obstante, me parece a mi que siempre seguirá siendo popular. Bueno, muchachos, vamos en busca de los caballos. Nos dirigiremos a Fishtail Creek. No conseguiremos oro; pero tal vez, encontraremos alguna pista.

Pete avanzó a toda marcha por el camino que conducía a Fishtail Creek. Sus ayudantes se quedaron atrás. Llegarían a la caleta con tiempo sobrado para hallarse en pleno jaleo. Pero, primero, Pete quería examinar el terreno, ver quién había allí, averiguar toda clase de detalles acerca de cómo había empezado la cosa.

El camino de Fishtail seguía la misma ruta de Mineral Point y luego unas cuantas millas al Sur, cortaba hacia el Oeste, metiéndose por la montaña.

Los mineros que habían salido de estampía, formaban una larga hilera que se prolongaba millas y millas. La enorme resistencia de «Sonny» le permitió al sheriff mantenerse a todo galope hasta llegar a la pendiente. Pero, a pesar de su velocidad, no llegó a la cabeza de la hilera. Muchos de los hombres, enloquecidos por la fiebre del oro, llegarían a la caleta antes que él.

Y encontrarían oro, por añadidura; demasiado bien lo sabia Pete. Si se les abandonaba a sus propios recursos, tardarían bastante tiempo en darse cuenta de que allí no había más oro que el «plantado». El Grande Rojo, para provocar aquella estampía, podía permitirse el lujo de tirar unos cuantos miles de dólares.

El sol doraba las lomas cuando Pete llegó a la cima de la colina cubierta de pinares y vió la cinta azulada de la caleta que serpenteaba allá abajo. Era Fishtail Creek, que reflejaba los rayos del sol poniente. La caleta hervía ya de gente.

El ruido resultaba terrible. Muchos mineros luchaban entre sí. Picos y palas se clavaban en la grava. Una veintena de hogueras poblaban los alrededores de humo. Hasta se estaban construyendo rústicas cabañas.

Había hombres lavando grava en busca de oro. Pete se apeó. Se acercó a una pertenencia donde un minero de ojos saltones había recogido un puñado de grava rico en oro.

El hombre observó la estrella que llevaba Pete prendida en el pecho.

-Más vale que escoja usted un trozo de terreno, sheriff-dijo excitado-. Dentro de muy pocas horas, no quedará un palmo de la caleta que no esté cogido.

Pete examinó las pepitas que había en el cacharro de lavar la grava.

-Seguramente no me creería usted-dijo-, si le dijera que se ha «plantado» oro aquí. Pero usted siga adelante y saque todo lo que pueda. Demasiado pronto averiguará que les han tomado a ustedes el pelo.

El hombre ni siquiera le escuchaba. Estaba pensando nada más que en el oro. Pete paseó por la orilla de la caleta. De pronto observó a un hombre alto, cerca de un aliso, que miraba como trabajaban los mineros.

¡Alvin Merchant había ido a Fisthall Ceek!

El sheriff corrió hacia él. Sacó un revólver y desarmó al otro.

-¡Alvin Merchant!-dijo-. ¡Queda usted detenido!

El pelirrojo palideció.

-Aquí debe de haber un error, sheriff Rice-exclamó.

-Si lo hay, tendrá usted que demostrarlo.

Alargó el brazo para agarrarle. El hombre saltó a un lado con agilidad. Alzó los puños para defenderse. ¡Pam! Pete le lanzó un gancho a la mandíbula. Alvin rodó por el suelo como fulminado por el rayo.

El sheriff se guardó el revólver y ató al otro de pies y manos con unas cuerdas que llevaba siempre en el bolsillo.

¡Pum! ¡Pum! Sonaron dos disparos a corta distancia. Dos mineros se habían metido detrás de dos árboles y disparaban el uno contra el otro. Estaban discutiendo cual era la frontera de sus pertenencias, que eran contiguas.

-¡Maldita sea tu estampa!-decía uno de ellos, veterano en la profesión-. ¡Yo digo que mi pertenencia se extiende quince metros más al Norte! ¡Tú dices que soy un embustero y voy a hacerte desear que hubieras seguido pastor toda tu vida!

Volvió a disparar y la bala arrancó un trozo de corteza del árbol tras el cual se guarecía el otro.

Pete Rice emitió un agudo silbido. «Sonny» se acercó a su amo, en contestación. El sheriff descolgó el lazo y se lo echó al más próximo de los contrincantes. Era un mejicano y en aquel momento, estaba alzando el revólver para disparar contra el otro.

La cuerda le sujetó los brazos y el mejicano soltó un grito de rabia. Intentó desasirse; pero el sheriff tiró del lazo y la sacudida, hizo que el revólver se le cayera al minero de las manos.

-¡Eh!, ¡barba blanca!-le gritó Pete al otro minero-. ¡Suelta ese revólver! Arreglaremos esta disputa de otra forma.

Corrió hacia él. Creía comprender el motivo de la discusión. Ambos habían escogido un trozo de terreno ya marcado sus límites. Ambos habían estado satisfechos, hasta que uno de ellos encontró oro y el otro nada. Ello era debido a que el oro sólo se había plantado en algunos sitios.

Una breve investigación confirmó la teoría de Pete. El mejicano Lorenzo Almaden había encontrado oro a la primera intentona, mientras que Malpais Martín no había hallado nada. Este último era el que había empezado la discusión.

-¿No os dais cuenta que estáis obrando los dos como si fuerais unos niños?-dijo Pete-. Los dos estáis perdiendo el tiempo aquí y, si hay más discusiones, corréis el riesgo de perder la vida también. Este terreno carece de valor casi por completo.

Se había formado un corro de mineros, atraídos por el ruido de disparos. El sheriff intentó convencerlos de que habían sido engañados; pero no le querían creer.

-He visto terrenos en que se había plantado oro-arguyó un viejo bastante barbudo-. No puedo creer que aquí se haya hecho lo mismo. Nadie podría hacerlo tan bien como está hecho esto.

-Modernízate un poco, barbas-contestó Pete, burlón-. Los hombres se están haciendo tan astutos hoy en día, que resulta más fácil demostrar que es verdad una mentira, de lo que era antaño demostrar la verdad.

Los hombres seguían tozudos. El reconocer que Pete tenía razón, acabaría con todas sus esperanzas y sus sueños.

-Está bien-dijo, por fin, el sheriff-. Divertios un par de días. Llamadlo una vacación si queréis. Luego más vale que volváis a Desolación, donde pagan sueldos triples.

Estaba satisfecho con eso. Los mineros no le tomarían en serio de momento. Pero habría sembrado. La semilla crecería y el tiempo le daría la razón. Volvió hacia el lugar en que había dejado a Alvin Merchant. Luego masculló una maldición.

El pelirrojo había desaparecido. Por las señales era evidente que alguien le había ayudado a escapar. En el suelo yacían las cuerdas, cortadas. Pete siguió las huellas del fugitivo hasta donde había montado a caballo.

Luego, con una expresión dura en el semblante, montó y salió en su persecución.

CAPÍTULO XII
MERCHANT DISPARA

El fugitivo había tirado por una senda estrecha que conducía al Este. Pete tenia confianza en alcanzarle, porque «Sonny» era el caballo más rápido del Suroeste. Le hizo subir a una loma a todo galope. Bajó por la ladera cubierta de chaparral a una velocidad suicida.

Caía el crepúsculo, pero no encontró dificultad alguna en seguir la pista. El sendero daba la vuelta a una gigantesca roca. Luego se perdía en un ancho lecho de lava. El sheriff perdió unos minutos buscando las huellas al otro lado; pero Merchant había cruzado por allí y naturalmente, había dejado rastro.

Oyó pisadas de caballo detrás de él. Otros jinetes le seguían. Tal vez habrían llegado Teeny y «Miserias». O tal vez, los mineros se hubieran agrupado para perseguir a Merchant. Si así era, Pete se encontraría con un problema más; el de manejar a una multitud dispuesta a linchar.

Iba preparado para cualquier traición; para una posible emboscada. Un hombre tan despiadado como el Grande Rojo, no tendría el menor inconveniente en matar a otro por la espalda. Iba alerta para cualquier ruido sospechoso. Y no apartaba la mirada de las orejas de «Sonny».

De pronto enderezó el caballo las orejas. Soltó un relincho. Pete no había oído aún nada que delatara la presencia del enemigo. Pero, unos cuantos centenares de metros más allá, oyó el ruido de cascos de caballo.

Cortó por una abertura de la montaña, avanzó por la cima de una loma y subió una ladera. Arriba del todo, vió a Merchant. Iba echado sobre el cuello de su caballo y se hallaba cerca de la cima de una colina cercana. Fustigaba frenéticamente a su montura.

Merchant vió al sheriff también e instantáneamente se ocultó tras la ladera opuesta. Pete se internó por una garganta. Las pisadas a retaguardia sonaban más cerca. Era evidente que los jinetes que le seguían habían hallado un atajo.

Hizo subir a «Sonny» diagonalmente la ladera de la colina cercana, para que pudiera galopar todo el camino. Merchant no le llevaba mucha delantera ya. Cabalgaba por el fondo de un cañón lleno de maleza, que serpenteaba hacia el Este. Disparó por encima de la cabeza del fugitivo, porque no quería matarle. Su intención era apresarlo vivo.

-¡Alto!-gritó.

Pero Merchant se limitó a fustigar su caballo con más furia aún. El animal no podía correr mucho por entre la espesa maleza. «Sonny» tampoco podría ira mayor velocidad.

El pelirrojo desapareció tras un recodo. Pete picó espuelas. Ya no era cuestión más que de un minuto o dos. Echó mano al lazo. Dentro de unos segundos se hallaría a tiro. El otro podría alcanzarle con un disparo; pero si no le daba, le arrancaría de la silla con el lazo. Dobló el recodo.

Unos cuantos centenares de metros más allá, se alzaba una pared de roca, cortada a pico por tres de los lados del cañón. Merchant se había vuelto en la silla. Tenía un revólver en la mano. Pete echó el lazo.

¡Pam!

El revólver de Alvin escupió fuego y humo. Pete oyó cómo le silbaba la bala por encima de la cabeza. Luego oyó otro disparo. Y dejó de oír más. Sintió que se caía y la oscuridad le envolvió.

Era noche cerrada cuando Pete Rice recobró el conocimiento. Aparte del terrible dolor de cabeza, su primera sensación fue la de que estaba en movimiento. El dolor le hizo perder el conocimiento otra vez. Cuando volvió en sí de nuevo, miró a su alrededor.

Seguía montado en “Sonny”. Tenía les manos atadas a la espalda. Poco a poco se le fue despejando la cabeza, aun cuando no cesó el dolor. Se dió cuenta de que le había rozado una bala la cabeza. La sangre se le había secado, formando una costra sobre su rostro.

Se hallaba en el centro de una pequeña cabalgata de jinetes con sombrero de ala ancha. Los hombres charlaban y bromeaban en áspera voz. Hablaban en español, idioma que Pete Rice conocía. Al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, pudo distinguir sus facciones. Eran siete, de rostro patibulario.

-El Grande Rojo quiere muerto al sheriff Rice-estaba diciendo uno de ellos-. Ha ofrecido mil dólares al que le mate. Y somos siete.

-Debiera de ofrecerse una cantidad mayor por la cabeza de un hombre como Pete Rice-se oyó decir a otro-. El dividir mil dólares entre siete, representa muy poco para cada uno de nosotros.

-Eso es lo que yo quería decir. Jugaremos a las cartas. El que gane, tendrá el honor de meterle el balazo al sheriff. Así, sólo uno cobrará la recompensa.

La proposición fue saludada con exclamaciones de aprobación. Pete se preguntaba por qué no le habrían matado ya. También le intrigaba el paradero de Alvin Merchant. O... ¿acaso querría hallarse Merchant a muchas millas de distancia cuando fuese hallado el cadáver de Pete?

Merchant era de esos hombres capaces de probar la coartada en cualquier crimen que fuese. Los que formaban parte de la cabalgata, eran asesinos a sueldo. Los hombres como Merchant, se dijo el sheriff, eran aún peores que aquellos hombres. Pero procuraban hacer las cosas sin correr riesgos. Tenían más inteligencia.

-!Ah!-dijo una voz, muy cerca de él-. El sheriff ha recobrado el conocimiento.

El comentario nada tenia de chistoso, lo que no impidió que fuese recibido con fuertes risotadas. Pete tiró de sus ligaduras. No había medio de aflojarlas. Eran de cuero. Si cayese un chaparrón de pronto, el agua haría estirar las correas. Fingió haber perdido el conocimiento otra vez.

Pero su cerebro no dejaba de funcionar. Tenía un bulto en la mejilla. Era un trozo de goma de mascar. Le dió una idea. Acostumbrado a toda clase de peligros, jamás desperdiciaba la menor ventaja que pudiera obtener. Aquella ventaja era muy ligera. Pero no carecía de posibilidades.

Observó que los bandidos seguían un camino muy usado. Más adelante, había una bifurcación. Si Teeny y «Miserias» intentaban seguirle, les costaría bastante trabajo hacerlo. El suelo estaba lleno ya de huellas de caballo.

A “Sonny” le habían enseñado a obedecer a la presión de las rodillas, del sheriff. Este le guió hacia un álamo que había junto al camino. Se meció en la silla. Su rostro tropezó contra el tronco del árbol.

Los jinetes volvieron a reírse. Creían que su prisionero había vuelto a desmayarse. El estado de Pete les divertía. La cabalgata recorrió unos treinta metros más, Pete repitió su maniobra. Volvió a bambolearse en su silla, como si se mareara. Dos veces más, antes de llegar a la guarida de los bandidos, hizo el sheriff la misma operación.

-¡Ah! el poderoso sheriff se ha debilitado!-dijo uno de los jinetes, burlonamente en español.

-Vivirá, no os preocupéis-dijo otra voz en inglés-. Es decir, vivirá hasta que hayamos echado ese partida de que hablamos. Cuando acabe morirá inmediatamente.

Pete comprendió que era muy probable que los bandidos se saliesen con la suya. Pero ningún hombre está muerto hasta haberle dejado de latir el corazón.

El campamento de los proscritos se hallaba en el centro de un círculo de enormes peñascos. Estos le resguardaban de las tormentas y le servían, al propio tiempo, de parapeto en caso de ser atacados.

Se veía bien a las claras que aquélla no era una guarida permanente. Los pistoleros sólo tenían allí sus mantas y había provisiones escondidas junto a un pino cercano.

Los hombres se apearon. El sheriff fue desatado de su caballo. Su silla fue tirada en el suelo cerca de una peña. A él se le dejó caer contra la silla y se le ataron fuertemente manos y pies.

Con cautela, Pete tanteó el suelo en busca de alguna piedra con arista viva o algún trozo de cristal. La suerte no le fue propicia. Sus dedos sólo tocaron guijarros redondos y agujas de pino. Uno de los bandidos le propinó un brutal puntapié.

-Me llamo Junípero Marinen-le dijo en español-. Vamos a jugar a las cartas, a ver quién ha de tener el placer de matarle. Y yo siempre gano a las cartas. Con que, señor sheriff, está usted viendo al hombre que va encargarse de despacharle al otro barrio.

-Estoy viendo-contestó Pete-, al coyote que va a morir ahorcado antes de que transcurra mucho tiempo.

Marinen le dirigió otro puntapié. Pete alzó los pies atados y dió al hombre en la boca del estómago, haciéndole retroceder, tambaleándose.

El mejicano echó mano a su revólver. Pero el sheriff ya sabia que los otros reaccionarían contra aquello. En efecto, los demás se abalanzaron sobre el enfurecido Marinen. Le arrancaron el revólver de las manos.

-¡Idiota!-aulló el jefe-. ¡Si le matas antes de que las cartas decidan quién ha de hacerlo, tú también serás pasto de los buitres!

Marinen se dominó; pero sus ojos, llenos de odio, no se apartaron del sheriff.

Los bandidos habían empezado ya a beber tequila. Tal vez alguno de ellos rompiera una botella contra la roca. Pudiera caer un trozo de cristal al alcance de las manos de Pete Rice. Quizá le sería posible entonces cortar sus ligaduras contra el vidrio.

“Sonny” se hallaba fuera del circulo de luz proyectado por el resplandor del fuego. El caballo bien entrenado, podría resultar un valioso elemento si lo necesitaba. Pero, si todo fallaba, si le alcanzaba la muerte, enseñaría a los bandidos como sabía morir un representante de la Ley.

Permaneció inmóvil mientras los mejicanos preparaban y se comían una cena de frijoles y tortilla, rociada con tequila y café.

Les observó y pensó en Alvin Merchant. Deducía que Merchant había ido seguido de aquellos hombres, que serian sus secuaces a no dudar, y cuando éstos estuvieron a tiro, el pelirrojo se había detenido, dejándole sin sentido de un balazo. Luego (pensó Pete), Merchant le habría entregado a sus pistoleros, yéndose él a dirigir un nueva ataque que sembrara mayor terror en el poblado minero.

Pete observó que mientras que la mayoría de los proscritos bebía tequila continuamente, Marinen no habría descorchado su frasco. Igual ocurría con Romero Guadalupe, jefe de la cuadrilla. Aquellos dos estaban decididos a no perder la serenidad para ganar la partida que había de decidir quién debía matar a su cautivo. Sus ojos brillaban como los de un gato que está casi dispuesto ya a matar un ratón que tiene entre las patas.

Pete tenía la boca seca. Pidió agua una vez. Marinez se encargó de dársela. Le tiró una lata llena de agua hirviendo. Pete agachó la cabeza a tiempo para impedir que le abrasase seriamente.

Sólo tenia Pete un pensamiento que le consolase. Si moría, su madre-que residía en la Quebrada del Buitre-jamás conocería la tortura que había sufrido. Teeny Butler y Hicks «Miserias» -amigos a la par que ayudantes-se encargarían de suavizar la noticia.

Brillarían las lágrimas en los ojos apagados de la anciana de cabellos grises. Pero, tras su dolor, habría un sentimiento de orgullo, al pensar que su hijo había muerto defendiendo a la Ley. ¡La Ley! Esta y su madre eran las dos cosas que más interesaban al sheriff, en el mundo.

Estaba a punto de comenzar la partida. El vencedor ganaría mil dólares y, tal vez, cierto prestigio ante el Grande Rojo y su lugarteniente Tascosa Kid.

Pero, ganara quien ganase, Pete seria el que perdiera. Marinez ganó la primera partida, la segunda y la tercera. Perdió la siguiente para disipar la desconfianza que pudiera el otro tener, con toda seguridad. Llevaba varias cartas metidas en la bota izquierda.

A Pete le entraron ganas de proclamar a voz en grito que Marinez estaba haciendo trampas. Una batalla general entre todos los bandidos pudiese ayudarle. Pero sabía que era más fácil que ocurriera otra cosa. Los otros bandidos se abalanzarían sobre Marinez; pero antes de que pudieran matarle, el otro, vengativo, mataría, con toda seguridad, al sheriff. Conque Pete Rice, se limitó a observar.

El juego prosiguió. Marinez ganaba casi siempre. De vez en cuando Guadalupe, el jefe, ganaba una partida. Otras veces miraba a Marinez con desconfianza.

Como había esperado Pete, fueron rotos varios frascos de tequila contra las rocas. Pero ninguno de los trozos de cristal cayó cerca del sheriff. Una ascua saltó del fuego y fue a parar cerca de él. Se retorció para intentar acercar las ligaduras a la llama; pero ésta se apagó en seguida.

Un par de los proscritos abandonó el partido.

-¿De qué sirve?-exclamó uno de ellos-. Marinez lleva demasiada ventaja ya para que le podamos alcanzar.

-Jugaremos diez partidas más-anunció Guadalupe-. Marinez me lleva cuatro partidas de ventaja. Es posible que pueda alcanzarle. Pero la cosa tendrá que quedar entre los dos.

Ordenó a todos los jugadores, menos a Marinez, que se retiraran del juego. Estos se sentaron detrás de Marinez, que ya no pudo permitirse el lujo de ocultarse cartas en la bota. Quedando eliminadas las trampas del juego, Guadalupe ganó las dos partidas siguientes. Pero Marinez ganó la otra. Seguía llevando tres partidas de ventaja.

La suerte favoreció ora al uno, ora al otro. Marinez creía segura su victoria. Al dar Guadalupe, afiló la hoja de un largo cuchillo en la suela de su bota. Se arrancó un pelo de la cabeza y lo partió en dos con el cuchillo. Dirigió una mirada, preñada de triunfo a Pete.

-A los gringos les gusta muy poco el acero-dijo-. Emplearé este cuchillo en «Pistol» Pete Rice, ¡mil dólares en metálico, y el gusto de matarle, que vale mucho más!

Pete apretó los dientes y no contestó una palabra. El pensar en la muerte lenta que le produciría el bandido con su cuchillo, le hacia estremecerse. Sin embargo, no estaba nervioso. La muerte se hallaba muy cerca. Pote decidió morir luchando, aun cuando estaba fuertemente atado. Tenía agarrado con los dedos el metal de un estribo de la silla de montar.

Guadalupe ganó la partida siguiente. Se estaba acabando el juego. Marinez sólo tenía que ganar una partida más. El sheriff se dio cuenta de que a pesar de todas sus bravatas, le tenia miedo a Guadalupe, su jefe y aunque le tocaba a él dar, le invitó a que diese el otro, lo que bien podría resultar ser la última mano.

Pete observó como jugaban con todos los nervios en tensión. El resultado seria el mismo para él: la muerte. Pero, si Guadalupe ganaba, el jefe, probablemente, mataría a su prisionero de un tiro. La victoria del cruel y vengativo Marinez significaría tortura.

Los jugadores recogieron sus cartas. A cierta distancia-a más de una milla con toda seguridad, un aullido capaz de poner a cualquiera los pelos de punta, sonó en la noche. Parecía el grito de una mujer aterrada. Guadalupe soltó las cartas dejándolas boca abajo.

-¿Qué fue eso?-preguntó en español.

-Un jaguar-repuso Marinez-. No debiera estropear eso nuestra partidita, Romero.

Los ojos de Pete se abrieron desmesuradamente, brillaron y se tornaron duros como el acero. Sintió que la esperanza renacía en su pecho. Recogió los pies. Estaba preparado para ponerse en pie bruscamente. Con los tobillos atados, no le sería posible dar un paso; pero sí podría girar sobre los talones.

Oyó un aullido de triunfo y comprendió que Marinez había ganado la partido final. Cualquier cosa por retrasar los acontecimientos... ¡Cualquier cosa! Los segundos podían tener incalculable valor.

-¡Marinen hizo trampa!-gritó-. Se escondió cartas en la bota. Yo lo vi desde donde estoy. ¡Le ha timado a usted mil dólares!

Marinen soltó un rugido. Dió un paso hacia Pete. Guadalupe le cerró el paso.

-¿Eh?-exclamó-. Mucha suerte parecías tener en las primeras manos.

-¡Ese gringo es un embustero!-gritó Marinen.

-!Regístrele, Guadalupe!-exclamó el sheriff-, ¡tal vez le encuentre cartas escondidas en los bolsillos!

La estratagema le ganó unos cuantos segundos más. Marinen sin dejar de protestar, se sometió a un registro. Rió con crueldad, cuando acabó el registro sin que se le hubiese encontrado carta alguna.

-¿Estás satisfecho?-le preguntó a Guadalupe-. Vamos, amigo, te daré parte del dinero. No te daré la mitad; pero estoy dispuesto a darte cien dólares. No es el dinero lo que más me interesa, sino la oportunidad de matar a este gringo.

Saltó hacia Pete Rice. Alzó el cuchillo. Pete esquivó la puñalada. La punta del arma le rozó el hombro. Los demás bandidos rieron. La mayoría estaba medio atontada de tequila. Solo Guadalupe parecía algo hosco.

De pronto vió el sheriff por el camino una mancha oscura. Un momento después desaparecía tras las rocas al lado Oeste del campamento.

El cuerpo de Pete se puso en tensión. Sus ojos despidieron chispas. Todo dependía ya del tiempo. Aquel bulto oscuro podía muy bien ser uno de sus ayudantes. Si no lo era, ya no importaría nada, de todas formas.

Pete volvió a levantar los pies al volver a dirigirle el mejicano una puñalada. La fuerza del empujón hizo rodar por el suelo a Marinez. Pero se levantó inmediatamente. Rugía come una fiera y avanzó con cautela.

De nuevo descargó un golpe de cuchillo. La punta se le clavó a Pete en la pierna, al descargar otro puntapié. La suela de sus zapatos alcanzó al mejicano en la boca del estómago. Marinez rodó hacia la orilla del fuego.

Los espectadores lanzaron una carcajada, Guadalupe rió de corazón. Marinen no gozaba de mucha popularidad entre sus compañeros. Pero estaba rabioso ya. Empezó a dar vueltas alrededor de Pete, cuidando de no ponerse al alcance de sus pies.

Su cuchillo lanzaba siniestros destellos al resplandor da la hoguera. Pete no tuvo ocasión de salvarse de la puñalada aquella vez por lo menos con ayuda de los pies. Hizo un esfuerzo y se puso en pie.

¡El puñal cayó!

CAPÍTULO XIII
FANTASMA NOCTURNO

El sheriff pareció tambalearse. Luego giró bruscamente sobre sus talones y algo arrancó el puñal de manos del bandido. Era la silla de montar.

Había estado apoyado contra ella. Con los dedos, había agarrado el estribo, alzando la silla al levantarse. El impulso que le dió al dar la vuelta, hizo rodar por tierra otra vez a Marinen. Pete logró permanecer en pie un segundo. Su mirada había logrado penetrar la semioscuridad por los alrededores de las peñas.

-¡Tascosa Kid!-gritó.

Un hombrecillo de camisa roja y sombrero blanco de alas anchas, más grande de lo corriente, se acercaba a la hoguera.

-¡No matéis a ese prisionero aun!-ordenó en español.

Entonces ocurrieron la mar de cosas a un tiempo. El hombrecillo se acercó más, cojeando. Pero empezó a dar un rodeo antes de llegar al resplandor del fuego. Los proscritos se volvieron hacia el recién llegado.

-¡Señor!-exclamó Guadalupe-. ¿Qué le trae por aquí esta noche? Le creíamos a muchas millas de distancia.

-¡Mucho os ha de pesar que no haya sido así!-contestó el otro en español.

¡Pum! ¡Pum! Rasgó la oscuridad, tras las rocas, un fogonazo doble. Empezaron a llover balas alrededor de los bandidos. Marinez, que se había puesto en pie de un brinco, volvió a caer con un proyectil en el hombro.

Una roca cayó en el centro mismo del caldero de café que había sobre el fuego. El líquido salió disparado, como de un surtidor. Los malhechores, abrasados, retrocedieron lanzando gritos de dolor y de rabia.

Guadalupe se volvió y apuntó a Pete Rice con su revólver. El arma del hombrecillo de rojo, habló una vez. Guadalupe cayó de bruces. Otro bandido corrió hacia las rocas. Una bala le paró a mitad del camino. A continuación se vio al gigantesco Teeny Butler acercarse al fuego.

¡Crac! La tralla de su látigo tocó a uno en la sien y le dejó sin conocimiento.

Hicks «Miserias», que se había hecho pasar por Tascosa Kid, se volvió para hacer frente a otro mejicano que huía. Giró en el aire lo que parecía una rueda de tres rayos. Eran las bolas del barbero.

Su puntería fue certera, como de costumbre. Las bolas dieron al hombre por debajo de las rodillas, enroscándosele a las piernas. El hombre cayó al suelo. Se dio con la frente contra una piedra.

-¡Retuétano!-aulló «Miserias»-. ¡Manos en alto u os zumbo!

Apuntaba a los dos bandidos que aun luchaban. Estos dejaron caer sus armas y levantaron los brazos. Él que había caído al darle las bolas, se puso en pie, tambaleándose y volvió a caer al darle Teeny un formidable puñetazo en la mandíbula. Se había acabado la pelea.

La sorpresa y la buena táctica les había dado la victoria al trío de la Garganta del Buitre.

-Oirías mi grito de jaguar, ¿verdad, jefe?- inquirió Teeny mientras le cortaba las ligaduras al sheriff.

-Sí que lo oí, compadre-contestó el interpelado, levantándose.

Hicks «Miserias» estaba agrupando los prisioneros. Llevaba un revólver en cada mano. Pete y Teeny los ataron mientras «Miserias» montaba guardia. El bandido que había corrido hacia las rocas se hallaba gravemente herido y seria muy probable que muriese. Guadalupe había muerto. La bala de «Miserias» le había atravesado el corazón.

Marinez tenia una herida dolorosa en el hombro. Los demás estaban ilesos, salvo por un corte que le había hecho el látigo a uno de ellos y el magullamiento que un puñetazo de Teeny le había producido a otro, Guadalupe, después de todo, era el afortunado. Los que habían quedado con vida morirían en la horca.

-Supongo que veriais las señales de goma de mascar que dejé por el camino-dijo Pete, cuando hubo quedado atado el último bandido.

-Fue Teeny el que las vio-replicó «Miserias»-. Ese bruto tiene una vista de lince. De no haber sido por él, tal vez hubiéramos podido seguir tu rastro... o tal vez no. Por la goma de mascar supimos por donde habían tirado éstos, cuando llegábamos a las bifurcaciones.

Pete se echó a reír.

-Y, ¿de dónde sacaste el disfraz?

-Fue una idea luminosa que tuve. Ahora me parece que estoy en paz con Tascosa Kid por haberse pasado por mí. Me dijiste que le habías dado en una pierna. Supuse pues que estos tipos estarían enterados y fue cosa fácil fingir cojera. ¿Te diste cuenta de que era yo, desde el primer momento?

-Me lo figuré. Jamás hubieras podido acercarte lo bastante para salvarme el no hubieses sido tan listo para idear esa estratagema. Aun así, por poco acaba Guadalupe conmigo.

Los dos hombres explicaron que, al llegar a Fishtail Creek, se habían enterado de lo ocurrido. Se habían puesto inmediatamente sobre la pista; pero habían caído en una emboscada. Era evidente que el Grande Rojo tenia muchos pistoleros a sueldo.

Teeny y «Miserias» habían logrado hacer prisionero a uno de los pistoleros, obligándole a hablar. Les dijo que los hombres de Tascosa Kid se llevaban al sheriff a un escondite provisional; pero no sabían dónde se hallaba. Entonces fue cuando se le ocurrió a «Miserias» la idea de pasarse por Tascosa.

Le había pedido la camisa roja a un minero y un tendero que se había establecido ya en Fishtail, le vendió el sombrero blanco de ala ancha. Teeny había descubierto los trozos de goma de mascar, pegados a los árboles. El resto lo conocía Pete ya.

Los bandidos capturados, fueron atados a sus caballos. La ropa del difunto Guadalupe fue examinada aprisa, porque hacía bochorno, y el trío se daba cuenta de que se avecinaba una tempestad. Les tenia sin cuidado mojarse; pero uno de los bandidos estaba gravemente herido y podría morir si le caía el agua encima. Su vida no le pertenecía a la tempestad, sino a la Ley.

Hallaron las cosas de costumbre en un mejicano; un frasco de tequila, tabaco, un cuchillo, marijuana, unas monedas y unos billetes, y un retrato barato de una muchacha fácil. Pero ninguna cosa que pudiera proporcionarles un indicio del lugar en que tenia el Grande Rojo su cuartel general.

Marinez, aunque estaba herido en el hombro y dolorido, parecía considerarse el representante de sus compañeros.

-Estos peones-le dijo a Pete-, nada saben que pueda ser de utilidad a la Ley. Tratan directamente con Tascosa Kid. Pero yo... ¡Ah! ¡Eso ya es otra cosa!

-¿Dónde se fue Merchant?-le preguntó el sheriff.

Estaba decidido a capturar de nuevo a Alvin Merchant y el mejicano se dió cuenta, en seguida, de ello. Sus ojos lanzaron destellos.

-Lléveme al otro lado de la frontera-propuso-, y póngame en manos de un médico. Luego, cuando esté bien, le enviaré a usted noticias de gran valor. Ahora no estoy dispuesto a dar información alguna. ¿Acaso no he de morir ahorcado?

-¡Ya lo creo que sí! Naturalmente, si pudieras ser de mucha ayuda a la Ley, seria un poco menos severo tu castigo.

-He de estar al otro lado de la frontera primero. Le digo a usted, sheriff que yo sé mucho y muchas cosas... ¡muchas!

En su rostro se leía que mentía. Pete le dió cuenta de que fingía tener conocimientos que no poseía. El sheriff no estaba dispuesto a poner en libertad a un asesino a cambio de su promesa de delatar a sus compañeros.

-Tú di lo que sepas-ordenó-. La Ley será quien decida dónde has de hacer la declaración y no tú.

Marinez se tornó hosco. No quiso hablar más. Pete quedó convencido de que no sabía una palabra. De lo contrario, hubiera hablado para salvarse el pellejo.

-¡Retuétano!-exclamó Hicks-. ¡Debiéramos de obligarle a declarar a puñetazo limpio!

El sheriff movió negativamente la cabeza. Salvo en casos extremos, era enemigo de semejantes procedimientos.

-No es esa forma de tratar a la gente, «Miserias»-dijo-. Toma, por ejemplo, a esos mineros que están en Fisthail Creek. Ni a tiro limpio podrías echarlos de la caleta ahora. Pero déjalos en paz, y ya verás cómo vuelven a su trabajo antes de que haya transcurrido una semana.

-A este tipo debiéramos obligarle a hablar-insistió «Miserias»-. No eres todo lo duro que debieras de ser jefe.

Pete Rice se echa a reír. Sabía que «Miserias», a pesar de sus palabras era más bueno que el pan.

-Emplear la fuerza no es manera de tratar a la gente-aseguró-. A mucha gente a la que se puede llevar casi a cualquier parte con un hilo de seda, no hay manera de moverla con un cabe de acero, como no sea partiéndola por el eje.

Emprendieron el camino de regreso a Desolación con sus prisioneros. El poblado minero estaba más lejos que Fisthail Creek; pero este último lugar no tenía cárcel. Dieron un rodeo y tiraron por la ruta que conducía a Desolación. Se oía el rumor lejano de los truenos.

El terreno era desigual, pendiente y surcado de desfiladeros. El movimiento de su caballo, le arrancaba gemidos de dolor a Marinez. Fue «Miserias», el hombre que hablaba de ser más duro, el que propuso que la cabalgata cortara por el camino de la loma.

Aumentaría en tres kilómetros la distancia a recorrer; pero el camino sería más igual y los heridos sufrirían menos. Pete asintió inmediatamente. Tiraron por el camino de la loma. Lejos delante de ellos, vieron, siluetado contra el cielo, Lone Butte, el lugar cerca del cual había hallado Tim McHugh la muerte.

Pete se puso a reflexionar. ¿Por que le había tenido Tim McHugh tanta antipatía a Merchant? El pelirrojo no se había declarado aún, por entonces. Pete se preguntó si llegaría algún día a tener a Merchant tan cerca de la cárcel como le había tenido a orillas de la caleta.

Aun no estaba completamente convencido de que Alvin fuera el Grande Rojo. Tal vez fuera uno de los ayudantes del jefe superior, pero, ¿sería el propio jefe? Era muy posible que el verdadero jefe no se hallase en Desolación, siquiera; podía haber mandado un hombre inteligente, como Alvin Merchant para que le representara allí.

Era posible, incluso que el Grande Rojo fuera un mito, inventado por la inteligencia, alma del sindicato que Merchant representaba. El Sindicato Coverdale pudiera querer sembrar el terror en Desolación para que quedara poco menos que abandonada. Luego el sindicato podría comprar las propiedades a cualquier precio.

-¿Les sacaste algo en limpio a los bandidos que tienes en chirona en Desolación, jefe?-inquirió Teeny.

Pete negó con la cabeza. Buckwalter y sus compañeros seguían empeñados en no abrir la boca. O no conocían la identidad del Grande Rojo, o temían descubrirla.

-Me parece que nunca lograremos averiguar quién es el Grande Rojo-murmuró Butler con hastío-. A no ser que sea Merchant, de veras.

-Yo no me caso con nadie-le aseguró Pete-. Hasta digo que bien podía haber sido el propio Tim McHugh... y que Dios me perdone, si me equivoco, por decir semejante cosa de un hombre que ha muerto ya. Me Hugh podía haber estado en liga con el Grande Rojo, quien decidiría matarle porque sabia demasiado. Cosas más raras que esas se han visto.

"!Si hasta podía ser Flint Jackford! Aunque confieso que me gusta la forma de obrar de Flint. A mí me parece que los que son buenos para con los animales, acostumbran a ser buenos con las personas. Y creo que Jackford hablaba en serio cuando dijo que quería que los bienes de McHugh, fueran a beneficencia.

Alzó la vista. Las estrellas casi habían desaparecido. Hacia el Sur, se oía retumbar el trueno; pero aun no había empezado a llover ni se veta relámpago alguno.

-No pienso pasar por alto ninguna posibilidad. Hasta Bedrock Dangler o Walt Service podían ser el Grande Rojo, por muy honrados que parezcan. Pudieran tener algún motivo que desconocemos aún.

-Ese Tendal es un tío demasiado meloso-observó Teeny con vehemencia.

Pete movió, afirmativamente, la cabeza.

-Busqué antecedentes de él. Se parece a ese picapleitos a Sharon Pell de Mesa Ridge; ha salvado a más de un bandido de la horca. Yo creo que la mayoría de los abogados son honrados; pero algunos de ellos se ponen casi, casi, fuera de la Ley. Protegen más a los bandidos que a las personas decentes.

Se aproximaban ya a la última de las colinas que conducían al camino de la loma. Se veía alguno que otro relámpago a lo lejos, al Sur. Pete iba con cautela. En aquel mismo camino se habían encontrado muchos cadáveres durante el mes anterior. ¿Existiría alguna relación entre aquellos cadáveres y la llamada diligencia fantasma?

El sheriff detuvo a «Sonny» y dejó que sus dos ayudantes se le adelantaran. Siempre se quedaba él atrás en las cuestas. Un bandido inteligente podría lograr desatarse y hacer girar su caballo emprendiendo la huida cuesta abajo.

En la cima de la colina, Teeny soltó una exclamación. Hicks «Miserias», que se hallaba unos pasos más atrás, se plantó, en seguida, junto a su compañero.

-¡Retuétanos!-exclamó-. ¡Otra vez!

-¡Ven aprisa, jefe!-le gritó Teeny a Pete, excitado-. ¡Es la diligencia fantasma! ¡Ven antes de que desaparezca otra vez!

Pete picó espuelas. Cuando llegó a la cima, también él soltó una exclamación. Aquello no podía ser ilusión. Lo estaba viendo con sus propios ojos. A cosa de una milla de distancia, avanzaba por el camino de la loma una diligencia tirada por cuatro caballos. Animales y vehículo estaban recortados en extraña llama, Brillaba el equipo, tanto como la luna.

-¿Qué te parece?-inquirió Teeny con cierto dejo de triunfo-. ¿Es de verdad o no? ¿Qué respondes?

-No cabe la menor duda de que la diligencia existe-respondió el sheriff-. Y parece fantasma, en verdad. Que será, precisamente, lo que se quiere que parezca. Debe formar parte del plan de campaña del Grande Rojo para asustar, a los ciudadanos de Desolación.

No obstante, contempló, en silencio la aparición durante unos segundos.

Continuaba avanzando lentamente por la loma.

-¿Qué mil diablos puede ser?-preguntó Hicks.

-Eso es lo que vamos a averiguar... en seguida! ¡Ayudadme a descargar a estos tipos, muchachos¡ !Vamos a ver si pescamos al fantasma!

Los tres hombres desataron los pies de los bandidos y los bajaron de los caballos. Volvieron a atarles los pies luego y les dejaron detrás de unos matorrales. Luego, se dirigieron hacia la diligencia.

A un cuarto de milla del camino, aminoraron la marcha y siguieron con mayor cautela. Los cascos de sus caballos no hacían ruido al pisar el césped. Por encima de sus cabezas, empezaba a sonar el trueno.

Existía un peligro, que Pete no había echado en olvido. Hasta aquel momento no había habido relámpagos, excepción hecha de algunos, muy débiles, en lontananza. Si

relampagueaba fuerte de pronto, Pete y sus ayudantes quedarían iluminados y los que ocupaban la diligencia les verían con claridad.

Porque el sheriff no era supersticioso. Sabia que iban hombres vivos en aquel vehículo y debían ir bien armados. No se le ocurría más explicación de la existencia de aquello, que el deseo del Grande Rojo desterrar a los mineros de la comarca.

Los viajeros prudentes procuraban no acercarse para nada al camino de la loma, de noche. Pero el camino era visible desde muy lejos. Los atrevidos que, un par de semanas antes habían decidido investigar el misterio, habían desaparecido sin dejar rastro.

Podría muy bien ir una docena de los pistoleros del Grande Rojo en la diligencia, se dijo Pete. En tal caso, tendrían los bandidos demasiada ventaja, a no ser que el trío pudiera atacarles por sorpresa. Lo que más deseaba Pete era ver de cerca el extraño vehículo y de ser posible presenciar su desaparición.

-¡Pongámonos en marcha, jefe!-suplicó Hicks «Miserias»-. ¡Mira¡ ¡Está doblando el recodo ya! ¡Podríamos adelantarnos...

-Poco a poco-le aconsejó Pete-. Es preciso que averigüemos con quien tenemos que habérnoslas, primero. Pudiera ser que la diligencia no fuese más que un cebo.

A una palabra de Pete, sus ayudantes le siguieron. Siguió, en línea diagonal al camino de la loma y se detuvo junto a unas rocas.

-Me parece que este es trabajo para un solo hombre, muchachos-dijo-. Vosotros quedaos aquí, a caballo, detrás de las rocas. No hagáis nada a no ser que pite yo pidiendo socorro.

Se dirigió al camino, se apeó antes de llegar a él y ató el caballo. Luego corrió rápidamente hacia una roca grande que se cernía sobre el camino. La diligencia tendría que pasar por allí.

Ya llegaba a sus oídos el ruido de cascos de caballo. Sonrió, sombrío. Aquel sonido nada tenía de sobrenatural.

Llegó a la roca, sintió una gota de lluvia y se dió cuenta de que, a lo mejor, no tardaría en relampaguear. Tronaba. Se apretó contra la roca. Estaba seguro de qué no le podrían ver desde la diligencia.

La diligencia dobló el recodo. Se fue acercando. Los caballos estaban cubiertos de una especie de fósforo, igual que el vehículo. A distancia en la oscuridad de la noche, parecía un brillo sobrenatural.

Pete vió que había tres hombres sentados en el pescante. Le hubiera sido fácil darles disparando desde donde se hallaba. Pero era muy posible que la diligencia estuviese atestada de pistoleros. Podría verlo en cuanto el vehículo estuviese a la altura de su escondite.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Relampagueó y tronó. Durante un instante, el espacio situado delante de la peña se iluminó como si fuese de día.

El rostro de Pete se tornó duro al mirar a los tres hombres que ocupaban el pescante. Las facciones de uno de ellos no le eran desconocidas.

¡Eran las de Alvin Merchant!

CAPÍTULO XIV
CRUZANDO EL ABISMO

Pasó el relámpago, pero no antes de que Pete Rice hubiese observado que había varios hombres dentro de la diligencia. El cañón de un rifle asomaba por una de las ventanas.

El sheriff se llevó las manos a los revólveres. Aquella era una buena ocasión para hallar la solución del misterio que envolvía a Desolación. El riesgo seria terrible; pero la recompensa seria grande, si Pete y sus ayudantes salían del trance con vida.

De pronto oyó muchos pasos de caballo detrás del vehículo. Estaban doblando el recodo un grupo de jinetes. Llevaban sombrero de ala ancha y dos revólveres en el cinto. Algunos de ellos llevaban además carabina.

Pete dio gracias al cielo de que no se le hubiera ocurrido gritar: «¡Manos arriba!» Porque la hilera de jinetes parecía interminable. Contó una docena y aun se oían pisadas al otro lado del recodo. Con los que ocupaban la diligencia, debía de haber por lo menos veinte.

Se aplastó contra la roca. Le parecía que la diligencia iba más despacio y estaba a punto de pararse. Un momento después se confirmaron sus suposiciones. Se oyó un ¡So! y el vehículo se detuvo en seco.

Ya no le era posible ver más que la trasera del coche. Pero, un segundo después, se apeó un hombre del pescante. Evidentemente, era el cochero, porque llevaba una fusta en la mano. A la incierta luz, no le pareció el rostro del hombre conocido al sheriff; ni su voz, tampoco, cuando habló:

-¡Eh, Kid!-llamó en voz baja.

Un hombre de sombrero blanco, que formaba parte del grupo de jinetes, se apeó. Era bajo de estatura y cojeaba ligeramente.

¡Era Tascosa Kid!

Pete hubiera, podido meterle un balazo en el corazón; pero ello significaría la muerte para él y para sus compañeros. Y no quería matar a Kid. La muerte de éste no aclararía ningún misterio; hasta era posible que hiciera más complicada su solución. Era preferible que aguardase, viera y escuchara lo que iba a ocurrir. Se sentía satisfecho. Estaba por fin, a punto de descubrir algo del misterio.

-Más vale que coloques a tres hombre por ahí mientras se hace esto, Kid-le oyó Pete decir al conductor.

-Conforme-contestó el aludido.

Hubo algo de conversación, interrumpida por el fragor del trueno. Afortunadamente para Pete, no hubo más relámpagos. La tormenta se alejaba hacia el Sur otra vez. Luego volvió a oírse la voz de Kid.

-No creo que sea preciso que tengamos mucho cuidado. Pete Rice ha estirado ya la pata-rió-. Lo sé de buena tinta.

-Esa es la mejor noticia que he oído desde hace tiempo. Pero más vale que andemos con cuidado, a pesar de todo. El jefe lo ha ordenado.

-Bueno, ya repartiré mis hombres-replicó Tascosa. Se volvió y dijo en español-. Emilio, reparte los hombres. Más vale que elijas tres o cuatro y guardes el recodo. Que los demás monten guardia entre aquí y Lono Butte. El camino, en si, está seguro.

Volvió a reírse y el sheriff comprendió por qué. Habían ocurrido tantas cosas recientemente por el camino de la loma, que la gente prudente había decidido huir de él durante la noche.

-Si, señor-contestó una voz respetuosa.

-Diles que, si encuentran a alguien por ahí, lo maten de una puñalada. Nada de disparar. Hace demasiado ruido. Pero que se aseguren de dejar a todo el que encuentren muerto. Si encuentro a alguno que sólo esté herido se va a armar la de Dios es Cristo.

-Sí, señor.

Pete experimentó el desencanto mayor que habia sentido desde su llegada a Desolación. No le seria posible ver de cerca lo que iba a ocurrir. No podía correr el riesgo de quedarse detrás de la roca. Emilio estaba dando órdenes ya, en español.

Algunos de los jinetes se dirigieron al otro lado del recodo. Otros se adelantaron a la diligencia y se detuvieron. Pete, turbado, empezó a alejarse, a rastras, del camino.

Se inmovilizó al dar uno de los jinetes la vuelta a la roca para adelantarse a la diligencia, porque el camino era estrecho por allí y el otro lado era un abismo. Contuvo la respiración. Si, por casualidad, relampagueara en aquel momento, estaba perdido.

No relampagueó, sin embargo. El jinete pasó a menos de tres metros de él. Aguardó a que hubiese desaparecido en la oscuridad, luego se puso en pie y, corriendo agachado, se alejó. Llegó a donde tenía el caballo, le desató, y volvió a las rocas, tras las cuales le aguardaban sus ayudantes.

¿Qué ocurre, jefe?-inquirió Teeny.

Pete contó la conversación que había sorprendido entre el conductor y Tascosa Kid.

-Entonces, ¿por qué diablos estamos aquí?-preguntó «Miserias» en un susurro-. ¡Retuétano! ¿No podemos hacerlos a todos prisioneros?

-¡Son veinte o treinta, cascarrabias!-le contestó Pete-. Tenemos que quedarnos aquí y ver qué ocurre.

Tumbados en el suelo, el trío observó el camino de la loma por entre las peñas. La diligencia fantasma estaba parada. Se veían moverse de un lado para otro linternas como si fueran gusanos de luz.

Empezó a caer una lluvia más gruesa. Al sheriff y a sus ayudantes no les preocupaba el agua. El tiempo nunca había bastado para hacerles modificar sus planes. Pete mascó goma vigorosamente. Le parecía como si la diligencia estuviese saliéndose del camino y cruzando el abismo. De pronto desapareció como por arte de magia.

El trío de la Quebrada del Buitre seguía tumbando en el suelo. Los bandidos continuaban paseando a caballo por la loma.

Transcurrieron diez minutos más. Luego se oyó el mismo ruido que si se acercase un pelotón de caballería, una multitud de jinetes dobló el recodo. Permanecieron allí un momento o dos, hasta que un brillante relámpago iluminó el camino y los alrededores. Entonces, seguramente, decidió el jefe que más valía que se fueran de allí. Los bandidos se dirigieron hacia Desolación. Otro relámpago permitió ver cómo desaparecían tras el segundo recodo.

Pete y sus hombres guardaron silencio y permanecieron inmóviles hasta que el ruido de las pisadas de los caballos se hubo apagado. Luego se pusieron en pie.

-Bueno y... ¿de qué se trata, jefe?-quiso saber Hicks “Miserias”. Estaba algo hosco, porque su jefe no había ordenado que se lanzaran al ataque-. Hubiéramos podido darles una paliza a esos tipos.

Pete rió.

-Es posible. Pero es preferible que guardemos algo como reserva. El hombre que puede saltar cincuenta centímetros más lejos de lo que ha saltado en su vida, es un hombre difícil de vencer.

Siguió mascando su goma.

-Eran demasiados para nosotros, si hubiésemos luchado en el camino ese- agregó-. Tal vez hubiéramos dado cuenta de unos cuantos; pero tengo, un plan para pillar a todos ellos sin excepción... con el tiempo.

-¿Cómo?-inquirió «Miserias»-. ¿Qué era todo eso que hicieron en el camino?

-Has visto tanto como yo, compadre-replicó Pete-. Ahora tengo unas cuantas ideas y voy a ponerme a investigar. Más vale que tú y Teeny os llevéis a los prisioneros a Desolación. Uno de ellos está gravemente herido y esa lluvia no le proporcionará mucha mejoría que digamos.

«Miserias» gruñó algo y a Teeny pareció hacerle muy poca gracia aquello de abandonar a su jefe. Pero, unos momentos después, emprendieron el camino de Desolación,

con sus prisioneros. Iban a campo traviesa. De seguir el camino de la loma, pudieran encontrarse con bandidos.

«Pistol» Pete Rice, calado hasta los huesos, pero lleno de esperanzas, dejó atado a Sonny tras las rocas, y descolgó el lazo de la silla. Como le había dicho a «Miserias», tenia «unas ideas». Iba a ponerlas a prueba. E incidentalmente, iba a correr la mar de riesgos. Pero todo aquello era inherente al cargo. Eran gajes del oficio.

Caminó hacia el punto del camino de la Cruz, por donde había desaparecido la diligencia. Aun faltaban unas cuantas horas para que amaneciese. Tendría tiempo de sobra antes de que la luz del día descubriera sus maniobras. Pero fue con cautela. Era muy posible que la Grande Rojo tuviese apostados centinelas por allí.

Ninguno había, sin embargo. No había necesidad de ello. No tardó Pete en comprenderlo así. Examinó el rastro del coche. El camino era rocoso, pero halló pruebas de que la diligencia había torcido a la derecha. De haber seguido así, lo lógico era que se hubiese precipitado en el abismo.

Pete sonrió. La diligencia no se había despeñado. Había cruzado el abismo. Era evidente que los secuaces del Grande Rojo llevarían unos tablones pesados o incluso viguería de hierro. Con ello podrían hacer un puente sobre el precipicio lo bastante seguro para que pasara por él el vehículo. Luego podrían retirar los tablones o vigas.

Pero... ¿Por qué había cruzado la diligencia el precipicio? No seria sólo por hacerla desaparecer. Tenia que existir algún motivo mayor que ese.

¿Cuál?

Pues bien, si una diligencia podía cruzar aquel abisme, también podría cruzarlo un sheriff. Pete se asomó a él. Era excepcionalmente profundo. Una vez, a la luz del día, había visto, abajo, agudas rocas. No había quién pudiese bajar al fondo del precipicio más que cayéndose o saltando. Y no le seria posible salir luego, de la misma manera.

Cuando saliera de aquel abismo si es que llegaba a salir, sería a pedazos en el pico de los buitres.

Pete se sentó al borde del precipicio. Su aguda mirada intentó atravesar la oscuridad. El lado opuesto era una masa de salientes rocosos. Había peñas diseminadas por doquiera, como arrojadas por el poderoso brazo de un gigante. Había varias espiras de roca. El lazo de Pete media veinte metros, lo que era longitud suficiente para sus propósitos. Pero... ¿podría echar el lazo a alguna de aquellas espiras de roca a tan incierta luz? Podría intentarlo, por lo menos.

El sheriff no lo intentó inmediatamente. Si lograba cruzar... ¿cómo regresaría? Este era, un problema importante. Examinó varías peñas que había al borde del precipicio. Una de ellas era alta y delgada. Seria fácil de echarle el lazo. Pete la probó para comprobar su solidez. Su enorme fuerza no bastó para moverla.

Midió, con la vista, la distancia que había desde aquella roca hasta el lado opuesto del precipicio. Unos quince metros. Bien. Podría regresar si... bueno, dependía de la mar de cosas.

Estaba espiando en territorio enemigo, tenía dos revólveres, un cinturón de cartuchos y un corazón lleno de valor. Estaba dispuesto a correr un riesgo grande para llegar a lo que consideraba el corazón del misterio.

Hubiera necesitado tirar el lazo una sola vez si la luz hubiese sido buena.

Pero, en la semioscuridad no tuvo más remedio que intentarlo varias veces.

Por fin, cuando tiró de la cuerda, ésta se puso tirante. La probó, tirando con todas sus fuerzas. Resistió. Asió la extremidad de la cuerda y se abalanzó al precipicio. Ascendió, a pulso, por la cuerda, hasta el otro lado. Llegó a una meseta de roca, se apartó de la orilla y quitó la cuerda del saliente de roca, a que estaba cogida.

La luz era bastante mala. Pero su vista era buena. Examinó atentamente lo que parecía ser una pared sólida de roca desde el otro lado del abismo. La tocó con las manos y sonrió.

Lo que había parecido roca viva no era más que una especie de entrepaño, hecho de madera con toda seguridad.

Tenía incrustada una composición de estuco que le hacía parecer roca a lo lejos. Cedió un poco cuando lo empujó.

Lo examinó, sin encontrar resorte alguno. Pero encontró dos ranuras pequeñas a los lados, cerca de la extremidad inferior. Introdujo los dedos en ellas y tiró hacia arriba. El entrepaño se alzó silenciosamente, sin dificultad. Con toda seguridad tenia contrapesos ocultos por el otro lado.

Se metió por la abertura; luego volvió a cerrar. Resultaría menos peligroso, si andaba alguno de los hombres del Grande Rojo por el camino.

Se hallaba sobre una plataforma cuadrada, hecha de gruesos tablones de madera. Comprendió de que se trataba al ver el hueco y la polea que había por arriba y la enorme rueda al lado derecho. Era un montacargas de los que se hacen funcionara mano. La plataforma no parecía lo bastante grande para una diligencia de cuatro caballos. Pero, probablemente, se dijo, bajarían los caballos solos primeros y luego el vehículo. Se podía hacer descender, silenciosamente, la plataforma, dando a la rueda de la derecha. Arriba, había unos cilindros con cables de acero. Pete descendió y por el camino, oyó el rumor de agua debajo de él.

Se dio cuenta que se trataba de la corriente subterránea de algún río seco. Muchos ríos de Arizona están secos la mayor parte del año, salvo por debajo del lecho. Algunos rancheros hacen pozos, a veces, en el lecho del río, para aprovechar la corriente subterránea para el riego.

El agua helada le llegó más arriba de las botas de montar cuando llegó al río. Era muy estrecho y las riberas eran rocosas y escarpadas. Hubiera resultado imposible hacer pasar una diligencia por aquellas orillas, con que supuso que la llamada diligencia fantasma debía de ir por el propio lecho del río. Empezó a alejarse del hueco del montacargas.

El río se hizo más ancho después de dos o tres minutos de vadear por él. Pete pudo observar que el terreno, a ambos lados, era una masa de rocas y promontorios-un terreno desprovisto por completo de vegetación y rodeado de enormes paredes de roca. Era el terreno en que, muchos años antes un terremoto había obligado a los ingenieros del ferrocarril Unión Pacifíc a cambiar la dirección de los rieles en una distancia de cerca de veinticinco kilómetros.

El resultado de la conmoción veíase en las peñas amontonadas en el fondo de aquel enorme cuenco de roca. Era probable que ningún hombre hubiese pisado aquel terreno rocoso en muchos años, cuando el Grande Rojo había descubierto, Dios sabe cómo, sus posibilidades, decidiendo usarlo como guarida. Pete se detenía de vez en cuando y se agazapaba en el agua, hasta tener solo fuera la cabeza. Oía vagos ruidos no muy lejos delante de, él. Martilleos, golpes fuertes... Y ocasionalmente, el sonido de alguna voz.

Hasta donde había llegado, sin embargo, el extraño camino acuático no estaba vigilado. Sin duda, los que se hallaban allí se creían seguros. El propio sheriff no hubiera soñado siquiera con la posibilidad de la existencia de aquel lugar, de no haber visto la diligencia fantasma aquella noche.

Avanzó con cautela y, aunque la oscuridad era bastante profunda, pudo ver por las huellas de pisadas de caballo y los surcos de las ruedas, que la diligencia habría ascendido por fin, la ribera y seguido por un sendero cubierto, ligeramente, de tierra.

El sendero se internaba por un túnel corto, abierto en la tierra y apuntalado con postes semejantes a los usados en las minas. Al otro extremo del túnel había una grosera cabaña de madera. Tenía aberturas a modo de ventanas, por las que se escapaba luz-la de una linterna con toda seguridad-que daba sobre el sendero un poco más allá del túnel.

De pronto, salió un hombre de la cabaña y echó a andar en dirección a Pete Rice. Era un hombre alto. Llevaba sombrero negro de fieltro, pañuelo encarnado al cuello, camisa a cuadros y botas de minero. Y... ¡un revólver del 45 a cada costado!

Pete comprendió que había sido descubierto, porque el hombre sacó uno de sus revólveres en el preciso momento en que el sheriff se metía detrás de un montón de tabloncillos que había cerca del túnel.

-¿Qué hace usted ahí?-gritó el desconocido-. ¿Quién es? ¡Salga de ahí ahora mismo!

CAPÍTULO XV
EL QUÍMICO

Un solo pensamiento ocupaba la mente de Pete Rice: ¡era preciso que aquel hombre no disparara! Pete estaba mejor situado que el otro, desde cierto punto de vista. Estaba parapetado mientras que el otro se hallaba al descubierto. Si el otro disparaba, el sheriff tenia probabilidades de salvarse, puesto que los tabloncillos le protegían en parte; mientras que, si disparaba él, podría matar al desconocido sin dificultad.

No obstante comprendía que si disparaba, podía darse por perdido. La detonación llegaría a oídos de algún otro secuaz del Grande Rojo. El disparo serviría para dar la alarma. Empezarían a salir hombres de donde se hallaran. Hasta era posible que hubiera otros dentro de la cabaña aquella. Pete Rice sería capturado. No podía esperar salvarse.

-¡No apriete el gatillo, amigo!-gritó-. Si dispara es usted hombre muerto. Aquí estoy seguro. Usted está al descubierto. Y... ¡fíjese en esto!

Asomó la mano izquierda armada de un revólver. Era una situación como para hacer vacilar a cualquiera. El hombre siguió apuntando a la pila de tabloncillos. No disparó. Pero tampoco soltó el revólver. Era un caso de tablas.

La mano del desconocido se mantenía firme como una roca; pero en sus ojos brillaba el temor. No le hacia falta tener mucha inteligencia para darse cuenta de que llevaba las de perder.

Por otra parte, sin embargo, debió de comprender que su adversario no dispararía, salvo como último recurso. Debía de ser un extraño y comprender que el ruido de un disparo sería su perdición.

El cerebro de Pete funcionaba a toda marcha. Su mirada se posó, unos segundos en los tabloncillos. ¡Si hubiera en aquella pila un trozo de madera de un tamaño razonable! Pero no lo había. Eran todos demasiado largos.

-Dé usted un grito-amenazó Pete sombrío-, y no volverá a gritar más en este mundo. ¡Suelte ese revólver!

El otro era valiente. Se jugaba la vida, en la suposición de que su adversario no se atrevería a disparar.

-Y yo le digo a usted que suelte el suyo-replicó-. Puede matarme, lo confieso. Pero no logrará salir de aquí con vida. Al primer disparo acudirá una docena de hombres a ver que pasa.

-Llegarán demasiado tarde para salvarle la vida. Voy a seguir apuntándole. ¿Qué piensa usted hacer?

Apuntaba derecho al corazón del minero con el revólver que tenía en la mano izquierda. Y entretanto, tenía la derecha ocupada en otra cosa.

Recordó su lucha con el mejicano en el tejado del hotel de Desolación. En aquella ocasión, le había resultado muy útil la bota. ¿Por qué no había de serlo otra vez? Si podía pillar por sorpresa al otro, tirar la bota, arrancarle el revólver de la mano...

-No sea usted tonto-prorrumpió Pete Rice. Hablaba para ganar tiempo. Ya se había quitado la bota. La tenía asida, fuertemente, en la mano derecha. Intentaba medir la distancia que le separaba del otro.

-Si no me suelta ese revólver...

¡Pam!

La bota del sheriff salió por el aire. Le alcanzó al hombre en el sobaco derecho. Era una bota pesada; de vaquero e iba impulsada por la mar de fuerza. A continuación, saltó Pete por encima de la pila de tabloncillos. Se había movido con tanta rapidez, que cayó sobre el hombre antes de haberse dado cuenta que el golpe de la bota le había hecho caer el revólver.

Pete había soltado su propio revólver antes de saltar. No quería correr el riesgo de que el otro se apoderara de una de sus armas e hiciera un disparo, como señal. Inmediatamente le sacó el otro revólver al otro, de la funda y lo tiró al otro lado del túnel. Recibió un enorme puñetazo en la mandíbula mientras lo hacia. Se le doblaron las piernas.

-¡Crac!

El otro le descargó un golpe en la mejilla. Estaba dando puñetazos a tontas y a locas. Hasta hallarse cerca de él, Pete no se había dado cuenta del tamaño del minero. Era casi tan grande como Teeny Butler o Spang Riker.

¡Crac!

El desconocido volvió a darle en la mandíbula. Pete se tambaleó; pero logró rehacerse y se abalanzó sobre su adversario, cuando éste se agachaba para intentar coger el revólver del suelo. Le tapó la boca con la mano. El otro le clavó los dientes y alzando la cabeza, embistió al sheriff, dándole con fuerza en la barbilla. Pete quedó como aturdido.

Sacudió la cabeza para despejársela. El minero tenia la boca abierta, dispuesto a dar el grito de alarma. Pero un tremendo golpe al estómago le dejó sin aliento. Pete le dio otro en el mismo sitio, doblándole. El tercer puñetazo el enderezó otra vez y le derribó.

No se paró Pete a mirar si había perdido el conocimiento o no. Le quitó el pañuelo que llevaba al cuello y unos segundos después, el hombre estaba amordazado. Le ató luego y le tiró detrás del montón de tabloncillos. Amontonó unos cuantos trozos de madera por el otro lado, para que el prisionero no fuese descubierto si pasaba alguien por allí.

A continuación, se guardó los dos revólveres del hombre, enfundó los suyos y avanzó cautelosamente hacia el edificio del que salía luz. Se agachó y atisbó por una de las aberturas.

Se componía la cabaña de un solo cuarto, rústicamente amueblado. Había un hombre de espaldas a la ventana. Se hallaba junto a una especie de banco de trabajo. Se volvió para alcanzar ciertas substancias químicas que había en un estante, detrás de él. Pete vió, durante unos segundos, un perfil benigno, unos lentes y camisa y cuello bastante sucio.

Se le abrieron, desmesuradamente los ojos. Rara vez se le despintaba un semblante. Y aquel rostro no lo era desconocido. Había visto a aquel joven de los lentes en el Traveler's Hotel de Desolación, durante su primer viaje allá para celebrar una entrevista con el sheriff Gabe Blake. El joven se había hallado en el hotel con su madre.

Pete había tenido entendido que se trataba de un joven químico, recién salido de la Escuela de Minas de Boulder, Colorado y que era especialista en el análisis de minerales. Pete hubiera jurado que aquel muchacho era honrado. Y... ¡he aquí que se hallaba trabajando, tranquilamente, en la guarida de ladrones y asesinos!

Estaba cargando un crisol con mineral y productos químicos. El procedimiento le era muy conocido al sheriff, que se había criado junto a poblaciones mineras. El fundido y demás operaciones se efectuarían con toda seguridad, al día siguiente. Pero... ¿qué hacía allí aquel joven de semblante humilde y sufrido?

Eso era fácil de averiguar. Pete miró hacia el túnel y luego hacia adelante. Seguía oyendo golpes; pero no se veía un alma. Se llevó las manos a los revólveres. Se acercó a la puerta, avanzó de puntillas hacia el banco y apuntó al joven.

-¡Manos arriba!-ordenó-. Y... ¡aprisa!

El joven tuvo un sobresalto y dió media vuelta. Alzó las manos en seguida. El terror brillaba en sus ojos azules, tras los gruesos cristales de los lentes-un terror que pronto se trocó en alegría. Sus ojos se clavaron en la estrella que llevaba Pete, prendida a la camisa.

-¡Si... si le vi a usted en Desolación... –balbuceó-. ¡Si... si es usted el... el sheriff!

-Lo adivinó a la primera-contestó Pete.

-Y... ¿y logró pasar sin ser visto por el centinela? Ese hombre alto de los revólveres que...

-Sigue siendo alto; pero no tiene revólveres ya. Está atado allá en el túnel.

El joven se estremeció a impulsos de la tensión nerviosa que experimentaba.

-¡Gracias a Dios!-exclamó-. ¡Gracias a Dios!

Y, luego con gran asombro de “Pistol” Pete, cayó al suelo desmayado.

“Pistol” Pete Rice sacó un vaso de agua del cubo que había sobre el banco, y reanimó al químico. Este seguía un poco desmadejado; pero su rostro reflejaba considerable entereza.

-Me avergüenzo de haberme desmayado de esta forma tan estúpida-dijo-. No volverá a ocurrir. Pero la sacudida fue demasiado fuerte para mi. De todos los habitantes de Norteamérica, sheriff, era usted el que más ganas tenia yo de ver. Pero nunca creí que volviera a ver un hombre honrado.

Pete estudió el rostro débil, pero bondadoso del químico. El sheriff de la Quebrada del Buitre no era hombre de fácil engañar. Era muy posible que aquel muchacho estuviese fingiendo, para mejor hacerle caer en una trampa. Pero Pete no se inclinaba a creer que fuera tal el caso. Aquel desmayo había sido verdadero; había dejado al químico pálido y débil.

El sheriff se sentó junto al banco, mientras el otro le contaba su historia. Tenia las manos posadas en las fundas de sus revólveres. No tenia la menor intención de dejarse sorprender por ninguno de los secuaces del Grande Rojo.

-Me llamo Fawcett-dijo el químico. Consultó su reloj-. No creo que tengamos nada que temer hasta dentro de una hora aproximadamente. Ese guardián mío, el que usted ha atado, no será relevado hasta entonces.

Se sentó en el banco.

-Sheriff, tendrá usted que creerme cuando le diga que yo no estoy en liga con estos criminales. Confieso-agregó con franqueza-, que quería ganar un poco de dinero fácil; pero no tenía la menor intención de trabajar con bandidos.

Pete movió, afirmativamente, la cabeza.

-El dinero tiene que ser amasado con sudor para que sea bueno, muchacho-dijo-. Cuando no se amasa con sudor, las más de las veces se amasa con sangre. Personalmente, prefiero el primero de los dos.

-¡Igual haré yo... si logro salir de esta con vida!-aseguró Fawcett con fervor.

La historia que le contó a Pete resultaba convincente. Había contestado a un anuncio de Denver, en el que se solicitaba un químico analítico joven. Le habían contestado, enviándole el importe del viaje hasta Tucson, Arizona, donde había de entrevistarse con el interesado. Tanta había sido su alegría, que hizo que su madre le acompañara.

En Tucson le había recibido un hombre alto, bien presentado, que le había ofrecido un buen sueldo si «sabia tener la boca bien cerrada».

Pete se preguntó si el hombre alto habría sido el abogado, Tendal. No hizo preguntas, sin embargo. Comprendió que, había sido Tendal, se habría presentado bajo un nombre supuesto.

A medida que hablaba Fawcett, se leía la sinceridad en su semblante. Confesó que creía se trataba de un negocio no limpio del todo. Pero el buen sueldo ofrecido le hizo caer en la tentación y no tenía la menor idea de que se estaba asociando con criminales de profesión.

-Quería hacer cosas muy grandes-dijo-, y ganar dinero aprisa. Llegué a Desolación en compañía de mi madre. Luego, cuando vi la vida que hacía la gente de la población, mandé a mi madre a Denver otra vez.

A la noche siguiente se le dijo que se preparara para marchar a la mina. Le habían llevado, entonces, a la guarida de los criminales. Se le había puesto a hacer análisis de diversas muestras de mineral. El último lote, según análisis, tenía el asombroso contenido de unos doscientos dólares de oro por tonelada.

Los ojos de Pete brillaban. Ya sabia donde habían ido a parar los cargamentos de mineral desaparecidos.

-Me di cuenta muy pronto –prosiguió Fawcett-, que la persona que me había empleado tenia motivos para no desear utilizar los servicios de un químico analítico oficial. Quería un hombre que tuviese la educación técnica que tengo yo; un joven al que fuera fácil engañar. Y comprendí que una vez aquí dentro, no volvería a salir con vida. Una vez que me hubieran usado, me cerrarían la boca para siempre.

-Aquí será, seguramente, a donde han ido a parar los mineros desaparecidos-murmuró Pete.

-A docenas han llegado aquí-aseguró el químico.

Explicó que muchos de los mineros secuestrados habían llegado a la guarida después que él. Se les obligaba a trabajar en la construcción de un túnel que conduciría a un valle escondido. El jefe tenia la intención de alzar allí unas trituradoras-según había oído decir-para convertir luego el mineral en lingote y sacarlo, en secreto, de la región.

Pete supo, entonces que los golpes que había oído eran los dados por los mineros que trabajaban allí obligados.

-Supongo que no habrá visto usted al jefe supremo desde que está aquí, ¿verdad?

Fawcett movió negativamente, la cabeza.

-No; pero tengo entendido que hace visitas a este lugar, a intervalos. El más, creo que ha de venir aquí mañana por la noche.

Pete recordó la figura de Alvin Merchant, al que había visto sentado en el pescante de la diligencia fantasma.

-¿Está usted seguro de no haberse equivocado de fecha?-inquirió-. ¿No sería esta noche cuando había de venir?

-No; estoy completamente seguro de la fecha. Estaba hablando con mi vigilante... el hombre ese al que ató usted... hace cosa de una hora. Intentaba asustarme y confieso que logró salirse con la suya. Dijo que el jefe supremo tal vez decidiera hacerme matar mañana por la noche... que ya no le serviría de gran cosa.

-¿Ha oído usted hablar alguna vez de Alvin Merchant? ¿Hay posibilidad de que Merchant pueda ser el Grande Rojo?

-¡Caramba! ¡Cualquier cosa es posible en un sitio como este!-contestó Fawcett-. Vi a Merchant una vez nada más, en Desolación. Pero el hombre que me contrató en Tucsón me avisó que debía de tener cuidado con la lengua, sobre todo en presencia de Alvin Merchant.

Pete mascaba goma rápidamente. Y reflexionaba. Semejantes órdenes bien pudieran ser una simple estratagema-o podían querer decir que Merchant, después de todo, no era más que lo que pretendía ser. Pero... ¿por qué se había hallado aquella noche en la diligencia fantasma? Y... ¿por qué había disparado contra Pete cuando éste le persiguió desde Fishtal Creek?

-¿Cuántos hombres hay aquí. Fawcett?

-No sé cuantos mineros secuestrados hay. Hay un par de docenas de criminales.

-Ese hombre alto al que yo he hecho prisionero... ¿Cree usted que habría mucho jaleo si desapareciese?

Fawcett reflexionó.

-No estoy muy seguro. Dicen que a veces se larga y se emborracha... aunque no acostumbra hacerlo cuando está de guardia. Es muy borracho; pero un tirador como pocos, conque le pusieron para que me vigilara. Siempre está en esta cabaña conmigo o en el túnel, por donde tendría yo que pasar si intentara huir.

Pete le dió una palmada en el hombro al joven.

-Muchacho-dijo-; tiene usted una ocasión de serle de mucha utilidad a la Ley. Si puede inventar cualquier excusa para que no echen de menos a su guardián, tengo un plan para echar el guante al Grande Rojo. ¿Tiene usted valor suficiente para aguantar aquí veinticuatro horas más?

El joven tragó saliva.

-Me dijo usted-le recordó al sheriff-, que «quería hacer cosas grandes». Jamás tendrá la ocasión de hacer cosa mayor que esta. Puede seguir haciendo un trabajo aquí. No es preciso que pretenda usted saber lo que ha sido de su centinela. Es más posible que cobre usted méritos a los ojos de estos criminales por no haberse escapado cuando se dió cuenta de que había desaparecido su guardián.

El joven tendió la mano.

-He oído hablar mucho de usted, sheriff Rice. Me parece que no puedo equivocarme trabajando con usted.

-No olvide muchacho-recordó Pete-, que yo no le obligo a que quede. Sólo se lo pido como favor. Si quiere puede correr riesgos conmigo e intentar escapar esta noche. Pero si se queda, le garantizo que le sacaré de aquí sano y salvo... a no ser que me muera yo entretanto. Y, cuando salga usted de aquí, tendrá trabajo como químico analítico de un minero de verdad y no de un criminal.

-¡Me quedo!-decidió Fawcett.

-Bien hablado. Ahora es preciso que escondamos al prisionero. Va a pasarlo bastante incómodo unas cuantas horas. Pero es muy probable que, durante su existencia, haya hecho pasar muchas malas horas a otra gente.

Encontraron un sitio donde meter a su prisionero-debajo de la cabaña del químico. Este último le ayudó al sheriff a transportar al hombre. Pete le apretó más la mordaza, volvió a atarle con trozos de cuerda y recogió su lazo, que era lo que había empleado antes para sujetarle.

Luego decidió no correr más riesgos de momento. Estrechó la mano del químico y se dirigió de nuevo, al montacargas. Subió, gateando, por el cable de acero; salió por la puerta corrediza; echó el lazo a una peña y cruzó el precipicio de nuevo. Estaba extenuado; pero muy satisfecho. Estaba seguro de que no tardaría en aclarar el misterio de Desolación.

A primera hora de la mañana se colaba en su despacho del poblado. Nada había ocurrido en su ausencia, salvo que un joven, que decía llamarse Brady Cimarrón, sobrino de Tim McHugh había llegado, procedente de Tombstone.

Pete tropezó con él en el salón de la Pepita Dorada y fue presentado por el propietario, hombre con paperas, de ojos incapaces de mirar cara a cara, que llevaba una gran pepita de oro colgando de la cadena del reloj, como amuleto.

El sheriff fue a la estafeta de correos y se encontró una carta de su madre. Su mirada se dulcificó al leerla. Su madre y la Ley eran las dos cosas que más le interesaban en el mundo.

Estuvo muy ocupado, casi todo el día, atendiendo a la rutina inherente a su cargo y en su rostro se leía la fatiga cuando convocó una reunión aquella noche en su despacho. Asistieron Bedrock Dangler, Walt Service, Flint Jackford y otra media docena de propietarios de minas.

Pete hizo su informe; pero no un informe completo. Habló de su captura por bandidos la noche anterior y de como había hecho prisioneros a los que habían salido con vida de la pelea. Pidió sugerencias, la cooperación de los ciudadanos y un poco de paciencia.

Bedrock Dangler sugirió que los propietarios de minas contribuyeran el dinero necesario para importar más policía que le ayudase a limpiar el poblado. Flint Jackford se mostró entusiasta del plan.

-Está usted haciendo una labor magnífica aquí, sheriff-dijo;- pero aun queda mucho que hacer y es evidente que está usted trabajando más de la cuenta.

En el rostro cansado de Pete se dibujó una sonrisa.

-La gente que más trabaja y la que menos cobra es la que no hace nada-dijo-. No me importa el trabajo extraordinario. Me parece que mis ayudantes y yo obtendremos buenos resultados si nos dan ustedes alrededor de un par de semanas.

Bostezó.

-Confieso que estoy completamente agotado esta noche, sin embargo- agregó-. Tengo la intención de acostarme en cuanto ustedes se marchen.

Rafe Morgan, el conductor, entró antes de que se hubiera desbandado la reunión.

-Tenemos otro cargamento de mineral que transportar a Mineral Point, sheriff-dijo-. Me preguntaba si no sería mejor que usted y sus ayudantes nos acompañaran.

Pete volvió a bostezar.

-¿Qué opina usted, Rafe?-preguntó.

-Pues... solo llevamos tres vagones. Claro que se trata de mineral de alta calidad, de la mina de Tim McHugh. Le advierto que no me da miedo intentar el viaje solo. No creo que los bandidos se preocupen de tres miserables vagones. Pero cumplo las órdenes que usted me dió. Me dijo que le avisara en cuanto fuese a salir un cargamento de mineral par Point.

Pete vaciló.

-¿Tiene usted un hombre de escolta para su carreta?

-Sí; Dan Pagan. Irá sentado a mi lado con su escopeta. El policía de la mina irá en la carretera de atrás.

-En tal caso, no creo que tengan ustedes ningún mal encuentro-decidió Pete.

Empezó a desabrocharse las botas.

-Es una muestra de mala educación-dijo, riendo-: pero no hay quien pueda pasarse sin dormir. Y en este preciso momento, mi cama me va a parecer el Paraíso Terrenal. Empezó a quitarse la camisa antes de que se hubiera marchado el último de los hombres. Cerró la puerta con llave. Y entonces, bruscamente, desapareció de su rostro la expresión de fatiga. Miró por la ventana.

Sus recientes visitas se alejaban. Vió a Bedrock meterse en el despacho de Tendal, en cuya ventana aún se veía luz. Pete sacó la carta de su madre del bolsillo y empezó a leerla de nuevo. Sus ojos grises se empañaron un poco al leer:

«Querido hijo mío:-Espero que estarás de vuelta en Quebrada del Buitre muy pronto. Las cosas no han ido tan bien como de a costumbre desde que os fuisteis tú y tus ayudantes. Hubo tiros en la calle principal a anoche. Gabe Blake va muy bien-no es a que yo quiera decir lo contrario-pero tal a vez no sea más que vanidad de madre el creer que nadie puede guardar el orden a aquí como tú. Dios te guarde, hijo mío. Ten todo el cuidado que sea posible. Las oraciones de una madre te siguen. Dales recuerdos de mi parte a Teeny y "Miserias". Estoy haciendo un poncho de pieles de conejo para cada uno de ellos; pero a no se lo digas, porque quiero darles una sorpresa.

«Muchos abrazos de tu madre».

Pete leyó por tercera vez la carta. Las manos de su madre habían tocado aquel papel. Sonrió con cierta tristeza.

«Espero que estarás pronto de regreso en Quebrada del «Buitre» leyó. Se quedó un rato inmóvil, pensando. Existían muchas probabilidades de que no volviese nunca a la Quebrada.

Porque estaba a punto de intentar una de las empresas más peligrosas de su vida. Y era muy posible que hallara, en ella, la muerte. Y era posible que ni «Miserias» ni Teeny pudieran usar jamás los ponchos de piel de conejo, que estaba preparando su madre. También ellos estaban corriendo graves riesgos antes de que hubieran transcurrido muchas horas.

Sin embargo, así era como se hacía respetar la Ley. ¡La Ley! Sólo cuando la Ley reinara en Desolación, volverla, Pete Rice a la Quebrada del Buitre. Sólo entonces se presentarían Teeny y "Miserias" a recoger aquellos ponchos. Si la Ley caía de su trono, "Pistol" Pete Rice y sus ayudantes caerían con ella.

Aquel era su trabajo-el luchar contra el crimen, el arriesgar la vida, a fin de que la gente honrada pudiera vivir en paz y con seguridad.

CAPÍTULO XVI
LA HORDA DE BANDIDOS

En la oscuridad de una noche sin luna, el tren de carretas de Rafe Morgan, avanzaba por el camino que conducía de Desolación a Mineral Point.

Las carretas iban bien cargadas. El mineral se alzaba como en colina en el centro de cada carga. La cubierta de lona, atada fuertemente por encima, impedía que se cayese.

Rafe aún llevaba vendado el hombro, de resultas del ataque de los bandidos la vez anterior que condujera un cargamento del precioso mineral. Manejaba las riendas con cierta rigidez; pero fumaba su pipa tranquilamente como si se hallasen sentado en su cabaña de las afueras de Desolación.

Dan Fagan, el hombre de escolta, iba sentado junto a Rafe. En la carreta de en medio no iba nadie más que el carrero. En la última, iba un policía de la mina, además del conductor.

Fagan era nuevo en Desolación. Había heredado el empleo del malogrado Tate Quentin. De mandíbula cuadrada y ojos azul acero, tenía fama de no conocer el miedo. Era el primer viaje que hacía de Desolación a Minel Point y sentía la importancia de su cometido.

-Si nos atacan esta noche, Rafe-le dijo a su compañero-, no voy a disparar hasta que se me ponga tan cerca un bandido que hasta un ciego pudiera darle. Luego le voy a quitar la cabeza de los hombros con una carga de perdigones. Me inspiran tan poca piedad esos asesinos, como una serpiente de cascabel.

Rafe Morgan chupó, tranquilamente su pipa.

-Tal vez hayan escarmentado los bandidos desde que Pete Rice empezó a zumbarles-replicó con calma-. Claro está que uno nunca puede estar seguro de...

No acabó la frase. Un disparo de rifle le interrumpió. Una bala le pasó silbando por encima de la cabeza. Echó el cuerpo hacia atrás, tirando de las riendas para dominar a los caballos, que se habían encabritado.

Por el lado izquierdo, bien apartada del camino, se veía una verdadera horda de bandidos. Debía de ser veinte o más.

Dan Fagan comprimió los labios y sus ojos despidieron chispas.

-Puede ser que sean demasiado numerosos para que acabemos con ellos- dijo-; pero... ¡ahí va la cabeza de uno de esos tipos!

¡Pum! Su escopeta escupió fuego; pero los bandidos no se detuvieron. Dan masculló una maldición y echó mano a la otra escopeta que tenía junto al asiento. Rafe Morgan se la arrancó de las manos.

-¡Es inútil! ¡Dan! ¡Entreguémonos!-suplicó-. ¡Son demasiados!

Dan Fagan forcejó con él.

-¡Suelta esta escopeta!-aulló-. ¡Déjamela! ¡Maldita sea tu estampa! ¡Casi están aquí ya! ¡Nos harán prisioneros!

-No, Dan-insistió Rafe-; te digo que, en un caso como éste, lo mejor que podemos hacer es entregarnos, antes de que nos llenen el cuerpo de plomo.

Logró arrancarle la escopeta y la tiró al suelo.

-¡Manos arriba!-gritó una voz en la oscuridad-. ¡Manos arriba todo el mundo, o tiraremos a matar!

Lentamente siguió Dan Fagan el ejemplo de los otros cinco hombres que acompañaban al tren de carretas. Pero sus ojos despedían chispas. Soltó una maldición.

-¡Maldita sea tu estampa, cobarde!-le gritó a Rafe Morgan-. ¡Me habían dicho en Desolación que eras un hombre!

Escupió, como si hubiera paladeado algo desagradable.

-¡Dios quiera que me maten!-gruñó-. ¡Vaya si lo deseo! ¡No quiero vivir después de haber estado sentado junto a un cobarde, sangre de horchata medio hombre como tú!

-¡Eh, amigo! ¡Basta de hablar!-ordenó, secamente, una voz al pie de la carreta-. Cierra el pico o te lo cerraré yo.

Un hombrecillo de sombrero blanco, estaba apuntándole al corazón con un revólver del 45.

-¡Bajaos todos!-ordenó.

-Apéate, Dan-le aconsejó Rafe-. Nada se adelanta con hablar ahora. Día llegará, tal vez, en que me des las gracias por haber obrado como obré. Eran demasiados. No hubiéramos logrado salir con vida si hubiéramos ofrecido resistencia.

Hosco y silencioso, Dan saltó al suelo. Los demás hicieron lo propio. El cargamento de mineral se había entregado sin haberse hecho más que un disparo en su defensa, y aún aquel disparo no había tocado a nadie

Los bandidos rodearon su paso. El hombrecillo del sombrero blanco parecía el jefe. Los demás eran casi todos mestizos, cuyo rostro apenas se veía bajo las anchas alas de sus sombreros. Se burlaron de los hombres a quienes tan fácilmente habían hecho prisioneros.

-Nunca hemos dado un golpe tan fácil como éste-observó el hombrecillo con desdén.

Le dió un codazo a Rafe y luego le dió en la cara con la palma de la mano.

-¡Eh, tú! ¡Vuélvete a subir a tu asiento! Vas a seguirnos a campo traviesa.

Se volvió hacia sus pistoleros.

-Registrad a todos los hombres por si llevan alguna arma oculta. Luego hacedles subir a sus carretas y subid dos de vosotros con ellos y no les perdáis de vista.

La orden fue obedecida. Rafe Morgan ocupó el pescante de la primera carreta. Dan Fagan atado, fue echado junto a él. El tren de carretas se puso en marcha de nuevo. El hombrecillo del sombrero blanco cabalgaba delante y los demás bandidos, detrás.

-Usted sígame-le dijo el jefe a Rafe-. Tuerza cuando yo lo haga. Tengo hombres de guardia por toda esta región. No existe la, menor esperanza de que les salve a ustedes nadie. Conque... ¡cuidado con intentar nada!

Rafe no contestó. Se limitó a seguir al bandido, conforme se lo había ordenado. Después de haber recorrido cosa de media milla, llegaron a un río ancho pero poco profundo. Rafe se mostró sorprendido cuando le ordenaron que se metiera por él.

No había ignorado la existencia de aquel río; pero siempre lo había conocido lleno de peñascos agudos. Era evidente, que los bandidos habían quitado, no hacía mucho, todos aquellos escollos. Se iba por el lecho del río casi tan bien como por el camino. No cabía la menor duda de que se trataba de uno de los caminos secretos de los malhechores.

Como hombre de experiencia, Rafe comprendió el valor de semejante camino, para evitar que le siguiera a uno el rastro. La corriente haría desaparecer en seguida las huellas de

las pisadas de los caballos. Hasta borraría al cabo de un par de horas, los surcos de las ruedas de las carretas. Para cuando amaneciera, nadie podría descubrir que el cargamento de oro había tirado por allí.

El río se deslizaba junto a la escarpada cara de un farallón durante una milla o dos, luego tiraba a la izquierda. Un bandido se había sentado junto a Rafe en la primera carreta y satisfacía sus instintos malvados metiéndole el cañón del revólver en las costillas a intervalos.

Guiado por los pinchazos del hombre, Rafe condujo la carreta fuera del agua. Los caballos empezaron a subir por una pendiente. El camino los condujo, por fin, a la loma.

Siguió la loma cerca de un cuarto de milla; luego le ordenaron a Morgan que tirara hacia la derecha.

-Pero... ¡si hay un precipicio a la derecha!-protestó.

-¡No haga preguntas ni comentarios! ¡Tire a la derecha! !Deténgase al borde del precipicio!

El carrero obedeció. Se oyó rechinar algo en el farallón del otro lado del abismo. Unos momentos después, algo pesado cayó al suelo cerca del primer caballo. Siguieron varios golpes más.

Gruesas vigas de madera-tal vez reforzadas con hierro-habían sido pasadas desde el otro lado del precipicio. Cayeron una al lado de la otra, hasta formar un puente fuerte, lo bastante ancho para que pasara una carreta.

Uno de los bandidos azuzó a su caballo para que subiera al puente y no tardó en perderse de vista. Otros dos le siguieron.

-Ahora, cruce con la carreta-se oyó la orden.

Rafe y Dan Fagan se quedaron en la carreta mientras uno de los bandidos asía de las riendas de los caballos y hacia cruzar el vehículo. Un solo paso en falso y caballo, carreta, mineral y prisioneros se hubieran estrellado. Pero la carreta llegó por fin sana y salva al otro lado.

-Ahora... ¡apéese!-ordenó el jefe.

El carrero obedeció.

-Usted entiende de caballos. Haga retroceder la carreta poco a poco. Póngala sobre esa plataforma. Luego, desenganche los caballos.

Rafe vaciló un momento. No estaba acostumbrado a hacer maniobrar caballos en tan fantásticas condiciones.

-¡Dese prisa!-rugió el bandido.

Alzó el brazo y le pegó a Rafe un puñetazo en la oreja. Pero éste nada dijo. Logró colocar la carreta sobre la plataforma. Vió que tres o cuatro hombres hacían funcionar la rueda de la derecha. La plataforma se hundió, con la diligencia, despacio y silenciosamente. Tras unos momentos volvió a elevarse para recoger los caballos.

La media hora siguiente fue una pesadilla para Rafe Morgan. Ayudó a pasar las dos carretas restantes. Cuando todo el tren hubo llegado abajo, los caballos fueron enganchados de nuevo. Las carretas echaron a andar- lentamente por el lecho de un río, mucho más estrecho que el que habían recorrido anteriormente.

El río se fue haciendo, gradualmente, más ancho. A lo lejos, delante de ellos, se oía el ruido de martilleo. El jefe dió la orden de que Rafe hiciera salir la carreta por la ribera de la derecha. Así lo hizo el carrero.

El sendero serpenteaba por un túnel, a cuya salida había un hombre de guardia, armado con un rifle, ante una rústica cabaña. Rafe echó una mirada al interior. Un joven con lentes se hallaba ante un banco. Dirigió una mirada al tren de carretas y luego prosiguió su trabajo. El camino seguía por entre dos montículos pequeños. El ruido de golpes y martilleo sonó más cercano.

Rafe observó una cabaña pequeña junto a la que había una pila de mineral más alta que el edificio.

-¡Alto!-ordenó el jefe de los bandidos.

Morgan detuvo el vehículo. Un hombre, con una carabina, salió de la cabaña.

-¡Hola, Kid!-dijo saludando al jefe-. ¿Cuántos aspirantes a minadores-zapadores traes esta vez?

-Cinco-replicó el hombrecillo-, y tres carretas de mineral. Te entregaré estos tipos ahora mismo. Tengo yo otro trabajo que hacer. ¿Cómo va el túnel?

-Bastante bien. Irá mucho mejor, de todas formas, cuando agregue estos cinco picapedreros al grupo de trabajadores. ¿Va a venir el jefe?

El hombrecillo estaba haciéndose un cigarrillo.

-Sí; pero primero tengo que avisarle de que no hay novedad. Volveré con él. Más vale que tengáis descargado el mineral para entonces.

-Eso déjalo por mi cuenta. Hasta luego, Kid.

-Hasta luego.

El jefe se volvió hacia los dos bandidos que le habían acompañado, con el tren de carretes, a la guarida.

-Vamos, muchachos-dijo-. Y a habéis acabado por esta noche. Marchaos de aquí y emborrachaos, si queréis.

Los bandidos se dirigieron al montacargas. El centinela quitó a Rafe de un empujón con la carabina. Había desenvainado un cuchillo, echándoselo al carrero.

-Corta las cuerdas de los que están atados. Tengo trabajo para ellos. Date prisa. Y si intentas hacer alguna tontería con el cuchillo, te abriré ventanas en el cráneo

-No pienso hacer tonterías con él-aseguró Rafe-. Voy a hacer exactamente lo que tú me has dicho.

Cortó las cuerdas que sujetaban a Dan Fagan y a sus compañeros. El centinela se retiró unos pasos, con la carabina al hombro.

-Ahora-dijo-, échame ese cuchillo. Luego os diré dónde tenéis que poneros a trabajar. Creéis haber trabajado en vuestra vida, ¿eh? ¡Pues ahora vais a saber lo que es trabajar de verdad!

Rafe echó el cuchillo por el suelo hacia el centinela, que lo recogió y se lo metió en el cinturón.

-!Bueno!-exclamó-. ¡Poneos en fila! Vais a empezar por descargar este mineral. Luego os llevaremos más o menos a un cuarto de milla de aquí, donde se está haciendo el túnel.

Estaba de espaldas a la carreta. La fila de prisioneros se hallaba delante de él. De pronto, silenciosamente, un hombre alto y huesudo salió de debajo de la primera carreta. No llevaba sombrero. La cabellera lisa, castaña, le caía por encima de los grises ojos, que en aquel momento tenían una mirada acerada.

Dos pasos, luego un salto, y llegó junto al centinela. Alzó un revólver, de culata de nácar. El centinela giró sobre sus talones, a tiempo para recibir un terrible culatazo en la cabeza. Cayó, quedando tan inmóvil como si estuviera muerto.

Porque «Pistol» Pete Rice había pegado fuerte. No había más remedio. Más valía correr el riesgo de matar a un asesino que poner en peligro la vida de la gente honrada que había sido hecha prisionera. Pete Rice le arrancó la carabina de las manos al hombre.

-Bueno, muchachos-dijo en voz baja.

Hicks «Miserias» y Teeny Butler salieron de debajo de las carretas, donde les había atado Rafe Morgan hacia horas.

-¡Retuétano!-exclamó «Miserias»-. Debías de ser actor, Rafe. Lo hiciste la mar de bien.

Dan Fagan se quedó boquiabierto. Como era nuevo en Desolación, era el único al que no se había dicho una palabra de aquella estratagema. El propio Rafe le había cargado al escopeta con pólvora sola antes de que saliera el tren de Desolación.

-Meteos detrás de esta carreta, muchachos-ordenó Pete en voz baja.

Los ocho hombres se agazaparon detrás de la primera carreta. El sheriff sacó cuatro revólveres del 45 de los enormes bolsillos de la chaqueta que llevaba. Los repartió entre los conductores, el policía de la mina y Rafe Morgan. Entregó la carabina del centinela a Dan Fagan.

-Toma, Dan-dijo-, esta carabina no está cargada con pólvora sola, por lo menos. Ahora, guardad el mayor silencio posible. Si alguno de los centinelas del túnel que están haciendo guardia se acerca aquí, va a haber fuegos artificiales.

En voz baja lo explicó al asombrado Dan Fagan lo quo había ocurrido. Le dijo que había avisado a Rafe de la estratagema que había preparado y que había hecho circular la noticia de que las tres carretas de mineral saldrían para Mineral Point con sólo un hombre de escolta, aparte del policía de la mina.

Pete y sus ayudantes habían ido atados por debajo de las carretas, con cuerdas. Al llegar el momento oportuno, Pete había cortado la cuerda y salido.

Había esperado tener que sostener una lucha grande. Fue una suerte que sólo tuviera que habérselas con un centinela. Pero comprendía que la aventura no había hecho más que empezar. Morirían unos cuantos aquella noche. Y tal vez fuese él uno de ellos.

CAPÍTULO XVII
LAS PUERTAS DE LA MUERTE

Dan Fagan alargó la mano y estrechó la de Rafe Morgan.

-Quiero pedirte perdón por los insultos que te dirigí, Rafe-dijo-. Cuando salgamos de ésta, puedes darme un puñetazo para desquitarte.

-Nos falta mucho para salir de esta, si es que salimos-dijo Pete tranquilamente.

Se daba perfecta cuenta de que había conducido a siete hombres valientes a las propias puertas de la muerte. Si no les ayudaba algo la suerte, las puertas se cerrarían tras ellos y la muerte se los tragaría a todos.

Antes de salir de Desolación, había escrito y echado al correo, para Gabe Blake, una descripción exacta de la guarida de los criminales. Estaba decidido a que la cuadrilla del «Grande Rojo» fuera desecha, aun cuando la misma le matase a él antes.

No se había atrevido a dar a conocer su plan a nadie en Desolación, salvo a sus dos ayudantes y a los cuatro carreros en quienes sabía que podía depositar toda su confianza. Ni al propio Dan Fagan se le había dicho una palabra. Y se alegraba de ver que Dan, en lugar de darse por ofendido, se estaba divirtiendo enormemente, en la esperanza de tomar parte en una lucha fuerte. La lucha no se haría esperar.

Sin embargo, si se la podía retrasar hasta que el «Grande Rojo» se presentara, tal vez fuera posible capturar al hombre que había sembrado el terror en Desolación. Si no se podía retrasar, una cosa, por lo menos, era segura: que Pete y sus hombres darían buena cuenta de sí.

Aun cuando Pete llevaba generalmente camisa roja, pañuelo blanco con lunares, sombrero de ala ancha, chaleco, pantalón de pana, calzones, botas y fundas para los revólveres, en aquel momento llevaba una chaqueta corta, de bolsillos muy grandes. En uno de dichos bolsillos había varios pares de esposas que recibiera de Tucson aquel mismo día. Al propio tiempo había recibido una pequeña cantidad de bombas de mano Mills. Esta bombas, bien echadas, causarían la mar de terror. Pero podían lanzarse de tal manera, que no causasen

muerte alguna. A los pistoleros no les asustarían los revólveres; pero el hecho de que proyectiles, nuevos para ellos, explotaran a su alrededor, podría hacer que muchos de ellos se rindieran.

«Miserias» y Teeny también llevaban unas cuantas bombas de la misma clase. El sheriff pasó revista a la situación en que se encontraba. Rafe había usado bien los ojos en el viaje desde el montacargas hasta allí.

Que hubiera visto el carrero, no había más que otro centinela entre ellos y la salida: el que vigilaba a Fawcett en la cabaña próxima al túnel.

Seria preciso inutilizar a dicho centinela, silenciosamente, si era posible; pero había que eliminarle a toda costa. Entonces Fawcett podría sumarse a las fuerzas del sheriff que tendrían que atacar a un grupo superior en número, tarde o temprano.

Pete registró, rápidamente, el edificio próximo a la pila de mineral. Parecía haberse usado como una especie de almacén. En un rincón había lonas, palas, picos, hachas y... Debían de haber transportado el explosivo allí para usarlo en hacer el túnel en la roca. Pero a Pete se le ocurrió otra forma de emplearlo.

Arrancó la tapa de la caja y quitó el grasiento papel en que iban envueltas las barras. Junto a la caja había un rollo de mecha y detonadores.

Encargó a sus ayudantes y a Fagan-hombre de experiencia en trabajos mineros-la preparación- de las barras de dinamita para su inmediato uso.

Había decidido no usar tan terrible arma más que como último recurso. Pero, si la cosa se ponía fea para sus hombres, era preferible que murieran criminales a que murieran personas decentes.

Quiso apelar a una estratagema para intentar capturar al escopetero que guardaba a Fawcett. Se arrodilló junto al centinela que estaba sin conocimiento y al que habían esposado y amordazado sus ayudantes. Le quitó el sombrero y el chillón pañuelo que llevaba al cuello y se cambió de camisa con Teeny, que la llevaba azul como el centinela.

Dejó la chaqueta a Teeny para que la cuidara y, con la carabina al hombro y el sombrero calado hasta los ojos, se dirigió a la cabaña del químico. Empezó a silbar una canción.

En la débil luz que allí había era muy posible que pasara. Sin embargo, si el centinela se había metido en la cabaña, que estaba iluminada, su captura pudiera requerir que se hicieran disparos.

Y el centinela estaba en la cabaña. Pete se agazapó junto a una de las ventanas. Vió al centinela, rifle en mano, hablando con Fawcett. Este último estaba trabajando. Se volvió para alcanzar una botella; su rostro estaba vuelto hacia la ventana.

Durante un instante, tuvo una sacudida de sorpresa. Luego demostró que cualquier hombre puede llegar al heroísmo en momentos de apuro. Se dió cuenta del trágico resultado que podría tener un disparo.

Se volvió hacia el banco de trabajo durante un segundo. Luego dió la vuelta otra vez para distraer al centinela, hablando. De pronto, dió un salto de pantera y le arrancó el rifle de las manos al asombrado guardián, lanzándole lejos de allí.

El centinela soltó un rugido. Extendió el brazo con el puño cerrado. El pobre Fawcett cayó sobre el banco, tirando crisoles y morteros. Pete Rice, entretanto, había saltado por la ventana. Chocó con el centinela como si le estuviera dando una carga.

El hombre echó mano al revólver que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón. ¡Crac! El puño del sheriff le dió en la mandíbula antes de que pudiese hacer cosa alguna. El centinela dió una voltereta completa. Luego Pete se la echó encima y le quitó el revólver dándole un nuevo puñetazo.

El otro le dió un puntapié en al espinilla. El sheriff le asió por el cuello y apretó con fuerza. Los ojos del hombre se desorbitaron de dolor y de miedo. Pete le dió con la cabeza contra el suelo, haciéndole perder el conocimiento.

Le amordazó y le esposó las manos. Empleó su propio pañuelo para atarle los pies. Luego se puso en pie y miró a Fawcett, sonriendo.

¡Hola, muchacho!-dijo-. Es usted un hombre. Nadie hubiera podido desarmar a este tipo mejor de lo que lo hizo usted. ¿Cómo anda nuestro amigo, el que está debajo de esta cabaña.

-Anda tan bien como puede esperarse. Hubo algo de jaleo al principio, cuando le echaron de menos. Pero creyeron que se habría emborrachado y que andaría por ahí. Los demás hombres parecían creer que si yo hubiese tenido algo que ver con su desaparición, me hubiera escapado. Conque se limitaron a ponerme otro centinela. Y... oiga, sheriff: me había usted preguntado por Alvin Merchant.

-Sí; ¿qué hay de él?

-Está prisionero aquí. Está atado y amordazado, dentro de un cuartito, bajo un montón de lonas, en la cabaña que hay junto a la pila de mineral.

Pete abrió desmesuradamente los ojos. ¡Alvin Merchant prisionero! ¡Y él que tuvo momentos en que le había creído el «Grande Roja»!

-Coja el rifle de este hombre, muchacho-dijo-. Volveremos a ver qué tiene que decir Alvin Merchant.

Fawcett recogió el rifle y emprendieron el camino de regreso a la otra cabaña. El joven estaba radiante de júbilo. Parecía un hombre distinto al que hallara Pete, la primera vez, en la cabaña. Por el camino, le dijo a Pete que creía que había poca probabilidad de que los pistoleros encargados del túnel abandonaran sus puestos de momento.

Estaban obligando a los prisioneros a trabajar como nunca, para poderle enseñar mucho al jefe supremo cuando se presentara. Trabajaban convencidos de que el centinela que había junto a la pila de mineral y el que montaba guardia en la cabaña del químico, eran suficiente protección.

Opinaba Fawcett que las noches en que el «Grande Rojo» visitaba la guarida, un par de bandidos vigilaban desde el otro lado del abismo, como precaución extraordinaria, para asegurarse de que no hubiera ningún extraño por el camino de la loma.

Alvin Merchant fue hallado donde había dicho el joven. Pete cortó las cuerdas que le sujetaban y le quitó la mordaza. El pelirrojo se puso en pie con dificultad.

-Gracias, sheriff-dijo, con una sonrisa-; pero yo había creído que éramos enemigos.

-También lo creía yo-contestó Pete, sonriendo a su vez.

Explicó por qué había, desconfiado de Alvin. Este se sentó encima de la pila de lonas. Estaba entumecido y cansado de haber estado tanto tiempo en la misma posición.

-Puedo explicarlo todo a satisfacción de usted-dijo-. En cuanto al hecho de que le fuese antipático a Tim McHugh... la verdad, el pobre Tim era hombre de antipatías y simpatías violentas. No tenia término medio. Era del tipo de los veteranos y sentía rencor contra todo aquel que no fuese de esta comarca. Cuando se enteró de que yo representaba al Sindicato Coverdale, empezó a insultarme con la regularidad de un reloj Tim (rió) opinaba que todo el que fuera del Este de Denver, era un criminal y un escalapisos.

-Pero... disparó usted contra mi-le recordó Pete-. ¿Qué pretendía con ello?

-No disparé contra usted. Disparé contra los bandidos que había detrás de usted. Ni que decir tiene que cuando me detuvo usted quedé sorprendido... y algo molesto, uno de los mineros cortó las cuerdas que me sujetaban mientras intentaba usted apaciguar a los dos que se habían agredido a tiros. Ahora ya sé por qué me puso en libertad. Era para que pudiera escaparme de manos de usted y caer en las de los pistoleros del «Grande Rojo. Pero no lo

sabia entonces. Conque puse pies en polvorosa. Cualquier otro hombre hubiera hecho lo mismo en idénticas circunstancias.

Pete afirmó con la cabeza.

-Las circunstancias parecían acusarle a usted todas, Merchant-dijo-. Nunca estuve seguro del todo de que no parara usted en mis manos, pero si tenia la seguridad de que usted no era lo que aparentaba. Pero cuando le vi en la diligencia fantasma desde mi escondite, creí haber llegado a la solución del misterio.

-No me extraña que desconfiara; pero yo iba atado al pescante de la diligencia. Supongo que no podría usted ver las cuerdas en al oscuridad.

«He averiguado muchas cosas desde que estoy prisionero aquí. El verdadero «Grande Rojo» sospechaba que usted me creía el culpable del reino del terror de Desolación. Quienquiera que sea ese hombre, es muy listo. Intentó hacer todo lo que pudiera aumentar en usted dicha creencia.

-Por ejemplo, con lo del testamento falsificado que encontramos en el despacho de Tendal-dijo Pete-. ¿Le debía a usted algo Tim McHugh, Merchant?

-Ni un centavo. Me enteré de lo del testamento unos momentos antes de salir de Desolación para Fishtail Creek.

«Ya le dije que el verdadero «Grande Rojo» estaba haciendo lo posible por hacerme parecer sospechoso. Si hubiera podido demostrarse que yo era un falsificador entre otras cosas, ello me eliminaría como influencia en Desolación.

Vaciló unos momentos, agregando luego:

-No me gusta hablar mal de un hombre sin más base que una sospecha. He sido víctima de esa clase de trato yo mismo y sé lo qué es. Pero, que yo vea, sólo había un hombre en Desolación que podía tener acceso a los papeles de McHugh y hacer las modificaciones necesarias para que el testamento pareciera una falsificación. Y no me refiero a Tendal. Tendal no será el hombre más honrado del mundo; pero no es él quien yo quiero decir.

-¡Se refiere usted a Flint Jackford!-dijo Pete-. Era el antiguo socio de Tim McHugh. Podía tener acceso a dichos documentos.

-¡Justo! -contestó Merchant con brusquedad.

-He estado observando a ese hombre desde hace algún tiempo-aseguró el sheriff-. Por eso le hice asistir anoche a la reunión celebrada en mi despacho. Me puse de acuerdo con Rafe Morgan para que éste se presentara durante la reunión y me dijese que salía un tren de carretas con mineral de primera esta misma noche. Eso no fue más que un cebo. Y Jackford se lo tragó enterito.

Le explicó a Merchant la estratagema de que se habían valido él y sus ayudantes.

Merchant sonrió.

-Empiezo a creer las cosas que he oído contar de usted, sheriff-dijo-. Se dice que siempre está al tanto y echa mano al criminal que persigue, de una forma o de otra.

-Pues a éste le voy a echar el guante... ¡a no ser que acaba conmigo primero!

Entregó al pelirrojo el revólver que le había quitado al guardián de Fawcett.

-Tome, Merchant. Apuesto a que tendremos que luchar como fieras esta noche. Necesitará usted esto. Si podemos asustar a Jackford, hacerle prisionero sin hacer un solo disparo, mis ayudantes y yo habremos acabado nuestro trabajo en Desolación. Pero, si se llega a hacer un solo disparo siquiera, los hombres que están de vigilancia en el túnel lo oirán. Hay por lo menos un par de docenas de ellos. Y deben de estar bien armados.

Merchant apretó los labios.

-Me alegro de tener una ocasión de arriesgar la vida por usted, sheriff-dijo-. De todas formas, a usted le pertenece. Ya me daba por muerto cuando estaba amordazado y atado debajo de esas lonas y...

Pete alzó la mano, imponiendo silencio. Su agudo oído había percibido el leve arrastrar de pasos lejanos. Aplicó el oído a tierra. Dos hombres caminaban por la senda que conducía desde el montacargas. Uno de ellos debía de ser el «Grande Rojo». El otro, seguramente, sería su lugarteniente, Tascosa Kid.

-¡Parapetaos, muchachos!-ordenó el sheriff a sus hombres-. No disparéis hasta que yo os avise. Tengo la idea de que el infierno no es nada comparado con lo que vamos a conocer esta noche.

Había llegado el momento. Dentro de unos segundos, Desolación tendría ley o habrían muerto Pete Rice y sus hombres.

CAPÍTULO XVIII
LA BATALLA

El primer acto de «Pistol» Pete Rice fue echar mano a su chaqueta. Esta contenía las bombas Mills. Se la puso y se la abrochó. Luego se colocó el cinturón de cartuchos con los dos revólveres del 45.

Escuchó atentamente. Estaba acostumbrado a calcular distancias. Los dos hombres que acababan de llegar, debían estar pasando, en aquel momento, por el primer túnel. Unos segundos después la diferencia en el sonido de sus pasos demostró que habían vuelto a salir de él.

Pete se preguntó si hallarían sospechoso el hecho de que no se encontrara el centinela delante de la cabaña del químico. Pegó el oído al suelo, de nuevo.

Los pasos seguían oyéndose. Probablemente, después de todo, nada habría en la ausencia de centinela y químico que despertara sospechas. El químico no podía estar siempre en la cabaña y si tenía que salir para algo, lo lógico era que le acompañase el centinela.

Los pasos se aproximaron. Tardarían muy pocos momentos los dos hombres en llegar. Si le era posible a Pete aprovecharse de aquellos dos hombres sin hacer un disparo, habría cumplido su misión. Pero desconfiaba de cualquier cosa que resultara demasiado fácil. Si aquellos dos eran el «Grande Rojo» y Tascosa Kid, lucharían desesperadamente, sin duda alguna, para escapar. Habría disparos.

Ello significaba una batalla contra fuerzas superiores, numéricamente, a las de Pete.

El sheriff aguardó con todos los nervios en tensión y los ojos brillantes. Ya empezaba a vérseles a los dos hombres. Se metieron por el camino que pasaba junto a la cabaña y la pila de mineral. Estaban lo bastante cerca para que se oyera el rumor de sus voces.

Pete se hallaba agazapado en la sombra, detrás de la puerta. Asió sus revólveres. Quería pillarlos a los dos entre la cabaña que ocupaban él y sus hombres y los centinelas encargados de guardar a los que trabajaban abriendo el túnel.

Poco a poco, los dos hombres tomaron forma a la incierta luz. Uno de ellos llevaba un sombrero blanco grande y camisa encarnada. Era Tascosa Kid. Llevaba las fundas de los revólveres sujetas con correas a las piernas.

Su compañero era muy poco más alto y delgado. Un antifaz negro le cubría el rostro. Hasta en sus visitas de inspección era la prudencia personificada. Ninguno de sus lugartenientes, excepción hecha de Tascosa Kid, podían haberle visto nunca la cara.

Pete observó su forma y la manera de andar. No cabía la menor duda ya. Se trataba, en efecto, de Flint Jackford. El astuto Jackford-que era bajo y moreno-debía de haber inventado el nombre de «Grande Rojo», para que nunca pudiera asociársele a él con semejante descripción.

El sheriff podía oír ya la voz de Jackford. Este había acortado el paso, deteniéndose casi.

-Es la mar de raro-dijo con brusquedad-. No había centinela en el despacho del químico. Y no parece haber centinela en esta cabaña tampoco. ¿Empieza a descuidarse Swancott?

-Si así es-contestó Tascosa-, podemos despedirle... de la forma corriente. Si no cree usted que esté cumpliendo bien, no tiene más que decírmelo, jefe. ¡Tenemos sitio de sobra por aquí para cavar una fosa nueva!

La voz de Kid respiraba confianza. Pero su compañero había vuelto a aflojar el paso. Miraba con extrañeza hacia la cabaña, que estaba iluminada por linternas; pero que parecía desierta.

Pete seguía guardando silencio. No se le podría ver hasta que Flint y Tascosa se acercaran un poco más. Los ayudantes del sheriff, los carreros, Merchant y Fawcett, se hallaban echados detrás de la pila de lonas que había en mitad del cuarto.

-No me gusta el aspecto de las cosas aquí-se quejó Jackford. Empezó a caminar hacía la puerta de la cabaña-. Me parece a mi que el centinela estacionado aquí...

Pete asomó los dos revólveres por la puerta.

-¡Manos en alto, Jackford!-gritó-. ¡Y tú también, Kid! Si intentáis echar manos a vuestras armas...

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

¡Tascosa Kid había echado mano a sus revólveres! El hombrecillo era rápido como el pensamiento. Las balas arrancaron astillas del marco de la puerta cerca de la cabeza de Pete. Este disparó hacia las piernas de Tascosa. Pero el hombrecillo había corrido, con sorprendente agilidad, a parapetarse detrás de la pila de mineral.

Permaneció inmóvil un segundo escaso. Luego volvió a disparar. Sus revólveres escupían un chorro continuo de fuego. Una lluvia de balas entró por la puerta de la cabaña. Durante aquel segundo de silencio, el hombrecillo había vuelto a cargar sus revólveres.

Jackford había desenfundado sus revólveres también. Pero retrocedía con cautela. Se refugió, por fin, tras un grueso tronco de árbol que había al lado del camino. Seguramente había sido transportado el tronco allí para servir de puntal al túnel. Empezó a disparar. Las balas atravesaron las delgadas tablas de que estaba hecha la pared de la cabaña por aquel lado.

-¡No se mueva de donde está, jefe!-gritó Tascosa Kid-. ¡Nuestros hombres oirán estos disparos! ¡No tardarán en llegar! ¡No se exponga!

Siguió disparando hacia la puerta de la cabaña. Esta no tenia ventanas; ningún medio de salir más que por la puerta. Pete contestó a los disparos; pero sabia que no podía dar a Tascosa, mientras éste estuviese detrás de la pila de mineral.

-Prepara una de esas barras de dinamita-le dijo a Pagan-. Vamos a hacer salir a esa rata de su escondite.

Dan encendió una cerilla y prendió fuego a la mecha. Se oyó un disparo procedente del túnel en que se estaba trabajando. Pete comprendió que se trataba de una señal. Los guardianes de allá se habían dado cuenta de que ocurría algo. Habían disparado para dar a entender que se ponían refuerzos en camino.

Dan se acercó a la puerta con la barra de dinamita en la mano. Iba completamente sereno. Sabia que la mecha ardía a razón de treinta centímetros por minuto. Faltaban unos veinte segundos antes de que la llama libertara el infierno que contenía aquella barra amarilla y grasienta.

¡Pum! ¡Pum! Kid disparó dos veces más. Una de las balas cruzó el cuarto y atravesó la pared del fondo. La otra arrancó una astilla de la puerta. La astilla dió a Pagan en la sien, derribándole. Donde había caído, era muy fácil darle desde fuera. Pete alargó el brazo y asió al otro del hombro. ¡Pum! Una bala rebotó en el umbral. Pagan exhaló un grito de dolor al

darle el proyectil entre tobillo y rodilla. Pero, si no le hubieran apartado a tiempo, le habría matado.

Rápidamente, Pete cogió la barra de dinamita; quedaban unos veinticinco milímetros de mecha. ¡Cinco segundos o menos! Se puso en pie y se acercó a la puerta. Una bala le pasó rozando la cabeza.

Tiró la dinamita a la orilla de la pila de mineral. Explotó un poco antes de dar en el suelo. Se oyó una detonación enorme.

Trozos de mineral salieron disparados. La cabaña en que se hallaban refugiados los hombres del sheriff, se bamboleó. Llovió sobre la estructura mineral en polvo. La pila parecía como si un gigante, con una pala enorme, hubiese sacado unas cuantas toneladas.

Aquello debió de bastarle a Jackford. Se había quitado la careta y huía hacia el montacargas. Una figura salió, como un relámpago, de la cabaña. Era Hicks «Miserias». Llevaba las bolas en la mano. Corría en persecución de Jackford.

Pete le siguió. Tenía la idea de que la explosión había ocurrido demasiado pronto para sacar a Tascosa de su escondite. Quería colocarse de forma que pudiera proteger a «Miserias» contra las balas de Kid.

Corrió al extremo de la pila de mineral y dió la vuelta. Llevaba los revólveres preparados. Vió, durante un segundo, la espalda de Tascosa, cuando éste corría a refugiarse tras una peña que había a unos seis metros de distancia. Los revólveres del hombrecillo dispararon. Pete se dejó caer de bruces. Luego se arrastró hacia la pila de mineral, para guarecerse.

Oyó proferir a «Miserias» una exclamación de triunfo. El barbero estaba a menos de seis metros de Jackford. Este último se volvió y disparó. «Miserias» se había tirado al suelo, pero volvió a ponerse en pie como una pelota de goma. Echó el brazo derecho hacia atrás. Tiró las bolas. Estas dieron a Jackford por debajo de las rodillas. Tuvo el tiempo justo de disparar una vez, a ciegas, antes de que las bolas se le enroscaran en las piernas. Cayó rodando al suelo.

El ayudante del sheriff se abalanzó sobre él, gritando triunfalmente. Pete oyó una descarga procedente de la cabaña. Miró en dicha dirección. Teeny Butler, Alvin Merchant y Rafe Morgan estaban disparando desde la puerta; pero no en dirección a Tascosa Kid, sino en dirección opuesta.

Pete salió, arrastrándose, de detrás de la pila de mineral para ver mejor. Los guardianes del túnel en construcción corrían camino arriba. Doblaban el recodo. Uno de ellos cayó, alcanzado por la bala del rifle que Teeny estaba disparando. Pero los demás siguieron avanzando. Luego llegaron tres más. A continuación se veía una larga hilera de hombres. Pete les contó. Catorce, Tres más. Diez y siete. Podrían presentarse otros. Tal vez hubiera veinte o más en total. Uno de los guardianes se echó detrás de una roca. Asomó el cañón de un rifle y empezó a disparar.

Era un rifle automático. Seguramente irían armados con iguales rifles varios otros de los guardianes. Y había dos contra uno a favor de los bandidos. Los hombres de Jackford cargaron hacia la puerta de la cabaña. Dos de ellos cayeron. Pero los demás siguieron avanzando como una ola. Las balas no podían contenerles.

Aquellos a quienes tocaron los proyectiles, caerían; pero los demás seguirían adelante hasta llegar a la puerta. Los que había dentro de la cabaña podrían ser destruidos por el hombre del rifle automático solo, tal vez.

Pete se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó una de las bombas Mills. Sacó el perno y tiró la bomba. No tenía intención de matar a nadie con ella. Una bala podía hacer eso más aprisa y con más exactitud. Quería, solamente, deshacer el ataque.

La bomba cayó a poca distancia del que iba primero. Explotó. Era algo nuevo. Un arma desconocida en aquella región. Sembraba el terror. Un hombre cayó al suelo, levemente

herido y muy magullado. Los demás se desviaron, todos menos uno. Este seguía avanzando, sin dejar de disparar hacia la puerta. Pete disparó su revólver, rompiéndole la mano al otro. El hombre se apartó, gimiendo de dolor. Su escopeta cayó al suelo.

Los secuaces de Jackford se habían refugiado detrás de las rocas ya. Seguían disparando. Sus proyectiles arrancaban astillas a la puerta. Los ocho hombres que había en la cabaña, se vieron obligados, por fin, a replegarse hacia adentro. Teeny Butler corrió un riesgo. Se acercó a un lado de la puerta y logró dar a uno de los bandidos. Un disparo de los malhechores le quitó el tacón de la bota cuando retrocedía hacia adentro de la cabaña.

Era una batalla extraña. Los hombres de Jackford estaban parapetados tras unas rocas, a unos nueve metros de distancia, diagonalmente, a la derecha. No podían disparar de lleno contra la puerta. En cambio los que se hallaban dentro de la cabaña desprovista de ventanas, tampoco podían disparar bien contra sus adversarios más que acercándose mucho a la puerta, lo que podía representar su rápido exterminio. De vez en cuando disparaban; pero hasta entonces, se habían hecho muy poco daño unos a otros.

Detrás de la pila de mineral, Pete mascaba su goma y pensaba. Los secuaces de Jackford no se conformarían con una batalla empotrada. En aquellos momentos, parecían dispuestos a asaltar la cabaña. Pero de un momento a otro, podían cambiar de intención y decidirse a atacar a Pete y a «Miserias». Este último, que había esposado ya a Jackford, seguía parapetado tras el rollizo y disparaba hacia las rocas haciendo que los bandidos se mostraran cautelosos. El sheriff se dió cuenta de que los malhechores se preparaban para iniciar otro ataque. Su jefe les estaba dirigiendo la palabra. Se oyeron unos cuantos vivas. Pete dispuso que la carga empezaría de un momento a otro, y así fue. Se llevó ambas manos a los bolsillos al correr los hombres, diagonalmente, hacia la puerta. Tiró dos bombas. Sacó dos más, quitó los pernos y las tiró también.

Cayó un hombre, redondo. Los demás se retiraron, de nuevo, tras las rocas. Los revólveres de «Miserias» alcanzaron a un par de ellos. Teeny corrió otro riesgo. Derribó a otro hombre de un tiro antes de que una lluvia de balas le obligara a meterse para adentro otra vez.

Una cosa le intrigaba a Pete y le tenia preocupado: la aparente desaparición de Tascosa Kid. Este era un asesino, un criminal innato. Pero había una cosa que no se podía decir de él: que fuera cobarde. De no haber sido por su rapidez, hubiera sido posible capturar a Jackford sin hacer un solo disparo.

¿Dónde podía haberse ido Tascosa Kid? Y... ¿por qué?

Pete se arrastró hacia el otro lado de la pila, de mineral. Miró hacia la roca tras la cual se había refugiado Kid después de la explosión de la dinamita. La luz no era muy buena; pero Pete tenía una vista poco común. Kid no estaba allí. De haber estado, la roca aquella no hubiera sido suficiente para ocultarle por completo.

No era Kid de los que abandonaban el campo durante una batalla. Estaría preparando alguna sorpresa. Pero... ¿en qué consistiría?

De nuevo empezaron los secuaces de Jackford a atacar y Pete y su ayudante dispararon contra los fogonazos. Pero el sheriff tuvo buen cuidado de que sus dos revólveres no estuvieran descargados al mismo tiempo. Por añadidura, había amontonado unas cuantas bombas Mills delante de él.

Era preciso evitar a toda costa que los bandidos llegasen a la puerta. El resultado de aquella batalla dependía de si lograban llegar a la cabaña o no.

Durante el tiroteo, oyó golpes fuertes dados en el interior de la cabaña. Adivinó de qué se trataba. Había hachas allá adentro. Teeny y sus hombres se habían cansado de estar enjaulados en un edificio sin ventanas. Alguien-tal vez Rafe Morgan o Merchant-estaban haciendo una aspillera por el lado en que se hallaban los secuaces de Jackford.

El que tenia el rifle automático se dió cuenta, muy pronto, de lo que se meditaba. Su rifle escupió plomo hacia el lado de la cabaña; pero los golpes no se interrumpieron y unos

segundos más tarde, Pete vió fogonazos en la aspillera recién hecha. Los que estaban detrás de las rocas se vieron obligados a buscar un nuevo refugio. El del rifle automático cayó.

Había cambiado la suerte de la batalla. Los hombres de Jackford se dieron cuenta de ello. Sus disparos disminuyeron en intensidad. Teeny, que era un experto en el uso del rifle estaba regando con plomo todo a su alrededor. De vez en cuando se oía un grito que demostraba, bien a las claras, que las rocas no ofrecían suficiente protección.

Pete recordó el nombre de Swancott que había oído mencionar a Jackford.

-¿Está Swancott entre vosotros?-gritó.

-Y si estuviera... ¿qué?-inquirió una voz.

-¿Es usted Swancott?

-Sí que lo soy.

-Salga de detrás de esa roca, Swancott. Quiero hablar con usted.

-¿Por qué me ha tomado?-le contestaron-. ¿Por un idiota? ¿Qué salga, yo a descubierto para que usted o uno de sus hombres me agujeree el pellejo?

Pete alzó aun más la voz.

-Escuche, Swancott, y que sus compañeros escuchen también. Hemos hecho prisionero a Jackford, vuestro jefe supremo. Irá a la horca. ¿Queréis vosotros morir ahorcados con él?

Se oyó rumor de muchas voces tras las rocas. Pete volvió a gritar:

-Podemos haceros pedazos a todos. Tenemos dinamita en la cabaña. Si retrocedéis, podemos embotellaros aquí. La mayoría de vosotros ha estado haciendo guardia junto a los prisioneros. Tendréis que comparecer ante un tribunal; pero no corréis peligro de morir... a no ser que os neguéis a entregaros ahora. ¡Hablad! ¡Decidid pronto!

-Me agujeraréis, si salgo a parlamentar-contestó Swancott.

Su tono era medio amistoso. Empezaba a debilitarse. Y entonces hizo Pete algo que, de momento, horrorizó a los que estaban en la cabaña. Se enfundó los revólveres, salió de detrás de una pila de mineral y se acercó, tranquilamente a un punto más elevado, delante de la cabaña.

-Vamos, Swancott-dijo-. Para que vea que hablo en serio. Correré el mismo riesgo que usted. Salga aquí a hablar conmigo.

Swancott saltó. Un hombre que estaba detrás de él, disparó contra Pete y no le dió. Swancott giró sobre sus talones y profirió una blasfemia.

-¡Quietos!-aulló-. ¿Queréis que nos ahorquen a todos?

Llegó a donde estaba Pete y parlamentó. Sabía que estaba vencido. Mientras hablaba y escuchaba, dirigía miradas nerviosas hacia la puerta de la cabaña.

Pete Rice estaba sereno. Era él quien corría todos los riesgos. Sabia que sus hombres no matarían a Swancott. Pero ni el propio Swancott podía asegurar que no dispararían desde detrás de las rocas contra Pete.

Al sheriff le gustó muy poco la mirada del llamado Swancott. Este estaba parlamentando porque no tenía otro remedio. La mayoría de los hombres de Pete estaban parapetados dentro de la cabaña. Los de Swancott tenían que conformarse con la insegura protección de peñascos muy bajos. Swancott se hallaba en la peor situación y lo sabia. Cambiaria por completo si se le presentaba la menor ocasión.

Y dicha ocasión se le presentó de pronto.

Pete Rice había tenido otro motivo para querer conferenciar con Swancott en terreno un poco más alto. Desde donde se encontraba, le era posible ver todo oí terreno a su alrededor, salvo el trozo que había directamente detrás de la pila de mineral. Estaba preocupado por la sorpresa que, no le cabía duda, preparaba Tascosa. En aquel momento se dió cuenta de que se trataba.

Tascosa corría, haciendo un rodeo, a cierta distancia, por el lado derecho de la cabaña. Alguna que otra roca le protegía, a veces al pasar. Llevaba algo en la mano. Pete adivinó lo que podía ser: ¡dinamita!

Aquella explosión junto a la pila de mineral, le había dado a Tascosa Kid una idea. Se había ausentado de la lucha, dando un rodeo para llegar al túnel o a algún polvorín cercano, y conseguido unas barras de dinamita.

Los hombres que se hallaban detrás de las rocas, dieron algunos gritos. Swancott se volvió y vió que, de nuevo, él y sus hombres tenían la ventaja. Empezó a retroceder de donde estaba Pete. Sus manos cayeron sobre sus revólveres.

Pete se abalanzó sobre él de un salto. ¡Crac! Su puño dió contra la barbilla de Swancott que cayó sin conocimiento.

Empezaron a sonar disparos tras las rocas. Las balas pasaron muy cerca de Pete. Pero el sheriff había saltado hacia la puerta, como si pensara meterse en la cabaña. No entró, sin embargo. Torció bruscamente a la derecha y empezó a dar la vuelta al edificio. Llevaba los dos revólveres en las manos.

Corrió a lo largo de uno de los lados de la cabaña y torció en ángulo recto. Tascosa Kid se hallaba detrás de una roca a menos de seis metros de la cabaña. Había encendido ya la mecha de una barra de dinamita.

Si llegaba a tirarla, todos los hombres del sheriff morirían. Una cosa era tirar dinamita al aire libre y otra echarla dentro de un cuarto. La cabaña se haría añicos. Los que había dentro quedarían mutilados. Algunos trozos de ellos no se encontrarían jamás.

Pete corrió hacia una roca dando un rodeo. Kid soltó la mecha encendida y se llevó las manos a los revólveres. Disparó un par de veces contra el sheriff.

No le dió. Pete comprendió por qué, en seguida. El hombrecillo no había tenido tiempo de apuntar. La mecha se había consumido demasiado. Kid soltó los revólveres y cogió el explosivo. Alzó el brazo.

Pete apuntó rápidamente y disparó. La bala le atravesó la mano al otro. Dejó caer la barra de dinamita; pero la volvió a coger, en seguida, con la mano izquierda. ¡Pum! Estaba alzando el brazo cuando le alcanzó una bala en el hombro. Cayó al suelo.

Pete se dejó caer de bruces. La mecha tocaba a su fin.

¡Puuum!

La explosión fue terrible. Tierra y trozos de roca salieron disparados al aire. Llovieron luego sobre el tejado de la cabaña. Un pedazo de roca cayó sobre el cuerpo de Pete. El sheriff se puso en pie y corrió a ocultarse tras la roca. Luego volvió la cabeza.

Había visto muchos espectáculos horribles en su vida. Pero cerró con fuerza los puños y apretó los labios al ver a Kid. Este había quedado sin piernas. La explosión se las había arrancado a ras de las caderas. Sin embargo, el hombrecillo no había perdido el conocimiento. Se había metido la mano en el pecho. Sacó una fotografía pequeña.

-Usted gana, sheriff-jadeó-. Avísele. Dígale... que... morí luchando.

Y murió.

Habían cesado de oírse disparos detrás de las rocas. Swancott se acercó corriendo. Miró el cadáver mutilado de Tascosa. Se llevó la mano a la frente y se enjugó el sudor.

Swancott había sido el agente de un asesino. Tal vez no hubiese rezado desde hacia muchos años, si es que había rezado alguna vez; pero, en aquel momento, pálido y tembloroso, estaba invocando a su Hacedor.

-Dígales a sus hombres que suelten las armas-ordenó Pete, con brusquedad.

Pero no era necesaria la orden. Todos los que se hallaban ocultos tras las rocas, salían corriendo al ver lo ocurrido. Estaban descompuestos, temblorosos, sin valor, cuando por orden del sheriff salió un hombre de la cabaña y les encañonó. Todos ellos alzaron los brazos.

-Registradles por si llevan algún arma escondida-ordenó Rice-. No tenemos suficientes esposas para todos; pero no creo que nos hagan falta.

Miró la fotografía. Era el retrato, descolorido de una muchacha. El cartón estaba bastante marchado de sangre. En el reverso manchado también se veía un nombre y unas señas.

-Yo creo-dijo Pete Rice-, que no hay hombre tan malo en el fondo que no tenga a alguien que le llore cuando muera.

Luego cambió de tono otra vez.

-Poned en fila a esos hombres, muchachos. Vamos a regresar a Desolación.

Los tres centinelas que se habían quedado en el túnel para guardar a los mineros secuestrados, fueron capturados sin necesidad de hacer un solo disparo.

Había más de treinta mineros prisioneros y todos ellos dieron grandes muestras de júbilo al verse libres de su esclavitud. Se cambiaron las tornas. Ya eran los mineros los que estaban armados y los otros se habían convertido de guardianes en prisioneros.

Hicks «Miserias» había transportado a Jackford a la cabaña. El prisionero estaba completamente sereno.

Había perdido la partida. Nada tenía que ocultar ya. Esposado, habló tranquilamente con Pete. El fin que había perseguido era apoderarse de la veta principal de Desolación. Si le hubiera sido posible llevar a la quiebra a McHugh, Dangler y a los demás propietarios mediante el terror, fingiendo hallazgos de oro en otros lugares, provocando disturbios entre los obreros, hubiese tenido tiempo de sobras para buscar la veta principal-de la que las halladas hasta entonces, no eran más que ramales-sin temor a que nadie le pillara la delantera.

La veta madre no se hallaba muy lejos de la mina de Tim McHugh, según confesó Jackford. El mineral robado a Tim y analizado en la guarida, había resultado ser el más rico encontrado hasta entonces.

Pete sabia que, tarde o temprano, seria encontrada la veta madre, y probablemente en terreno propiedad del difunto Tim McHugh, pero su descubrimiento de nada le serviría a Flint Jackford, porque él moriría ahorcado.

-Cometí un error-murmuró serenamente, Jackford, sentado en el suelo de la cabaña-. Si hubiese hecho que mis hombres le aguardaran en el camino y le matasen antes de que llegara usted la primera vez a Desolación, hubiese salido con la mía.

-Eso hubiera estado la mar de bien-rió Pete Rice-. Esas palabras en boca de usted, Jackford, serian capaces de emocionar a cualquiera. Y estaría dispuesto a apostar que es la primera vez que dice usted una verdad desde hace muchísimo tiempo

Se pasó lista a las bajas. Aparte de Tascosa Kid, habían muerto dos de los hombres de Jackford. Seis estaban heridos, uno de ellos mortalmente tal vez. De los hombres de Pete, sólo Dan Pagan estaba herido, pero sanaría en muy pocas semanas con buenos cuidados.

Alvin Merchant se acercó a Pete Rice y le tendió la mano.

-Sheriff-dijo-, si alguna vez quiere usted abandonar su cargo, puedo conseguirle un buen empleo en mi Sindicato... y a sus ayudantes también.

Pete rió.

-No pensaba en cambiar de oficio. Ni mis ayudantes tampoco-dijo. Llamó a Fawcett-. Pero aquí le presento a un joven por quien podrá usted hacer algo tal vez. Es químico analítico y nada menos que todo un hombre.

-Tiene colocación en el Sindicato Coverdale desde este momento en adelante-repuso Merchant.

La llamada diligencia fantasma fue encontrada en un pasaje que conducía al túnel en construcción. Antes de haber transcurrido cinco minutos, ya estaba preparada para salir, con los caballos enganchados. El fósforo relucía aún en los costados del vehículo. Pero habían

sido vencidos los temores supersticiosos de los mineros. Lo que antes había provocado murmullos de temor, excitaba, en aquel momento, gritos de burla.

Rafe Morgan condujo la diligencia hacia la salida de la guarida. Los caballos de las carretas de mineral, fueron desenganchados. Varios mineros los usaron como monturas. Los demás fueron a pie.

Formaban un alegre grupo. Había terminado ya el reino de terror en Desolación. El hombre causante del mismo, se hallaba prisionero, camino de la horca o de cadena perpetua. El poblado minero se tornaría floreciente. Se convertiría en próspera comunidad de hogares felices.

Pero «Pistol» Pete Rice y sus ayudantes, rara vez la verían, ya que habían hecho en ella una limpieza completa. El deber les llamaba de nuevo, a la Quebrada del Buitre. No tardarían en acometer nuevas empresas, revólver en mano.

Su trabajo era imponer la Ley. Era su vida, una vida peligrosa... activa... dura... Pero no hubieran querido que fuese de otra manera. Mientras ellos vivieran, la ley reinaría suprema.

¡Pete Rice y sus ayudantes habían vencido una vez más!

¡Y volverían a vencer otra vez!

FIN